

HABITAR EL MISTERIO

Infancias, imaginación y
subjetividad.

SANDRA LORENA ARANGO CARDONA

*Algunos caminos
solo aparecen
cuando alguien
se atreve
a habitarlos.*

editorial
redipe

HABITAR EL MISTERIO

Infancias, imaginación y
subjetividad.

SANDRA LORENA ARANGO CARDONA



editorial
redipe

Título original:

Habitar el misterio: Infancias, imaginación y subjetividad. Colección Internacional Libro de Ensayo

Autor: Sandra Lorena Arango Cardona

arango.sandra@correounivalle.edu.co

ISBN 978-1-957395-66-1

Primera edición: Julio 2026

SELLO Editorial

Editorial REDIPE (95857440), Nueva York – Cali

Red de Pedagogía S.A.S. NIT: 900460139-2

© de la ilustración de la cubierta

Comité Editorial:

Valdir Heitor Barzotto, Universidad de Sao Paulo, Brasil

Carlos Arboleda A. PhD Investigador Southern Connecticut State University, Estados Unidos

Agustín de La Herrán Gascón, Ph D. Universidad Autónoma de Madrid, España

Mario Germán Gil Claros, Grupo de Investigación Redipe

Rodrigo Ruay Garcés, Chile. Coordinador Macroproyecto Investigativo Iberoamericano

Evaluación Educativa

Julio César Arboleda, Ph D. Dirección General Redipe. Grupo de investigación Educación y Desarrollo humano, Universidad de San Buenaventura

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia), distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de ésta publicación -incluido el diseño de la cubierta- sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la Editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. Los Editores no se pronuncian, ni expresan ni implícitamente, respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

Red Iberoamericana de Pedagogía

editorial@rediberoamericanadepedagogia.com

www.redipe.org



Querida lectora, querido lector

Has sido invitada o invitado a Terranova. Nadie conoce este territorio antes de recorrerlo. Las páginas que siguen no ofrecen un camino para evitar perderse; acompañan la alegría de descubrir que algunos senderos sólo aparecen mientras se caminan. Guarda esta bitácora cerca de ti. Con el paso de las páginas descubrirás que las historias también transforman a quienes las leen y que, mucho antes de terminar la travesía, Terranova habrá comenzado a escribir algo de la tuya.

HABITAR EL MISTERIO

BRÚJULA DE LECTURA

	PAG
BITÁCORA DEL REGRESO.....	6
ANTES DE ENTRAR EN TERRANOVA.....	11
CAPÍTULO I EL LLAMADO A LA TRAVESÍA	18
CAPÍTULO II TERRANOVA	36
CAPÍTULO III EL MUNDO COMO INDICIO	57
CAPÍTULO IV EL SECRETO DE LAS ESTATUAS	73
CAPÍTULO V EL NACIMIENTO DEL PODER DORADO	93
CAPÍTULO VI EL TIEMPO DEL CORAZÓN	112
CAPÍTULO VII LA SUBJETIVIDAD COMO TRAVESÍA	128
AGRADECIMIENTOS	149
VOCES QUE ACOMPAÑAN	152

BITÁCORA DEL REGRESO

“Yo creo que la imaginación es la herramienta singular más útil que posee la humanidad. Deja atrás al pulgar oponible. Puedo imaginar la vida sin mis pulgares, pero no sin mi imaginación (...) Los niños tienen imaginación desde un principio, como tienen cuerpo, intelecto, capacidad lingüística: todas cosas esenciales para constituir su humanidad, cosas que necesitan aprender a utilizar, y a utilizar bien. La instrucción, el entrenamiento y la práctica relativas a ella deberían empezar en la primera infancia y continuar durante toda la vida. Los humanos jóvenes necesitan ejercitar su imaginación como necesitan ejercitar todas las capacidades fundamentales de la vida, en un sentido físico y mental: por el bien del crecimiento, la salud, la competencia, la alegría. Esa necesidad continúa mientras la mente sigue viva”

—Ursula K. Le Guin, «Las instrucciones de uso», en Contar es escuchar

HABITAR EL MISTERIO

La primera infancia habita una paradoja. Mientras constituye uno de los momentos más intensos en la formación de una persona, con frecuencia queda atrapada en la idea de una etapa de preparación para la escolaridad, un tiempo orientado a desarrollar competencias, a adquirir aprendizajes o alcanzar los requisitos del siguiente nivel educativo. En ese recorrido suelen quedar en los márgenes experiencias que pertenecen al corazón mismo de la vida infantil: el juego, la imaginación, el cuerpo, el asombro, el misterio y la creación de mundo junto a otras personas.

Desde hacía varios años acompañaba, como psicóloga, la vida cotidiana de un preescolar bilingüe de la ciudad de Cali. Allí, maestras, artistas, directivas y profesionales de distintas disciplinas compartíamos una misma inquietud: crear un lugar donde esas experiencias ocuparan el centro de la vida escolar. El juego, la imaginación y el asombro dejaban de ser recursos para favorecer el aprendizaje, y recuperaban su condición de experiencias constitutivas de la infancia, capaces de participar en la manera como una niña o un niño llega a habitar el mundo.

De esa búsqueda nacieron preguntas que desbordaron los límites de la escuela: ¿Qué acontece cuando una comunidad concede tiempo al juego, a la imaginación, al cuerpo, al asombro y al misterio? ¿Qué formas de subjetividad florecen allí donde las preguntas encuentran hospitalidad y el deseo de comprender orienta la experiencia?

Estos interrogantes acompañaron mi investigación de maestría en Psicología Clínica. Terranova fue el nombre de la travesía que emprendimos una comunidad de niñas, niños y personas adultas para explorarlos. Durante dos años los personajes de los cuentos desaparecieron, llegaron cartas escritas desde un árbol, unas semillas reclamaron cuidado, los Hombres Grises amenazaron la imaginación y un bosque entero comenzó a poblarse de refugios, mapas, obras de arte, conjeturas, conversaciones y expediciones.

HABITAR EL MISTERIO

Allí comenzó a revelarse una intuición que sigue habitando estas páginas: la constitución subjetiva encuentra una de sus expresiones más profundas en los mundos simbólicos que una comunidad crea, habita, cuida y transmite.

La escritura de la tesis puso un punto final a la investigación, mas Terranova siguió apareciendo. Regresaba a la clínica con las infancias y las juventudes. Aparecía en la formación de profesionales de la primera infancia, en la psicología analítica de Carl Gustav Jung, en el Movimiento Auténtico y en las conversaciones con maestras y maestros. Las escenas continuaban revelando relaciones que durante la investigación apenas se insinuaban. Terranova conservaba la vitalidad de las imágenes que siguen desplegando sentido cada vez que vuelven a ser habitadas.

Esta bitácora nace de ese regreso y busca entretejer las voces que me han poblado. Vuelvo a caminar una experiencia que permaneció viva mientras otras lecturas, otros encuentros y otras prácticas iban ampliando su horizonte de comprensión. La clínica, la psicología analítica, el Movimiento Auténtico, la filosofía, la formación de educadoras y educadores y los encuentros cotidianos con las infancias fueron iluminando senderos que esperaban nuevas preguntas para hacerse visibles. Todas estas voces se reúnen alrededor de una misma historia porque la experiencia fue llamándolas una a una. Jung conversa con Winnicott; Lévinas encuentra a Bachelard; Stern, Rolnik, Freire, Arendt, Levin, Barrena, Calmels y muchas otras presencias llegan cuando la travesía las convoca. Sus voces amplían una conversación que comenzó mucho antes, mientras una comunidad seguía las huellas del misterio.

Habitar el misterio comparte esa conversación. Recorre una experiencia que permitió reconocer la potencia constitutiva de la imaginación cuando encuentra tiempo, comunidad y hospitalidad. Defiende una escuela donde el juego conserva su espesor simbólico, el cuerpo participa del pensamiento, el asombro organiza el deseo de comprender y el misterio continúa ofreciendo nuevos sentidos para la vida compartida.

HABITAR EL MISTERIO

Terranova dejó de ser el nombre de una travesía vivida en un preescolar. Con el tiempo comenzó a nombrar una forma de mirar la infancia, una manera de habitar el mundo y una confianza profunda en la imaginación como fuerza creadora de realidad. Esta bitácora nace de ese regreso. Cada página continúa la travesía y ofrece al misterio una nueva oportunidad para seguir revelando sus mundos.

HABITAR EL MISTERIO

ANTES DE ENTRAR EN TERRANOVA

A Terranova nadie llega para aprender el camino, todas las personas llegan para ayudar a crearlo.

Si esta bitácora llegó hasta tus manos es porque también has sido invitada o invitado a Terranova. Antes de comenzar conviene presentarte a algunas personas, lugares, objetos y palabras que encontrarás durante la travesía. No intentes recordarlos todos, ellos mismos volverán a encontrarte cuando llegue el momento.

LOS HABITANTES

Aprendices de Marinería

Son quienes acaban de descubrir que los barcos también pueden navegar por la imaginación. Todavía se marean un poco con las tormentas, preguntan dónde queda el norte y aprenden que la mejor brújula suele ser una buena compañera o un buen compañero de viaje.

Exploradoras y exploradores

Después de aprender a navegar, descubren que los bosques también esconden mapas. Tienen la costumbre de seguir huellas, hacer demasiadas preguntas y sospechar que detrás de cualquier piedra puede estar comenzando una nueva historia.

Capitanas y Guías

Dicen que conocen el camino. Ellas insisten en que sólo saben leer un poco mejor el viento. Les gusta ver cómo una tripulación encuentra rumbos que nadie había imaginado.

Consejeras de Alta Mar y de Terranova

Cuando una tormenta se instala en el corazón de alguien, suelen ser las primeras en escucharla. Hablan bajito, hacen preguntas curiosas y poseen un extraño talento para encontrar faros donde otras personas apenas ven niebla.

Capitán del Viento

Conversa con títeres cuando nadie los está mirando. Lo curioso es que ellos siempre le responden. Gracias a él descubrimos que un pedazo de tela puede decir verdades que las personas tardan mucho tiempo en animarse a contar.

Hada de la Expresión

Colecciona palabras hasta que encuentran la historia donde querían vivir. Dicen que incluso los silencios hablan un poco mejor cuando ella anda cerca.

Trovadores

Nunca dejan escapar una buena historia. Escuchan, preguntan, recuerdan y terminan encontrando relaciones donde las demás personas sólo habían visto casualidades.

LOS SERES DEL BOSQUE

James

Capitán de las primeras expediciones. Enseña que navegar consiste en aprender a leer el viento, confiar en la tripulación y descubrir que los mapas más importantes siempre terminan dibujándose durante el viaje.

Momo

Guardiana del tiempo del corazón. Recuerda que existen relojes incapaces de medir aquello que verdaderamente sostiene la vida.

Casiopea

La tortuga que responde caminando despacio. Su lentitud permite que las preguntas alcancen la profundidad necesaria para transformarse en sabiduría.

Ser Misterioso

Durante buena parte de la travesía nadie conoce su nombre. Llegas en forma de cartas, plumas y señales que aparecen entre los árboles. Cada mensaje invita a mirar un poco más lejos, a confiar en las preguntas y a seguir caminando. Si quieres saber quién es, tendrás que acompañar la expedición hasta el momento en que él mismo decide presentarse.

Ayerlén

Sabia antigua de Terranova. Custodia la memoria del territorio y recuerda que ninguna comunidad comienza completamente desde cero. Siempre camina sobre las huellas de quienes la precedieron.

Los Hombres Grises

Coleccionistas de tiempo vacío. Allí donde aparecen, la prisa intenta ocupar el lugar del encuentro, la imaginación pierde espesor y las historias comienzan a olvidar sus propios nombres.

LOS LUGARES

Terranova

Territorio donde las historias, el juego, el arte y el pensamiento aprenden a respirar juntos. No aparece en ningún mapa; surge cada vez que una comunidad decide habitar el misterio.

La Isla de la Fantasía

Lugar donde los cuentos permanecen vivos y los personajes esperan ser nuevamente encontrados por quienes todavía saben escuchar.

Los Refugios

Pequeños territorios contruidos por cada comunidad para pensar, imaginar, discutir y cuidar la vida compartida.

El Árbol de la Sabiduría

Guardián de la palabra y de la memoria. Desde sus ramas llegan cartas que nunca entregan respuestas definitivas; abren preguntas capaces de seguir creciendo mucho después de haber sido leídas.

LOS OBJETOS

La Semilla Dorada

Mucho más que un tesoro. Custodia la promesa de una vida que sólo florece cuando encuentra una comunidad dispuesta a cuidarla.

HABITAR EL MISTERIO

El Poder Dorado

La fuerza que aparece cuando el cuidado, la imaginación y la cooperación comienzan a crecer juntas.

Las Cartas

Puertas entre mundos. Cada una llega para mover una pregunta, alterar el rumbo de una expedición o recordar que el misterio siempre conserva algo más por revelar.

Las Plumas

Huellas del Ser Misterioso. Señalan que alguien sigue acompañando la travesía, aun cuando permanezca fuera de la vista.

Las Estatuas de San Agustín

Antiguas guardianas de la memoria. Recuerdan que ningún territorio nace sin las historias de quienes lo habitaron antes.

LAS PALABRAS QUE CONVIENE LLEVAR EN LA MOCHILA

Asombro

El modo en que el mundo llama nuestra atención antes de convertirse en pregunta.

Misterio

Aquello que continúa ofreciendo nuevos sentidos cada vez que una comunidad decide permanecer junto a él.

Imaginación

El arte de descubrir relaciones donde antes sólo parecían existir distancias.

Tiempo del corazón

El ritmo donde la vida encuentra espacio para escuchar, jugar, crear, esperar y dejarse transformar.

Travesía

Una experiencia compartida que transforma al mismo tiempo el territorio y a quienes lo recorren.

Custodia

El gesto de recibir una herencia, enriquecerla con la propia experiencia y entregarla nuevamente a quienes vendrán después.

Constitución subjetiva

La forma singular en que cada persona llega a participar en el mundo mediante los vínculos, las historias, el cuerpo, la imaginación y la vida compartida.

Comunidad

El lugar donde las historias aprenden a escribirse entre muchas voces.

HABITAR EL MISTERIO



Capítulo I

EL LLAMADO, A LA TRAVESÍA

“Como siempre, y más que siempre —quién sabe—, la palabra poética será una balsa que nos mantenga en la superficie”.

—Liliana Bodoc, La literatura en los tiempos del oprobio

Un hada en la plazoleta

Cada año comenzaba de la misma manera y, sin embargo, nunca era igual.

A comienzos de agosto llegaban las nuevas niñas y los nuevos niños del preescolar acompañados por sus familias, vistiendo uniformes impecables que todavía no guardaban memoria de juegos, manchas de pintura o rodillas raspadas. Algunos arrastraban maletas que parecían demasiado grandes para sus cuerpos pequeños, mientras las ruedas tropezaban con las piedras de los senderos. Pude observar que el avance del nuevo equipaje se entremezclaba con la alegría y la incertidumbre, emociones propias de quienes están a punto de empezar algo nuevo en sus vidas.

El preescolar ocupaba un lugar privilegiado dentro del colegio. Rodeado de árboles, jardines y pequeños caminos, parecía conservar todavía algo del ritmo pausado de la naturaleza. Desde la plazoleta central podían verse las

lomas cercanas, escuchar el canto persistente de los pájaros y sentir el movimiento del viento que atravesaba los corredores abiertos. Muy cerca florecía el Jardín de los Seres Alados, un mariposario abierto que habíamos creado junto a niñas y niños de otras generaciones. Allí las orugas nos enseñaban pacientemente que toda transformación necesita tiempo, asunto que las personas adultas solemos olvidar.

Entre lantanas, verbenas y otras plantas que atraían mariposas, la infancia que acompañábamos aprendía a mirar despacio, a esperar, a maravillarse. Aquel jardín no era solamente un proyecto ambiental; lo habíamos construido como una declaración pedagógica que nos recordaba cada día que crecer no consiste en llegar rápidamente a algún lugar, sino en habitar con atención los procesos que nos transforman.

Después de algunos años de mucho trabajo colectivo, nuestro preescolar se parecía más a un pequeño territorio de exploración que a una institución educativa. Los senderos invitaban a recorrer, los árboles a observar, los jardines a detenerse, y los distintos espacios parecían guardar las huellas de quienes habían pasado antes por allí. Los lugares también educan: sus formas, sus ritmos, los encuentros y preguntas que propician participan silenciosamente en la construcción de quienes los habitan.

Aquella mañana, como tantas otras, las familias se reunían en la plazoleta central esperando el inicio del nuevo año escolar. Las niñas y los niños llegaban desde jardines infantiles pequeños; venían de espacios íntimos donde casi todos los rostros eran conocidos. Muchas y muchos habían compartido varios años con las mismas maestras y con sus grupos de compañeras y compañeros. Por tal motivo el ingreso al colegio grande representaba una experiencia significativa tanto para la infancia como para quienes la acompañaban. Algo quedaba atrás y algo nuevo comenzaba a desplegarse.

HABITAR EL MISTERIO

Las personas adultas parecían percibir con claridad la magnitud de ese momento. Algunas madres intercambiaban preguntas y comentarios mientras observaban atentamente a sus hijas e hijos. Algunos padres alternaban entre las conversaciones y las fotografías. También había abuelas, abuelos y otras figuras de cuidado que intentaban registrar cada detalle de la mañana, como si presintieran que aquello que estaban viviendo merecería ser recordado mucho tiempo después. Las niñas y los niños, en cambio, parecían ocupados en otros asuntos. Observaban los árboles, seguían con la vista el vuelo de las mariposas, exploraban los rincones de la plazuela y reconocían a otras niñas y niños que también llegaban por primera vez.

En escenas como esta la infancia posee una forma particular de acercarse a lo desconocido. Las personas adultas solemos buscar explicaciones, queremos saber qué ocurrirá, quién estará a cargo, cuáles serán las reglas y qué se espera de nosotras. Sin embargo, la infancia vital suele comenzar por otro lugar: antes de comprender, observa; antes de nombrar, establece una relación; antes de construir explicaciones, se deja afectar por aquello que encuentra. Mientras las personas adultas intentamos organizar el mundo, la infancia conserva durante más tiempo la capacidad de escucharlo.

...Y entonces... en medio de aquella atención dispersa y curiosa, apareció un hada...

Descendió por la escalera exterior del edificio principal con una urgencia que detuvo las conversaciones. Llevaba alas, una varita y una expresión de preocupación que parecía genuina.

—¿Han visto al Capitán del Viento? —preguntó con su vocecita aguda.

Algunos niños sonrieron abriendo ampliamente sus ojos, algunas niñas caminaron hacia el hada. Otras personas buscaron con la mirada el lugar del cual acababa de aparecer.

El hada volvió a mirar alrededor, esperó un momento y preguntó de nuevo:

—¿Alguien ha visto al Capitán del Viento? Necesito encontrarlo. Tengo un mensaje urgente para él.

Algo comenzó a desplazarse por la plazoleta. Las miradas viajaban ahora hacia la parte más alta de la loma, hacia los jardines, hacia los corredores, como si el Capitán del Viento pudiera aparecer en cualquier momento.

Nadie parecía tener demasiada prisa por resolver qué era lo que estaba aconteciendo; lo importante estaba ocurriendo en otra parte: en la espera, en la expectativa compartida, en esa atención tan particular que aparece cuando una historia comienza a desplegarse y todavía no sabemos hacia dónde nos llevará.

Pasaron algunos minutos cuando apareció una pequeña embarcación sobre una de las lomas cercanas. Algún niño o niña lo vio primero, luego otra persona, y así las voces comenzaron a multiplicarse.

—¡Allá está!

—¡Mírenlo!

—¡Es el Capitán!

Desde la distancia éste levantó una mano en señal de saludo, y sin apuro descendió hacia la plazoleta. Cuando llegó, el hada le entregó afanosamente una carta en la que decía que tres capitanas solicitaban su ayuda para encontrar una nueva tripulación de aprendices de marinero. Necesitaban niñas y niños capaces de emprender una expedición por mares desconocidos. Este sería un viaje lleno de misterios, aventuras y descubrimientos.

La carta fue leída por el Capitán en voz alta. Algunas niñas se acercaron un poco más, algunos niños no le apartaban la mirada.

Las consejeras de alta mar, quienes les acompañamos desde el inicio de la jornada, encarnábamos el asombro y el deseo por conocer a estos seres que habían aparecido, invitando a niñas y niños a escuchar sin temor. Aunque todo seguía en el mismo lugar, la mañana ya no era exactamente la misma, algo se había abierto, y ante la pregunta del Capitán por quién quería asumir la misión, no quedó ningún brazo sin extender :“¡Yoooooooo!” Sin dudarlo, niñas y niños tomaron rápidamente sus equipajes, y casi sin despedirse de los adultos que también estaban con bocas y ojos muy abiertos, se armó una gran fila que fue conducida por el Capitán del Viento hacia los muelles de las futuras embarcaciones donde les esperaban las Capitanas de Alta Mar.

Todavía no había mapas y nadie conocía los nombres de los territorios que aparecerían más adelante, porque las aventuras permanecían ocultas en los meses por venir; sin embargo, la invitación había sido ya lanzada, y una comunidad entera comenzaba a caminar hacia ella.

Cuando la realidad se ensancha

Durante mucho tiempo regresé a aquella mañana en la plazoleta. No porque hubiera ocurrido algo extraordinario en el sentido habitual de la palabra: nadie presencié un milagro, ningún acontecimiento espectacular alteró el curso de la jornada. Quienes observaban la escena desde cierta distancia probablemente habrían visto a un grupo de niñas y niños reunidos alrededor de unas maestras y psicólogas que daban la bienvenida al nuevo año escolar mediante una actividad cuidadosamente preparada. No obstante, quienes estábamos allí percibíamos que algo más estaba sucediendo; se hacía visible en la forma en que las niñas y los niños levantaban la mirada hacia la montaña buscando al Capitán del Viento, en la atención con la que escuchaban cada palabra pronunciada por el hada y en los pequeños grupos que empezaban a formarse espontáneamente para comentar lo ocurrido, quienes permanecían

en silencio observando como si intentaran comprender de qué manera aquella historia recién llegada encontraba un lugar dentro de su propia experiencia.

La plazoleta seguía siendo la misma, las mariposas seguían volando de flor en flor, la montaña permanecía allí donde siempre había estado, y sin embargo el lugar parecía haber adquirido una nueva profundidad, como si algo se hubiera abierto y la realidad hubiese ganado espesor.

Con frecuencia las personas adultas observamos experiencias como estas preguntándonos si las niñas y los niños creen o no creen en aquello que se les propone. ¿Pensaban realmente que existía el hada? ¿Creían que el Capitán del Viento habitaba las montañas que rodeaban el colegio? ¿Confundían la ficción con la realidad? Estas preguntas hablan más de nuestras inquietudes adultas que de la experiencia infantil; a las niñas y los niños parecía interesarles otra cosa: la carta, la misión, el misterio.

Aquello que observábamos en el preescolar dialogaba de manera profunda con preguntas que me acompañaban desde mi formación universitaria como psicóloga. Durante el pregrado participé en la constitución de la línea de investigación Desarrollo y Simbolización de la Universidad del Valle, un espacio en el que explorábamos el lugar que ocupan el juego, los símbolos, la cultura y la imaginación en los procesos de desarrollo humano. Muchas de las experiencias que años después encontrarían una forma concreta en este preescolar, con este equipo de profesionales en particular, estaban ya presentes en aquellas conversaciones que buscaban comprender cómo las personas construimos significado y cómo los mundos simbólicos participan activamente en nuestra constitución como sujetos.

Entre las lecturas que orientaban estas reflexiones, la obra de Donald Winnicott ofrecía una comprensión especialmente fecunda. Al desarrollar la noción de espacio potencial, Winnicott (1971) describe un territorio intermedio que no pertenece por completo al mundo interno ni al mundo externo. Se trata de una zona de experiencia donde emergen el juego, la

creación, el arte, los símbolos y la vida cultural.

Lo que resulta particularmente valioso de esta propuesta es que desplaza una preocupación característica del pensamiento adulto: la necesidad de decidir si algo es real o imaginario. En el espacio potencial esa pregunta pierde centralidad porque lo importante es la experiencia que allí se hace posible. Cuando un niño convierte una rama en varita mágica o una niña transforma una caja de cartón en embarcación, no estamos frente a un error de percepción, tampoco frente a una confusión entre fantasía y realidad. Lo que acontece es algo mucho más interesante porque es la emergencia de un espacio donde la imaginación amplía las posibilidades de relación con el mundo.

Algo semejante ocurría aquella mañana ya que la pregunta sobre la existencia del hada terminaba perdiendo importancia frente a aquello que su aparición permitía inaugurar: la curiosidad, la espera, la expectativa compartida, la posibilidad de imaginarse formando parte de una tripulación, la experiencia de sentirse convocadas y convocados por una historia que recién comenzaba. Los niños y las niñas consentían la disposición a ingresar en un territorio simbólico compartido, a habitar un espacio donde las cosas podían contener más significados de los que habitualmente les atribuíamos, y donde el mundo parecía dispuesto a revelar nuevas capas de sentido.

Las reflexiones de Gaston Bachelard ayudan a profundizar esta comprensión. Cuando escribe sobre la imaginación no presenta esta como una potencia destinada a producir fantasías alejadas de la realidad. Por el contrario, la imaginación aparece como una fuerza capaz de intensificar nuestra relación con el mundo, en la medida en que las imágenes poéticas permiten descubrir dimensiones de la experiencia que permanecían ocultas bajo la familiaridad de lo cotidiano. Gracias a ellas aquello que creíamos conocer se vuelve nuevamente digno de atención (Bachelard, 1957).

Creo que por este motivo la llegada del hada no reemplazó la realidad cotidiana del colegio. La montaña siguió siendo montaña, el viento continuó

HABITAR EL MISTERIO

atravesando los jardines, la plazoleta permaneció en el mismo lugar. Pero todo ello comenzó a resonar de otra manera. La montaña parecía más profunda, el viento más elocuente, la espera más significativa, la mañana más viva. La realidad se había ensanchado y con ella se ampliaban las posibilidades de quienes la habitan.

Las niñas y los niños que aquella mañana escucharon al hada no estaban simplemente iniciando un nuevo año escolar: ingresaban a un territorio simbólico compartido donde los objetos, los lugares, las historias y los encuentros cotidianos podrían adquirir nuevos significados. Un territorio donde las preguntas tendrían tanto valor como las respuestas y donde la imaginación no funcionaría como un escape de la realidad sino como una manera de profundizarla. Nuestra apuesta era invitarles a descubrir que el mundo es siempre más amplio, más vivo y más misterioso de lo que alcanzamos a percibir a primera vista.

A medida que avanzaban los años y nuevas generaciones llegaban a la plazoleta para iniciar sus travesías, veía llegar a cada niña, a cada niño, ya habitando un mundo poblado de relatos e imágenes propias. Construir mundos simbólicos en la escuela dejó de parecerme una elección pedagógica. Empezó a parecerme, simplemente, lo único posible.

Antes de llegar a cualquier institución educativa, las niñas y los niños ya habitan universos poblados de relatos, personajes, imágenes y símbolos, escuchan historias familiares que les ayudan a comprender quiénes son y de dónde vienen; inventan refugios entre las sábanas, convierten una piedra en tesoro, una rama en espada, una caja en embarcación; conversan con animales imaginarios, exploran territorios desconocidos y crean personajes capaces de acompañar sus miedos, sus deseos y sus preguntas. Los mundos simbólicos no aparecen con la escuela sino que la escuela llega a un mundo simbólico que ya existe.

Por esta razón las experiencias que construíamos junto a la infancia encontraban una resonancia inmediata en sus maneras de habitar el mundo,

pues no se trataba de introducir algo ajeno a ellas y ellos, ni de superponer una historia sobre la experiencia cotidiana; lo que intentábamos era reconocer una capacidad que ya estaba presente y ofrecerle un territorio donde pudiera desplegarse, complejizarse y encontrar nuevas formas de expresión. Aquello que aparecía en los juegos, en las conversaciones, en los dibujos o en las preguntas de las niñas y los niños encontraba un lugar donde continuar creciendo. Los personajes, los viajes, los misterios y las expediciones no eran elementos añadidos desde afuera, sino que nacían de una comprensión de la infancia, como una experiencia profundamente vinculada a la construcción de significado y a la creación de mundos posibles.

En la línea de investigación Desarrollo y Simbolización, más que entender a las niñas y los niños como receptoras y receptores de información, nos interesaba comprender cómo construyen sentidos y significados, cómo es la apertura sensible a sus experiencias y cómo llegan a constituirse como sujetos en relación con otras personas y con el mundo que habitan. Estos intereses continuaron acompañándome mucho tiempo después del pregrado y de cursar una maestría en psicología clínica. De alguna manera, las experiencias que años más tarde se desplegarían en este preescolar nacieron allí, en el encuentro entre la reflexión teórica y una inquietud persistente por comprender las condiciones que favorecen la constitución subjetiva durante la infancia.

Con frecuencia pensamos que los aprendizajes más importantes ocurren cuando alguien adquiere un conocimiento nuevo. Sin embargo, la experiencia de acompañar a niñas y niños me enseñó que algunos aprendizajes decisivos acontecen de otra manera: ocurren cuando una historia permite nombrar algo que todavía carece de palabras, o cuando una imagen ayuda a acercarse a una emoción difícil de comprender, es decir, cuando permiten al símbolo organizar una experiencia que hasta entonces aparecía fragmentada y, con mayor potencia, cuando una comunidad comparte un relato capaz de reunir preguntas, deseos y experiencias diversas dentro de un mismo horizonte de sentido.

HABITAR EL MISTERIO

Los mundos simbólicos cumplen precisamente esa función. No sustituyen la realidad sino que la organizan, la amplían y la vuelven habitable.

En esta vía, los viajes, los personajes y los territorios que construíamos con el equipo de profesionales pretendían constituir una arquitectura de sentido capaz de sostener experiencias complejas a lo largo del tiempo, mucho más que responder a recetas metodológicas o estrategias para captar la atención de la infancia; por eso la metáfora del viaje fue ocupando progresivamente un lugar central en esta búsqueda.

Toda infancia se encuentra atravesada por movimientos permanentes; hay territorios que deben abandonarse y otros que esperan ser descubiertos. Hay encuentros, despedidas, temores, desafíos y transformaciones. También hay momentos en los que se necesita orientación, y otros en los que resulta necesario aventurarse más allá de lo conocido. En virtud de ello, la imagen del viaje permitía reunir estas experiencias dentro de una narrativa compartida en la que las niñas y los niños llegaban a una expedición, mucho más que a un simple salón. Encontraban una tripulación, más que compañeras, compañeros y maestras. Y se encontraban, sobre todo, con misterios, desafíos y preguntas que requerían ser exploradas colectivamente, más allá de las actividades escolares.

Buscábamos construir y participar en territorios de experiencia en tanto lugares simbólicos donde las niñas y los niños pudiesen ensayar formas de relación consigo mismas y consigo mismos, con otras personas y con el mundo. Territorios donde el cuidado, la curiosidad, la cooperación, la autonomía, la amistad y el asombro dejaban de ser conceptos para convertirse en experiencias vividas. Esto hizo que emergiera en mí la pregunta por la clase de mundo que comenzaba a existir cuando una comunidad decidía habitar juntas y juntos una historia y fue la que terminó acompañándome durante los años siguientes.

Lo que se estaba tejiendo

Mientras las tripulaciones seguían mapas, descifraban mensajes, exploraban territorios desconocidos o cuidaban los jardines que encontraban en el camino, algo más ocurría simultáneamente, que no aparecía en los mapas y ninguna expedición podía nombrar completamente; algo que constituía el verdadero horizonte de aquellas travesías y que estaba tejiendo una manera de habitar el mundo.

Las niñas y los niños llegaban con historias familiares, sensibilidades, preguntas, deseos, temores y formas particulares de relacionarse con otras personas. Cada quien traía consigo una trama singular que había comenzado a construirse mucho antes de llegar a la plazoleta. La apuesta consistía en ofrecer condiciones para que esa continuara desplegándose, encontrando nuevos vínculos, nuevas preguntas y nuevas posibilidades de expresión, mucho más que en moldearla según una forma predeterminada o conducirla hacia un ideal de infancia previamente definido.

Esa trama tiene un nombre en el lenguaje de la psicología: subjetividad.

La subjetividad es una construcción viva que emerge en el encuentro con otras personas, con la cultura, con los símbolos y con las experiencias que habitamos; no es algo que pertenece exclusivamente al mundo interior de una persona. La subjetividad es una trama en permanente movimiento, tejida por afectos, memorias, relatos, vínculos y experiencias compartidas; no es una esencia fija ni una identidad terminada.

Esta comprensión se alejaba de ciertas perspectivas educativas que entienden el desarrollo infantil como un proceso orientado principalmente hacia la adaptación. Adaptarse, por supuesto, forma parte de la vida, todas las personas aprendemos a movernos dentro de contextos culturales, familiares e institucionales específicos. Sin embargo, las preguntas que orientaban nuestro trabajo no giraban alrededor de cómo lograr que las niñas y los niños se ajustaran exitosamente a un entorno determinado; las interrogantes

elaboradas en equipo eran mucho más complejas: ¿Cómo acompañar la emergencia de sujetos capaces de construir una relación significativa consigo mismos, con las demás personas y con el mundo? ¿Cómo favorecer experiencias que ampliaran sus posibilidades de sentir, imaginar, pensar, crear y vincularse? ¿Cómo cuidar las condiciones para que cada quien pudiera desplegar una voz propia sin perder su capacidad de encuentro con otras personas?

Dado que estas preguntas atravesaban silenciosamente cada una de las travesías que construíamos, los mundos simbólicos resultaban tan importantes; no porque hicieran más entretenida la vida escolar o se orientaran a facilitar determinados aprendizajes —como algunas familias se empeñaban en creer—, su importancia residía en otro lugar. Los símbolos ofrecen territorios donde la experiencia humana puede ser vivida, compartida y elaborada colectivamente; permiten acercarse a preguntas complejas sin reducirlas a explicaciones, haciendo posible que aquello que todavía no encuentra palabras pueda expresarse mediante imágenes, relatos, personajes, objetos o situaciones que condensan múltiples significados.

Cuando una niña se identificaba con una exploradora que debía atravesar un bosque desconocido, un grupo intentaba resolver un misterio; cuando una tripulación se organizaba para cuidar un jardín, habitaba una experiencia que podía resonar con desafíos, emociones y preguntas presentes en su propia vida, y en tales eventos los símbolos operaban como puentes entre la experiencia individual y la experiencia colectiva, entre el mundo interno y el mundo compartido, entre aquello que podía decirse y aquello que apenas comenzaba a sentirse. De ahí que las experiencias más importantes rara vez coincidían con lo que habíamos planeado cuidadosamente: ocurrían en los márgenes, en los encuentros, en las conversaciones inesperadas, en los conflictos que obligaban a inventar nuevas formas de relación, en los momentos en que una niña encontraba el valor para compartir una idea que había guardado para sí, en la ocasión en que un niño descubría que podía cuidar de otra persona, en fin, en la mañana en que una pregunta transformaba el rumbo de toda una expedición.

La subjetividad se iba tejiendo precisamente allí, en esos pequeños movimientos que modifican la manera de relacionarse consigo mismo, con las demás personas y con el mundo. Las perspectivas contemporáneas sobre la subjetividad coinciden en señalar que llegamos a ser quienes somos a través de una compleja red de relaciones.

No existe un sujeto aislado que primero se constituye y luego entra en contacto con otras personas. Nos constituimos en el vínculo, en la cultura, en la experiencia; nos constituimos en relación con aquello que nos afecta y nos transforma.

Mirado desde esta perspectiva, los viajes, los personajes, los mapas y los territorios fueron siempre los hilos visibles de un tejido más profundo: un tejido orientado por la convicción de que la educación participa activamente en la construcción de subjetividad en tanto crea condiciones de posibilidad, abre experiencias, ofrece encuentros, cuida preguntas, sostiene vínculos, y acompaña a las niñas y los niños en la tarea siempre inacabada de construir una relación singular con la vida.

Preservar el misterio

Toda infancia llega al mundo cargada de preguntas. Algunas encuentran palabras rápidamente; otras permanecen durante años buscando la forma de ser nombradas: ¿Quién soy? ¿Quiénes son estas personas que me rodean? ¿Qué lugar tengo entre ellas? ¿Por qué existe la tristeza? ¿Por qué existe la alegría? ¿Qué significa crecer? ¿Qué significa perder? ¿Qué significa amar?

La mayoría de estas aparecen mucho antes de que las niñas y los niños puedan formularlas con claridad. Se expresan en los juegos, en los silencios, en las historias que piden escuchar una y otra vez, en los personajes que les fascinan, en los temores que regresan por las noches y en las preguntas aparentemente sencillas que irrumpen en medio de cualquier conversación. Educar tiene algo que ver con la manera en que acompañamos las preguntas que todavía no saben nombrarse. A lo largo de este capítulo he intentado

mostrar cómo los mundos simbólicos ofrecían un territorio para acercarnos a estas; no para responderlas de una vez y para siempre, ni para conducir a las niñas y los niños hacia interpretaciones correctas de la realidad, sino para permitir que permanecieran vivas porque sabemos que las preguntas importantes rara vez admiten respuestas definitivas.

Las experiencias más significativas de la vida suelen compartir una característica común: exceden las explicaciones que intentan contenerlas. Hay algo en ellas que continúa desplegándose mucho después de que creemos haberlas comprendido; nadie puede explicar completamente qué ocurre cuando una niña descubre que su voz tiene valor para otras personas. Tampoco resulta sencillo nombrar aquello que se transforma cuando un niño encuentra el coraje para atravesar un miedo, alguien experimenta la alegría de sentirse parte de una comunidad o una pregunta permanece acompañándonos mucho tiempo después de haber aparecido por primera vez. Hay acontecimientos que no caben enteramente dentro de una explicación y creo que es precisamente allí donde comienza el territorio del misterio.

En este punto no me refiero a aquello que se opone al conocimiento ni a una oscuridad que deba disiparse, hablo de esa dimensión de la existencia que siempre desborda nuestras categorías, de aquello que ninguna teoría logra agotar por completo, de esa zona fértil donde la vida continúa desplegándose más allá de lo que alcanzamos a comprender. Por ello declaro que preservar el misterio no significa renunciar al pensamiento, sino reconocer que comprender no es poseer, que conocer no es dominar y que explicar no equivale a clausurar. Las niñas y los niños parecen saberlo con una naturalidad que las personas adultas solemos perder. Se acercan al mundo con una mezcla de curiosidad, asombro y disponibilidad. Preguntan para obtener respuestas, pero también para permanecer en relación con aquello que les sorprende.

HABITAR EL MISTERIO

Durante aquel primer año de este preescolar, las niñas y los niños se convertían en aprendices de marinería, navegaban aguas diversas, aprendiendo a reconocer las corrientes de sus propias emociones y las de quienes compartían el viaje. Algunas aguas resultaban serenas, otras se agitaban inesperadamente. Había jornadas luminosas y días en los que la niebla parecía dificultar toda orientación. No buscábamos enseñarles qué debían sentir ni tampoco convertir las emociones en contenidos escolares; la invitación consistía en aprender a escuchar las aguas: reconocer sus movimientos, descubrir sus matices, habitar sus transformaciones. Para este propósito, los cuentos tradicionales se convirtieron entonces en compañeras y compañeros de viaje. Los relatos originales de los hermanos Grimm aparecían como islas dispersas a lo largo de la travesía. Cada historia ofrecía una geografía simbólica distinta: bosques oscuros, senderos inciertos, criaturas extrañas, pruebas difíciles y transformaciones inesperadas. Escuchaban aquellas narraciones sin necesidad de traducirlas inmediatamente a explicaciones; las imágenes hacían su trabajo silencioso encontrando resonancias distintas en cada persona, acompañaban preguntas que apenas comenzaban a crecer.

Junto a los cuentos viajaba también la palabra poética. Los poemas, las narraciones breves y los textos que compartíamos abrían otra forma de conocimiento. Allí donde las explicaciones buscaban aclarar, la poesía invitaba a permanecer, donde los conceptos delimitaban significados, las imágenes ampliaban la experiencia. Las palabras dejaban de ser únicamente vehículos de información para convertirse en lugares donde la imaginación podía demorarse y el corazón encontrar resonancia. Fue precisamente la fuerza de esa palabra poética la que permitió a las tripulaciones enfrentar uno de los desafíos más memorables de la travesía. Al final de uno de aquellos recorridos descubrieron la existencia de una cueva donde se guardaban los mayores tesoros conocidos. Sin embargo, la entrada estaba protegida por un dragón imponente que impedía el paso a cualquier visitante.

Durante semanas imaginaron distintas maneras de acercarse a él. Algunas propuestas apelaban a la fuerza, otras a la astucia. Poco a poco comenzaron a

descubrir que ningún combate abriría las puertas de aquella cueva, la única posibilidad consistía en conquistar el corazón del dragón.

Y, para lograrlo, recurrieron a aquello que habían aprendido durante el viaje: le leyeron poemas, le ofrecieron historias, le compartieron “palabras del corazón”, le entregaron imágenes capaces de conmover. Así, poco a poco el dragón comenzó a transformarse hasta que finalmente permitió el ingreso a la cueva de los tesoros. Solo entonces las niñas y los niños descubrieron que aquel tesoro había estado a su lado desde el comienzo: la cueva era la biblioteca.

El mayor misterio de esta historia, para mí, fui yo misma: aquel dragón gruñón era esta psicóloga jugadora. Sin saberlo, había entrado al mundo del teatro de sombras para recrear momentos únicos. Esos momentos se convirtieron en mis propios tesoros, los que todavía me relumbran en el corazón — y me devuelven, una y otra vez, al mismo viaje, como quien vuelve en espiral a lo que nunca termina de recorrer. Así son las vivencias que de verdad nos transforman: no se cierran ni se agotan en el momento en que ocurren, sino que siguen llamándonos de vuelta, cada vez desde un lugar distinto, revelándonos algo que la primera vuelta no alcanzó a mostrarnos.

Ese regreso constante también fue transformando mi manera de comprender el conocimiento y aún hoy me parece difícil encontrar una imagen más precisa para nombrar aquello que intentábamos construir. El conocimiento no significaba algo que debía conquistarse mediante la obligación o el rendimiento. Se parecía más a un territorio que se abría cuando una relación había sido posible. Así, la lectura no era una tarea sino una aventura. La biblioteca no era un depósito de libros, sino una cueva habitada por tesoros, y la palabra no era únicamente una herramienta para aprender, sino una fuerza capaz de transformar el mundo.

Después de muchos meses recorriendo mares interiores y exteriores, algo comenzó a aparecer lentamente en el horizonte: la promesa de una tierra aún

HABITAR EL MISTERIO

desconocida que las niñas y los niños todavía no podían ver con claridad (y lo cierto es que nosotras tampoco), pero sabíamos que nos dirigíamos hacia ella. Una tierra donde las preguntas sembradas durante el viaje podrían seguir creciendo. Un territorio donde la imaginación, los vínculos, el cuidado y el asombro encontrarían nuevas formas de desplegarse.

Aunque el año lectivo terminaba, quedaba la promesa del reencuentro en un lugar donde la travesía dejaría de consistir únicamente en navegar entre aguas revoltosas para comenzar a habitar Terranova. Hacia allí nos dirigimos ahora.



Capítulo II

TERRANOVA

“O los desgraciados y agobiados se volvían confiados y alegres. Y si alguien creía que su vida estaba totalmente perdida... iba y le contaba todo eso a la pequeña Momo, y le resultaba claro, de modo misterioso mientras hablaba, que tal como era sólo había uno entre todos los hombres y que, por eso, era importante a su manera, para el mundo. ¡Así sabía escuchar Momo!”

—Michael Ende, Momo

Llegar a una tierra habitada por otros y otras

Durante el primer año habíamos navegado. Las tripulaciones aprendieron a orientarse entre corrientes cambiantes, atravesaron tormentas, escucharon historias antiguas y recorrieron mares donde las emociones tenían nombre propio. Habían seguido mapas, descifrado mensajes y descubierto que algunas preguntas son más importantes que las respuestas que intentan resolverlas. Ahora la línea del horizonte comenzaba a cambiar, después de mucho tiempo observando agua, aparecía la tierra: Terranova. Recuerdo la emoción que producía pronunciar aquel nombre.

Durante el año anterior las niñas y los niños habían sido aprendices de marinería. Ahora llegaban a tierra firme convertidas y convertidos en exploradoras y exploradores. Terranova era el territorio simbólico que

HABITAR EL MISTERIO

acompañaría su paso por kínder, una geografía imaginada y compartida que poco a poco iríamos habitando juntas y juntos. Allí había nuevos senderos por recorrer, refugios por construir, personajes que conocer, misterios que investigar y preguntas que todavía no tenían respuesta.

Cada equipo tendría su propio refugio donde guardarían hallazgos, compartirían hipótesis, recibirían mensajes y regresarían después de cada expedición. En aquellos espacios comenzaría a crecer también uno de los símbolos más importantes de Terranova. Este era un gran árbol construido con material reciclable que con el tiempo se convertiría en lugar de encuentro, de preguntas y de sorpresas. Terranova era un territorio al que las niñas y los niños llegaban acompañadas y acompañados por historias, personajes y lugares que ya formaban parte de su memoria colectiva; la Isla de la Fantasía seguía allí, habitada por los personajes de los cuentos que habían conocido durante prekínder. Algunos regresaban una y otra vez a las conversaciones, a los juegos y a las preguntas del grupo, como ocurre con aquellas historias que encuentran un lugar donde quedarse.

Sin embargo, Terranova guardaba otros desafíos. Nuevos senderos comenzaban a abrirse, aparecían espacios todavía inexplorados, preguntas sin resolver y misterios que nadie había anticipado. Poco a poco las niñas y los niños descubrirían que aquella tierra no sólo estaba hecha de lugares, sino también de relaciones, búsquedas compartidas e historias que seguían escribiéndose mientras eran vividas. Terranova tenía geografía, habitantes y memoria, pero sobre todo tenía preguntas. Como ocurre en los territorios indómitos, nadie llegaba a él sabiendo exactamente qué iba a encontrar.

Y es que llegar a un territorio así exigía algo distinto de lo aprendido hasta entonces, porque navegar y habitar no son la misma cosa. En el mar siempre existe la posibilidad de continuar avanzando. La tierra, en cambio, nos obliga a permanecer un poco más, nos invita a construir, a cuidar, a hacernos responsables de los lugares que ocupamos y de las personas con quienes los compartimos. Por eso las primeras semanas tuvieron algo de exploración y algo de tanteo.

HABITAR EL MISTERIO

Las niñas y los niños recorrían senderos, observaban rincones, descubrían espacios que todavía no conocían. Algunas personas encontraban rápidamente un lugar desde donde mirar el mundo; otras, en cambio, necesitaban más tiempo. Había quienes llegaban hablando y quienes preferían escuchar primero. Algunas amistades parecían continuar naturalmente desde el año anterior y otras comenzaban a formarse apenas ahora. Nada de esto resultaba extraordinario porque forma parte de la vida de cualquier comunidad; no obstante, lo que empezó a llamar mi atención ocurrió en los meses siguientes ya que poco a poco comenzaron a aparecer versiones de las niñas y los niños que hasta entonces habían permanecido ocultas.

Una niña que rara vez levantaba la mano se convirtió en una observadora extraordinaria. Mientras el resto del grupo seguía una pista, ella notaba pequeños detalles que terminaban cambiando el rumbo de la búsqueda. Un niño que parecía vivir distraído recordaba con precisión conversaciones ocurridas semanas atrás y ayudaba al grupo a reconstruir acontecimientos que otras personas habían olvidado. Otra niña, que prefería mantenerse al margen de las discusiones, se donaba sus abrazos cuando alguien se sentía triste o excluido. No era que estuvieran cambiando de repente y tampoco era que aquellas capacidades hubieran aparecido de la nada, más bien daba la impresión de que estaban esperando las condiciones adecuadas para manifestarse.

Estos nuevos modos de habitar el espacio y las relaciones expresan un movimiento de nuestra constitución subjetiva, en el que muchas dimensiones de quienes somos viven de esa manera, latentes, disponibles, a la espera de un encuentro, porque hay aspectos de la existencia humana que sólo aparecen en relación con otras personas. Hay capacidades que desconocemos hasta que alguien las necesita, o preguntas que no sabíamos que habitaban en nosotras y nosotros hasta que otra persona las formula. También hay formas de cuidado, de valentía, de liderazgo o de ternura que permanecen silenciosas hasta que una situación las convoca. La vida tiene una forma curiosa de revelarnos; a veces creemos que estamos

HABITAR EL MISTERIO

descubriendo a otras personas cuando lo que en realidad se nos revela son partes desconocidas de nosotros mismos.

Puedo decir que Terranova comenzó a traer muchos de esos movimientos. Las niñas y los niños habían llegado pensando que explorarían una nueva tierra. De algún modo era cierto, había nuevos senderos por recorrer, refugios por construir y misterios que todavía aguardaban en distintos rincones del territorio. Pero una exploración más silenciosa también había iniciado, porque mientras aprendían a vivir junto a otras personas iban encontrando formas inéditas de ser: algunas nacían en las amistades, otras en los desacuerdos y otras más aparecían cuando el grupo necesitaba ayuda, cuando surgía una dificultad inesperada o cuando alguien encontraba el valor para hacer una pregunta que nadie se había atrevido a formular. Las transformaciones más profundas en nuestra subjetividad comienzan precisamente cuando la vida nos pone frente a otras personas y nos invita a responder de maneras que todavía no conocíamos.

Mientras acompañaba a las niñas y los niños durante aquellos primeros meses en Terranova, tenía la sensación de que algo semejante estaba ocurriendo; lo veía aparecer en una conversación, en una amistad que comenzaba a consolidarse, en la forma como alguien encontraba su lugar dentro del grupo, o en la manera como ciertas capacidades parecían despertar cuando eran necesarias para otras personas. Terranova se iba poblando lentamente de historias, voces y presencias, ya no era solamente una tierra recién descubierta: comenzaba a convertirse en un lugar habitado.

Habitar un lugar tiene algo que ver con descubrir que nuestras vidas empiezan a entrelazarse con las de otras personas, hasta el punto que resulta difícil saber dónde termina una historia y comienza otra. Las niñas y los niños todavía exploraban senderos y rincones desconocidos. Sin embargo, la exploración más importante ya estaba en marcha, pero ésta no ocurría en los caminos de Terranova sino entre ellas y ellos...y apenas comenzaba.

Los refugios: construir un nosotros

Antes de seguir senderos desconocidos, resolver misterios o emprender expediciones, las exploradoras y los exploradores necesitaban un lugar al cual regresar. Por eso, cada equipo recibió un refugio.

Los refugios ocupaban los mismos espacios que tradicionalmente habían sido llamados salones de clase. Sin embargo, desde el comienzo dejamos de nombrarlos de esa manera. En Terranova eran refugios de exploradores, y ese cambio de nombre transformaba también la relación con el lugar. No llegaban a un salón organizado por personas adultas para recibir estudiantes, llegaban a un territorio que debían habitar.

Durante las primeras semanas cada equipo comenzó a darle forma a su refugio. Lo hicieron a partir de sus gustos, sus acuerdos, sus deseos y las expectativas que tenían sobre la aventura que acababa de empezar. Algunos privilegiaban ciertos colores, otros organizaban cuidadosamente los espacios donde guardarían sus hallazgos. Poco a poco fueron apareciendo mapas, dibujos y objetos encontrados durante las expediciones y pequeñas marcas que hacían reconocible cada uno. Me gustaba detenerme en ese proceso porque allí ocurría algo más que una apropiación del espacio, los grupos comenzaban a preguntarse, quizás sin saberlo, quiénes eran. Toda comunidad necesita un lugar donde encontrarse consigo misma y aquí los refugios fueron cumpliendo esa función.

Al refugio regresaban después de cada exploración. En este espacio discutían sus hipótesis cuando un misterio aparecía en Terranova, compartían desacuerdos, tomaban decisiones y guardaban aquello que consideraban valioso. Con el tiempo, algunos tesoros encontrados durante las expediciones también fueron resguardados allí, como si ese lugar fuera capaz de proteger no solamente objetos sino también la memoria de la travesía.

En cada uno de los refugios lo que sí encontraron los niños y niñas al llegar fue un gran árbol construido con diversos materiales. Las guías y consejeras lo

habíamos investido como un árbol de la sabiduría, aunque las niñas y los niños terminaron otorgándole significados mucho más amplios de los que habíamos imaginado. A sus pies aparecían mensajes, preguntas y pistas inesperadas. Con el paso de los meses aquel árbol se convertiría en uno de los corazones simbólicos de Terranova, pero eso ocurriría después; por ahora los refugios estaban ocupados en la tarea de aprender a convertirse en un nosotros porque antes de resolver los grandes misterios de Terranova, las tripulaciones que estaban ahora revueltas necesitaban descubrir algo más cercano y más difícil que era cómo vivir juntas y juntos, cómo tomar decisiones compartidas, cómo reconocer el valor de las diferencias y cómo construir una historia común sin dejar de ser quienes eran.

Los refugios se parecían menos a un salón y más a un campamento base, ese lugar al que se regresa después de explorar lo desconocido, el espacio donde se organizan los mapas, se comparten hallazgos y se recuperan fuerzas antes de volver a salir; por eso resultaron tan importantes. Mientras las niñas y los niños construían sus refugios, éstos construían igualmente a las niñas y los niños que los habitaban.

Los árboles que preguntaban

Toda comunidad necesita preguntas capaces de abrir un espacio de búsqueda compartida, preguntas que no se agotan en una respuesta rápida porque continúan trabajando silenciosamente en quienes se atreven a habitarlas. En Terranova, aquellas preguntas empezaron a llegar a través de los árboles. Los árboles ya habitaban los refugios desde el comienzo del año; cada equipo de exploradoras y exploradores tenía el suyo. Su presencia formaba parte del paisaje cotidiano, del mismo modo que los mapas, los objetos hallados durante las expediciones o los dibujos que iban apareciendo en las paredes. Las niñas y los niños pasaban junto a ellos, conversaban bajo sus ramas y, poco a poco, dejaron de verlos como un elemento más del escenario para incorporarlos a la vida misma de la comunidad.

En aquel momento pensábamos los árboles como una especie de portal, un puente entre los acontecimientos cotidianos de las exploradoras y los

exploradores y los elementos fantásticos que habitaban Terranova. Un lugar desde donde podrían llegar mensajes, pistas o acontecimientos inesperados, pero con el tiempo fuimos comprendiendo que su función era mucho más profunda que esa.

¡Todo comenzó con una carta!. Una mañana apareció una carta que contenía un mensaje en uno de los árboles. Nadie había visto llegar a quien lo escribió y nadie sabía cómo había aparecido allí, sin embargo la carta parecía conocer cosas que estaban ocurriendo en Terranova, sabía de los misterios, de las conversaciones de las exploradoras y los exploradores, de acontecimientos que habían ocurrido en los refugios. Como era de esperarse, la inquietud recorrió rápidamente a los equipos: ¿Quién había escrito aquel mensaje? ¿Cómo podía saber tantas cosas? ¿Dónde estaba?, Las niñas y los niños intentaban construir explicaciones, formulaban hipótesis, buscaban pistas. Algunas se apoyaban en acontecimientos recientes o en historias conocidas; otras en posibilidades que sólo la imaginación infantil es capaz de sostener con absoluta naturalidad, pero lo más importante no fue la aparición del mensaje sino la pregunta que éste traía consigo, y la cual parecía dirigirse al corazón mismo de la comunidad: ¿Quiénes son ustedes?

Recuerdo que esa pregunta produjo un efecto muy distinto al de los misterios que vendrían después. Cuando aparecía o desaparecía una huella o un objeto extraño, la atención se dirigía naturalmente hacia el acontecimiento. No obstante había algo que descubrir, explicar y resolver, esta vez era diferente. La pregunta devolvía la mirada hacia quienes la recibían. Por un momento Terranova dejaba de ser únicamente un territorio por explorar para convertirse en un espejo: ¿Quiénes son ustedes? La pregunta parecía sencilla y, sin embargo, no lo era.

Hasta entonces las exploradoras y los exploradores habían compartido expediciones, conversaciones y aventuras. Habían aprendido los nombres de quienes viajaban a su lado, empezaban a reconocer gustos, habilidades y formas de ser, pero ahora aparecía otro desafío: intentar nombrar aquello que estaban construyendo en conjunto.

HABITAR EL MISTERIO

¿Quiénes eran: ¿Una tripulación? ¿Un grupo de amigas y amigos? ¿Un equipo de exploradoras y exploradores? ¿Una comunidad? ¿Algo más?

La pregunta permanecía abierta y creo que esa era precisamente su fuerza. El equipo de profesionales que acompañaba a estos grupos decidió, inspirado en una historia antigua, lanzar el primer desafío.

Bebimos inspiración del Oráculo de Delfos, santuario que durante siglos personas provenientes de distintos lugares llegaban después de largos viajes para consultar buscando respuestas sobre el amor, la guerra, el destino o el porvenir, pero finalmente la voz del oráculo que terminó atravesando la historia fue otra: Conócete a ti mismo. Una invitación a volver la mirada hacia la propia existencia. Algo semejante parecía ocurrir con la carta que llegaba a Terranova.

Los árboles por sí mismos no explicaban quiénes eran las exploradoras y los exploradores. No les entregaban una definición ni una identidad terminada, les ofrecían algo mucho más valioso expresado en una pregunta capaz de acompañarles durante el camino, como impulso para el crecimiento; así como acontece con las preguntas que nos acompañan durante años, a veces durante toda una existencia, y mientras intentamos responderlas, algo en nosotras y nosotros comienza a modificarse.

Carl Gustav Jung escribió el 22 de octubre de 1916 una carta a su paciente Fanny Bowditch, la cual contenía una frase que terminaría popularizándose mucho más allá de aquel intercambio privado: 'Quien mira hacia afuera sueña y quien mira hacia adentro despierta'. Jung no ofrecía allí una máxima general sobre el autoconocimiento, sino un consejo dirigido a una persona concreta, en medio de un proceso de escucha compartido; no se refería, entonces, a una introspección aislada del mundo, sino a la necesidad de sostener una relación viva con las preguntas que nos constituyen —una relación que, como la de Jung con su paciente, sólo puede sostenerse en compañía de otra persona. Algo semejante ocurría con la pregunta de los árboles: tenía algo profundamente iniciático, no pedía una respuesta correcta sino que invitaba

a una búsqueda. Mientras las exploradoras y los exploradores intentaban comprender los misterios de Terranova, otra investigación había comenzado silenciosamente: la investigación sobre quiénes estaban llegando a ser.

Las guías y consejeras habíamos imaginado los árboles como un puente entre la vida cotidiana y el mundo fantástico, pero lo que no habíamos previsto era que terminarían convirtiéndose también en un puente entre la comunidad y sí misma, pues cada vez que una exploradora descubría una capacidad que desconocía, cada vez que alguien encontraba su lugar dentro del grupo, cada vez que una diferencia enriquecía una búsqueda colectiva o que una amistad abría posibilidades nuevas de encuentro, aquella pregunta volvía a resonar: ¿Quiénes son ustedes?

La respuesta nunca llegó en una sola carta, sino que se fue escribiendo lentamente en los refugios, en las conversaciones, en los desacuerdos, en los misterios compartidos y en la historia que estaban construyendo. Como ocurre con las preguntas importantes, no se respondió de una vez y para siempre... se convirtió en camino.

Pensar juntas y juntos

Después de la pregunta llegaron las primeras pistas...o quizás ocurrió al revés; tal vez las pistas ya estaban allí y fue la pregunta la que nos enseñó a mirarlas de otro modo. Lo cierto es que, poco a poco, comenzaron a aparecer acontecimientos difíciles de explicar: mensajes, cartas, pequeñas señales que parecían provenir de algún lugar desconocido de Terranova. Había algo inquietante en todo aquello que invitaba a detenerse, a observar con más atención y a formular preguntas. Las conversaciones empezaron a multiplicarse, las niñas y los niños hablaban en los refugios, durante los recorridos, mientras compartían materiales o esperaban el inicio de una actividad. Lo que había comenzado como una carta terminaba convirtiéndose en preguntas colectivas: ¿quién había dejado el mensaje?, ¿cómo había llegado hasta el árbol?, ¿existía realmente alguien observando lo que ocurría en Terranova? Las respuestas nunca fueron unánimes, algunas

exploradoras pensaban que se trataba de un ser mágico que habitaba en algún rincón desconocido de Terranova. Otras personas intentaban relacionarlo con los personajes de cuentos de la Isla de la Fantasía. Había quienes sostenían que podía tratarse de un antiguo habitante del territorio, alguien que conocía secretos que las demás personas ignoraban. Cada nueva hipótesis parecía abrir preguntas adicionales en lugar de clausurarlas. Lo que más me llamaba la atención de todo esto era que las diferencias no interrumpían la búsqueda; por el contrario, la enriquecían: una observación llevaba a otra, una idea obligaba a revisar una certeza. Una explicación que parecía suficiente encontraba un detalle que la volvía incompleta. Nadie poseía una visión total del misterio, y era precisamente por eso que se necesitaban unas a otras y unos a otros.

Lo que estaba ocurriendo, más que un intercambio de opiniones, era un pensamiento que comenzaba a construirse entre varias personas. Con frecuencia consideramos el acto de pensar como una actividad solitaria e imaginamos a alguien sentado frente a un problema intentando resolverlo por sus propios medios. Sin embargo, en Terranova aparecía otra posibilidad, y esto implicaba que las preguntas viajaban de una persona a otra: una observación abría una nueva hipótesis, una duda obligaba a revisar una certeza, una interpretación inesperada ampliaba aquello que parecía evidente. Las niñas y los niños parecían comprender naturalmente que pensar se parecía menos a encontrar respuestas y más a tejer relaciones entre distintas miradas; ofrecían al grupo sus hipótesis para que pudieran ser examinadas, transformadas o ampliadas. Lo importante no era tener razón, sino acercarse un poco más al misterio.

A medida que las conversaciones se hacían más frecuentes, comenzó a ocurrir algo que al principio parecía casi imperceptible: las exploradoras y los exploradores empezaron a reconocer que no todas las personas observaban el mundo de la misma manera. Puede parecer una obviedad; sin embargo, para una comunidad de niños y niñas de cinco años que apenas comienza a construirse, no lo es. Poco a poco comenzó a hacerse evidente algo

importante: nadie podía verlo todo, cada quien parecía sostener una parte distinta del mapa. Las respuestas nunca coincidían por completo, en cada refugio se planteaban hipótesis que luego tenían que llevarse a una gran asamblea. Nadie había alcanzado una visión total del misterio. Cada persona parecía sostener apenas un fragmento: una observaba algo que las demás no habían visto, otra recordaba un detalle aparentemente insignificante; alguien formulaba una pregunta que obligaba a reconsiderar todo lo anterior. Era precisamente esa incompletud la que volvía necesaria la presencia de las demás personas.

Con frecuencia se piensa que aprender consiste en acercarnos a una misma respuesta. En Terranova comenzábamos a descubrir que lo que permitía avanzar no era que todas las personas pensaran igual, sino que cada una pudiera aportar aquello que estaba viendo desde su propio lugar y que viviendo juntas y juntos algo podía ser posible. Al comienzo investigaron el significado de sus propios nombres para poder enviarle una respuesta al Ser Misterioso que les hacía llegar cartas a través de los árboles. Descubrieron historias familiares, pasiones heredadas y palabras que les habían acompañado mucho antes de llegar a Terranova. Más tarde atravesaron pruebas que a través de cartas les planteaba el Ser Misterioso, y las cuales les demandaron confianza, colaboración y valentía. Después cosieron sus propios chalecos al recibir de él, en los árboles, materiales para ello. También construyeron adagios capaces de acompañarles durante la travesía como parte de sus objetos de poder. Sin saberlo estaban respondiendo algo más profundo que un acertijo: aprendían a reconocer quiénes llegaban a ser cuando compartían una misma aventura.

Como adultos, con frecuencia se piensa que pertenecer implica parecernos. En Terranova parecía acontecer de manera distinta. Lo común no nacía de la uniformidad, era una construcción que nacía de la capacidad de reunir múltiples voces alrededor de una misma búsqueda. Nuestra singularidad no florece lejos de las demás personas sino en el encuentro, en la posibilidad—siempre frágil y siempre preciosa—, de construir algo común sin dejar de ser quienes somos.

Cuando la Isla de la Fantasía guardó silencio

La vida en Terranova continuaba desplegándose entre preguntas, conversaciones y descubrimientos cuando una nueva carta llegó a los refugios; esta vez la firma era conocida. Bastó leer las primeras líneas para que la emoción recorriera a las exploradoras y los exploradores; era una carta del Capitán James.

Lo habíamos conocido el año anterior, cuando todavía eran aprendices de marinería. Habían navegado junto a él por mares cambiantes, aprendido a escuchar el movimiento de sus emociones y recorrido la Isla de la Fantasía, un territorio donde los personajes de los cuentos parecían habitar una realidad tan viva como la propia. Su nombre traía consigo recuerdos de aventuras compartidas, desafíos superados y la sensación de que el mundo siempre guardaba lugares aún por descubrir.

La carta del Capitán James anunciaba que algo extraño estaba ocurriendo en la Isla de la Fantasía y que sus habitantes necesitaban ayuda. Él no lograba comprender del todo lo que estaba sucediendo porque se encontraba en alta mar, pero intuía que algo importante estaba cambiando, y solicitaba el apoyo de las exploradoras y los exploradores de Terranova. La noticia despertó entusiasmo y preocupación a partes iguales. Volver a la isla significaba reencontrarse con personajes queridos y regresar a un territorio cargado de historias. Al mismo tiempo, el mensaje traía consigo un matiz distinto al de las aventuras anteriores; esta vez no se trataba solamente de descubrir algo nuevo sino de responder a un llamado.

La carta venía acompañada de algo más. Traía un gran mapa. Las exploradoras y los exploradores se reunieron alrededor de él para descifrar sus símbolos, sus caminos y los nombres de los territorios que aparecían dibujados sobre el papel. Durante varios días el mapa ocupó el centro de las conversaciones. Lo observaban atentamente, recorrían sus senderos con los dedos, discutían posibles rutas y trataban de comprender la relación entre los distintos lugares que allí aparecían representados. Poco a poco descubrieron

algo que transformó su comprensión de Terranova: la Isla de la Fantasía formaba parte de aquel mismo territorio. Allí aparecía junto a otros lugares, conectada por caminos que atravesaban una geografía mucho más amplia de la que habían imaginado hasta entonces. Los refugios donde se reunían cada día, los senderos que recorrían y los espacios que apenas comenzaban a conocer pertenecían a un mismo mundo.

La revelación produjo una especie de asombro compartido, Terranova creció ante sus ojos. De pronto comprendieron que existían regiones que todavía no habían visitado, historias que desconocían y acontecimientos capaces de afectar a comunidades enteras más allá de su propio refugio, y entonces la carta del Capitán James adquirió un significado diferente: ya no provenía de un lugar lejano, sino que llegaba desde otra región de un territorio común. Lo que estaba ocurriendo en la Isla de la Fantasía también les concernía.

Antes de emprender el viaje tuvieron que aprender a leer el mapa. La tarea resultó mucho más compleja de lo que parecía. Elegir una ruta implicaba interpretar señales, reconocer caminos posibles y anticipar obstáculos. Algunas exploradoras descubrían detalles que las demás habían pasado por alto. Otras proponían recorridos alternativos. Había quienes observaban cuidadosamente las distancias y quienes imaginaban qué podría encontrarse en cada región. Una vez más, ninguna mirada resultaba suficiente por sí sola: el mapa comenzó a leerse colectivamente. Las distintas observaciones se complementaban, las hipótesis se contrastaban, y poco a poco la comunidad fue construyendo una ruta compartida. Mientras buscaban el camino hacia la Isla de la Fantasía las exploradoras y los exploradores estaban aprendiendo algo muy valioso: que toda travesía requiere orientación, y que orientarse implica comprender el territorio que habitamos, reconocer que formamos parte de una geografía más amplia y descubrir que los caminos importantes suelen construirse en compañía.

En una primera salida de exploración con el mapa el recorrido los condujo hasta el Pantano de la Tristeza. A diferencia de otros desafíos aquel territorio

HABITAR EL MISTERIO

exigía algo muy particular: cada paso dependía de los demás. El avance de una persona estaba ligado al del grupo, las decisiones debían tomarse conjuntamente, y cada obstáculo requería colaboración, escucha y cuidado mutuo.

Quienes conocen La historia interminable de Michael Ende pueden recordar que allí había muerto Artax, el caballo de Atreyu, hundido por el peso de la tristeza y la desesperanza. Las exploradoras y los exploradores desconocían aquella historia, pero algo en el nombre del lugar parecía convocar emociones semejantes. El desafío consistía en atravesar una serie de escalones dispersos sobre el terreno sin permitir que nadie quedara atrás ni cayera durante el recorrido. Al principio reinó la incertidumbre. Las niñas y los niños observaban el camino sin apresurarse. Cada decisión que tomaran parecía transformar la travesía de toda la comunidad. Algunas personas dudaban, otras proponían soluciones apresuradas, mientras el desafío permanecía allí, esperando ser comprendido.

Poco a poco comenzaron a ensayar posibilidades: conversaron, observaron, se equivocaron, volvieron a intentarlo... hasta que alguien descubrió que los pasos podían viajar. Quien se encontraba al final de la fila recibía una pieza y la entregaba cuidadosamente a la persona siguiente. Esta hacía lo mismo con quien estaba delante, y así sucesivamente hasta que el paso llegaba a la primera exploradora o al primer explorador del recorrido, entonces ésta lo colocaba frente al grupo, ampliando el camino apenas un poco más. El avance era lento, exigía atención y requería confianza porque cada movimiento dependía del cuidado de las demás personas. De pronto el desafío dejó de pertenecer a cada exploradora o explorador por separado, y se convirtió en una tarea colectiva; el camino avanzaba porque alguien entregaba, otra persona recibía y otra más colocaba el siguiente paso. Ninguna acción tenía sentido por sí sola: era la secuencia completa la que permitía continuar.

Recuerdo el cambio que se produjo en el ambiente cuando comprendieron cómo hacerlo. La inquietud inicial comenzó a transformarse. Allí donde antes

HABITAR EL MISTERIO

había dudas apareció concentración; allí donde había temor comenzó a surgir confianza. Los cuerpos se coordinaron, las voces empezaron a animarse unas a otras y el grupo entero encontró un ritmo compartido. Cuando finalmente alcanzaron el otro lado, una explosión de alegría recorrió el territorio, gritos, risas, saltos... El jolgorio de la misión cumplida abrazó a las exploradoras y los exploradores como suele ocurrir cuando un desafío importante ha sido conquistado en compañía.

El Pantano de la Tristeza estaba propiciando algo en este grupo de niñas y niños que sentimos fundante: que algunas travesías sólo pueden realizarse junto a otras personas porque ciertos caminos aparecen precisamente cuando una comunidad descubre que es capaz de construirlos mientras avanza. Esto es algo que difícilmente podía aprenderse mediante explicaciones o porque en un tablero apareciera escrito el valor del mes, como aún se acostumbra en algunas escuelas tradicionales. Reconocer que se requería de todas y todos —aunque hubiera quienes necesitaran más tiempo—, ofrecer ayuda cuando aparecía una dificultad y confiar en que el grupo encontraría la manera de seguir adelante... Esto solo era posible en un grupo de niños y niñas de cinco años si podía vivirse de manera encarnada.

Con aquella aventura y aprendizaje a cuestas, después de atravesar el pantano, emprendimos finalmente el viaje hacia la Isla de la Fantasía. La emoción era evidente, las exploradoras y los exploradores avanzaban entre recuerdos buscando anticipar el reencuentro con los personajes que habían acompañado tantos momentos de sus historias. Sólo fue llegar para percatarse que algo había cambiado: aunque la isla conservaba sus senderos y los árboles seguían allí, una extraña quietud y silencio parecía haberse extendido por el territorio. Los personajes no aparecieron, los espacios que solían habitar permanecían vacíos, y las voces que otras veces recibían a las exploradoras y los exploradores parecían haberse retirado dejando tras de sí un silencio lleno de preguntas.

Las primeras señales aparecieron dispersas por la isla: una zapatilla, un espejo, una caperuza, una almohada. Los objetos eran reconocibles,

pertenecían a algunos de los personajes que habían acompañado las historias del año anterior. Las niñas y los niños se acercaban a observarlos con atención, intentando comprender qué hacían allí, experimentando en la escena algo inquietante. Los objetos permanecían, pero sus dueños parecían haberse desvanecido. Por supuesto, las preguntas comenzaron a multiplicarse, y entre susurros y voces abrazadas por algo de temor, surgieron hipótesis sobre una misión importante a la cuál tal vez partieron, o que habían tenido que abandonar la isla apresuradamente; incluso hubo quien después de ver en los árboles unas huellas como de garra, dijo que el Lobo se los había comido a todos.

Las exploradoras y los exploradores recorrían el territorio buscando indicios. Observaban el suelo, examinaban los senderos y conversaban entre sí, intentando construir una explicación. Fue entonces cuando un pequeño grupo se detuvo frente a uno de los árboles que tenía unas marcas extrañas en el tronco. Al seguirlas con la mirada descubrieron algo que hasta ese momento había pasado inadvertido para todas las demás personas: justo en lo alto de la copa había un paquete. La noticia recorrió rápidamente la isla. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Quién lo había dejado? ¿Qué contenía?

La expectativa creció mientras intentaban recuperarlo. Alguien muy osado y sin musitar palabra se trepó al árbol y lanzó desde arriba el paquete. Treinta exploradoras y exploradores se reunieron en círculo con tanta rapidez para descubrir lo que guardaba en su interior. Cuando por fin se logró abrir, encontraron en su interior tres estatuas inspiradas en la comunidad de San Agustín (este origen lo descubrirían después) y dos libros que parecían haber sido cuidadosamente resguardados: Uno era Momo y el otro The three little pigs.

Durante algunos minutos nadie pareció tener muy claro qué relación guardaban aquellos objetos con la desaparición de los personajes. Sin embargo, algo en su presencia sugería que no se trataba de hallazgos casuales: habían sido dejados allí para ser encontrados. Las estatuas

permanecían silenciosas, los libros también, parecía que ambos guardaban una historia que todavía no sabíamos leer.

Las exploradoras y los exploradores emprendieron el regreso a Terranova llevando consigo los objetos encontrados y una cantidad aún mayor de preguntas. ¿Qué relación guardaban con la desaparición de los personajes? ¿Qué historia intentaban contar? ¿Por qué habían sido dejados precisamente en aquel lugar?

Las preguntas viajaban de un refugio a otro, algo parecía estar ocurriendo y la comunidad comenzaba a sentir que formaba parte de esa historia.

Pocos días después, nuevas señales aparecieron en los refugios. Sobre el suelo y las paredes podían verse unas marcas extrañas de color gris. Las exploradoras y los exploradores se reunieron alrededor de estas. Las observaron con atención, siguieron sus recorridos e intentaron comprender su procedencia. Las huellas parecían venir de algún lugar desconocido y dirigirse hacia otro igualmente misterioso, como si transportaran un mensaje que todavía nadie sabía leer. La inquietud que había comenzado en la Isla de la Fantasía acababa de cruzar el umbral de los refugios.

La desaparición de los personajes, las estatuas silenciosas, los libros encontrados y aquellas huellas grises comenzaban a formar parte de una misma trama cuyos contornos apenas empezaban a revelarse. Las exploradoras y los exploradores todavía desconocían hacia dónde conduciría aquella búsqueda. Sin embargo, el territorio entero parecía haber formulado una nueva pregunta, y esta vez la respuesta exigiría mucho más que imaginación.

Una comunidad que aprende a responder

Al volver sobre estas escenas tengo la impresión de que la pregunta que acompañó a las exploradoras y los exploradores nunca encontró una respuesta definitiva; más bien fue transformándose a medida que avanzaba la

travesía. Habían llegado a Terranova buscando un lugar donde habitar; construyeron refugios, aprendieron a orientarse con mapas, atravesaron pantanos, siguieron pistas y sostuvieron conversaciones que abrían más preguntas de las que lograban resolver. Entre cartas, misterios y expediciones fueron descubriendo algo que ninguna actividad había sido diseñada para enseñar de manera explícita. La vivencia de equipo y de comunidad no apareció de un momento a otro: fue tomando forma lentamente. Afloraba en el hallazgo inesperado de un detalle que había pasado inadvertido, en la recuperación de una pista olvidada capaz de reanimar una búsqueda que parecía detenida, en el esfuerzo colectivo por atravesar un obstáculo sin dejar a nadie atrás, y en aquellas preguntas que nacían en una sola voz y terminaban transformándose en una conversación compartida.

Mientras intentaban comprender qué estaba ocurriendo en Terranova, las exploradoras y los exploradores aprendían algo sobre sus propios recorridos. Descubrían que algunas capacidades sólo emergen en presencia de otras personas, que ciertos caminos se vuelven visibles cuando varias miradas se reúnen alrededor de un mismo misterio, que el mundo se vuelve más amplio cuando aprendemos a escuchar aquello que otras personas perciben y en nuestro caso todavía no alcanzamos a ver. Intuyo que por eso la llegada de unas huellas grises en los refugios resultara tan significativa. Las preguntas que hasta entonces habían habitado los árboles, los mapas y las conversaciones comenzaron a extenderse por el territorio entero. Algo estaba ocurriendo más allá de los refugios y parecía reclamar atención. De alguna manera, la comunidad ya se encontraba preparada para responder mientras aprendía a permanecer junto a las preguntas, a buscar y escuchar para construir sentido en compañía.

Al mirar retrospectivamente la travesía de las exploradoras y los exploradores, encuentro ecos de las reflexiones de la psicoanalista, investigadora y pensadora brasileña Suely Rolnik. A lo largo de su obra, y especialmente en *Esferas de la insurrección* (2019), ésta se ha preguntado por los procesos mediante los cuales las personas y las colectividades perciben

las transformaciones de su tiempo y participan en la creación de nuevos mundos. Su interés no se dirige hacia la identidad entendida como una forma estable o definitiva, sino hacia la vida como una experiencia en permanente movimiento, atravesada por encuentros, afectaciones y devenires que transforman nuestra manera de existir.

Rolnik (2019) propone que, junto al mundo de las formas conocidas —los nombres, las explicaciones, las certezas y las narrativas con las que organizamos la experiencia—, existe otra dimensión de la vida que se manifiesta a través de lo que ella denomina el cuerpo vibrátil. Se trata de una sensibilidad capaz de registrar movimientos que todavía no alcanzan a convertirse en representaciones claras. Antes de comprender, sentimos. Antes de explicar, algo en nosotras y nosotros percibe que una transformación está ocurriendo. Pienso que por eso, al leer las conversaciones de las exploradoras y los exploradores, sus hipótesis sobre las cartas del Árbol de la Sabiduría, su inquietud frente al silencio de la Isla de la Fantasía o su fascinación ante las huellas grises, asistimos a un ejercicio de escucha de aquello que todavía no posee una forma definida. Las niñas y los niños no corrían inmediatamente hacia una respuesta, sino que permanecían junto a la pregunta, se dejaban afectar por la misma, escuchaban sus resonancias, exploraban sus posibilidades.

Creo que Rolnik reconocería en Terranova una experiencia poco frecuente dentro de la vida escolar. Las exploradoras y los exploradores no estaban recibiendo conocimientos ya terminados ni transitando un camino previamente resuelto: aprendían a percibir los signos de un mundo que comenzaba a transformarse delante de sí. Las cartas, el mapa del Capitán James, el Pantano de la Tristeza, la ausencia de los personajes de cuento, las estatuas ocultas entre las ramas y las huellas grises que aparecieron después en los refugios, funcionaban como señales de algo que buscaba emerger. Desde esta perspectiva, la comunidad se constituía a través de vínculos afectivos o tareas compartidas; especialmente, se constituía alrededor de una sensibilidad común, una capacidad colectiva para prestar atención a lo que estaba naciendo.

HABITAR EL MISTERIO

Considero que es por eso que las preguntas ocuparon un lugar tan importante durante toda la travesía. No porque condujeran rápidamente a respuestas correctas, sino porque mantenían abierta la posibilidad de escuchar aquello que todavía no podía ser plenamente comprendido. En palabras cercanas a Rolnik, las exploradoras y los exploradores estaban aprendiendo a sostener la tensión entre un mundo que comenzaba a desvanecerse y otro que apenas empezaba a insinuarse. Algo estaba ocurriendo en Terranova, algo estaba ocurriendo en la Isla de la Fantasía, y antes de saber exactamente qué era la comunidad ya había comenzado a sentir sus efectos. Las huellas grises apenas iniciaban su recorrido sobre la tierra de Terranova. Las exploradoras y los exploradores todavía desconocían la historia que estaban a punto de habitar. Sin embargo, una transformación importante ya había tenido lugar: estaban aprendiendo a escuchar, a dejarse afectar y a responder colectivamente a aquello que reclamaba atención. Reconozco que ésta es una de las tareas más profundas de toda educación: acompañar a cultivar comunidades capaces de percibir los mundos que intentan nacer y de ofrecerles las condiciones necesarias para existir.



Capítulo III

EL MUNDO COMO INDICIO

“Sin duda no vio usted sino una simple franja de barro pisoteado; pero a mis ojos expertos cada marca transmitía un mensaje pleno de contenido”

—Arthur Conan Doyle, Estudio en escarlata

Los acontecimientos que nos obligan a sentipensar

Las conversaciones sobre las huellas, las estatuas y los libros continuaban recorriendo Terranova. Las preguntas aparecían en los refugios, durante las expediciones y en los momentos más inesperados del día. Bastaba que alguien recordara un detalle o propusiera una nueva relación entre los acontecimientos para que la búsqueda recuperara impulso. La fuerza de aquella experiencia provenía del misterio que envolvía la historia y de los acontecimientos que alteraban la comprensión de las exploradoras y los exploradores respecto al mundo que habitaban. Durante la investigación los llamé hechos sorprendentes.

Los hechos sorprendentes poseían una cualidad particular: introducían una fisura en la trama de sentido desde la cual las niñas y los niños interpretaban la realidad. Hasta ese momento existía una historia compartida que ofrecía orientación: los personajes habitaban la Isla de la Fantasía, los territorios

conservaban cierta estabilidad y los acontecimientos podían comprenderse a partir de las experiencias vividas anteriormente. Los hechos sorprendentes alteraban ese equilibrio, al irrumpir en la experiencia, producían una tensión entre lo que se esperaba encontrar y aquello que efectivamente aparecía ante los ojos de la comunidad.

La visita a la Isla de la Fantasía constituye un buen ejemplo de ello. Las exploradoras y los exploradores llegaron esperando encontrarse con los personajes que conocían desde tiempo atrás. En lugar de ello encontraron un territorio silencioso, poblado de ausencias. Más tarde, las marcas observadas en los árboles condujeron al hallazgo de un paquete cuidadosamente oculto entre las ramas más altas. Allí aparecieron las estatuas y los libros. Días después surgieron las huellas grises en los refugios. Ninguno de estos acontecimientos podía incorporarse fácilmente a la historia que el grupo conocía hasta entonces; cada uno introducía nuevas preguntas y obligaba a reorganizar las explicaciones disponibles. La potencia de estos hechos residía precisamente en su capacidad para producir una ruptura del verosímil.

Toda comunidad construye una comprensión compartida acerca de cómo funciona el mundo que habita. Esa comprensión no se encuentra escrita en ninguna parte; se teje lentamente a través de las experiencias, los relatos y las relaciones que se construyen en común. Gracias a ella podemos anticipar lo que resulta posible, probable o esperable. Las exploradoras y los exploradores también habían construido ese horizonte de sentido, conocían los personajes, los territorios y las historias que conformaban Terranova. Los hechos sorprendentes desplazaban esas coordenadas y abrían un espacio de incertidumbre donde las explicaciones habituales ya no alcanzaban para comprender lo que estaba ocurriendo.

Lo que más me interesó de este proceso fue observar que la ruptura del verosímil no desembocaba en confusión o desinterés; por el contrario, parecía despertar una intensa actividad emocional y cognitiva. Las niñas y los niños observaban con más atención, conversaban durante más tiempo, regresaban una y otra vez sobre los mismos acontecimientos e intentaban

establecer relaciones entre indicios que hasta entonces parecían inconexos. El misterio había impulsado el deseo de comprender desde un lugar de apertura sensible.

La desaparición de los personajes provocó preocupación. Muchas exploradoras y exploradores querían saber dónde estaban, qué les había sucedido y si se encontraban bien. El hallazgo de las estatuas despertó asombro, su presencia en la copa de un árbol parecía tan inesperada como fascinante. Las huellas grises generaron inquietud y curiosidad. ¿Quién las había dejado? ¿Por qué aparecían precisamente en los refugios? ¿Qué relación guardaban con todo lo demás? En algunas niñas y niños comenzó a aparecer también algo cercano al temor: las huellas parecían anunciar la presencia de alguien desconocido y los personajes seguían sin aparecer. El territorio que hasta entonces había resultado familiar comenzaba a contener zonas de incertidumbre que no podían ser controladas. Más adelante, cada nueva pista producía entusiasmo, expectativa y, en ocasiones, una sensación de urgencia por comprender aquello que estaba ocurriendo.

Estas emociones no permanecían aisladas de la actividad intelectual. Por el contrario, parecían ponerla en movimiento en tanto la preocupación por los personajes impulsaba nuevas búsquedas. El asombro ante las estatuas llevaba a examinar estas cuidadosamente. La inquietud despertada por las huellas motivaba conversaciones, observaciones y comparaciones. Incluso el temor alimentaba el deseo de comprender, porque nombrar no consiste únicamente en poner un nombre a lo que sucede: significa descubrir las relaciones que enlazan unos acontecimientos con otros hasta que la experiencia comienza a revelar un sentido compartido. Al encontrar una imagen y una palabra, aquello que nos afecta encuentra un lugar en la vida psíquica. El misterio permanece, pero la relación con él se transforma. En las exploradoras y exploradores, cada nuevo descubrimiento producía nuevas emociones, y esas emociones alimentaban nuevas preguntas. Una vez más constatábamos que emoción y pensamiento no transitaban caminos separados sino que formaban parte de un mismo proceso que se desplegaba en espiral.

Las exploradoras y los exploradores investigaban porque estaban intrigados, emocionados, preocupados o fascinados. Y cuanto más investigaban, más se intensificaba su implicación afectiva con la historia. El conocimiento no avanzaba a pesar de la emoción, sino a través de ella. La sorpresa abría la experiencia, la intensidad emotiva sostenía la búsqueda y el pensamiento intentaba construir sentido allí donde las explicaciones conocidas habían perdido su capacidad de orientar.

Los hechos sorprendentes poseen una potencia pedagógica tan singular que más que transmitir respuestas, crean las condiciones para que surja una necesidad genuina de comprender. Y cuando esa necesidad aparece, el pensamiento comienza a moverse de una manera difícil de obtener mediante cualquier explicación previamente elaborada. En Terranova, las huellas, las estatuas, los libros y las ausencias estaban haciendo exactamente eso: enseñaban a las exploradoras y los exploradores que toda búsqueda de conocimiento nace cuando algo nos afecta lo suficiente como para no poder dejar de preguntarnos por ello.

Cuando el mundo deja de ser evidente

Desde que encontramos deshabitada la Isla, los árboles eran observados con una atención renovada y las conversaciones regresaban una y otra vez sobre los mismos acontecimientos. Un detalle que antes habría pasado inadvertido, de pronto adquiría importancia; una observación realizada durante una expedición reaparecía días después en una asamblea; las hipótesis formuladas en un refugio viajaban hacia los otros y volvían transformadas por nuevas preguntas. Era como si el territorio hubiera ganado profundidad, como si bajo la superficie visible de las cosas comenzara a insinuarse una historia todavía desconocida.

Existe una experiencia que distintas tradiciones han intentado nombrar de diversas maneras. Los formalistas rusos hablaron de extrañamiento para referirse a esos momentos en los que la percepción abandona la familiaridad de la costumbre y las cosas recuperan una intensidad que parecía perdida. Julio Cortázar (1982), por su parte, encontró en lo fantástico una de las

expresiones más fecundas de ese mismo fenómeno. Aunque proceden de tradiciones intelectuales diferentes, ambas perspectivas señalan una experiencia semejante: hay ocasiones en las que el mundo deja de coincidir plenamente con las explicaciones que tenemos sobre él y, precisamente por eso, recupera su capacidad de sorprendernos. Lo interesante es que aquello que se vuelve extraño no siempre pertenece a un territorio desconocido. Con frecuencia son los escenarios más familiares los que comienzan a mostrar una grieta inesperada. Lo cotidiano permanece allí, reconocible y cercano, pero algo altera silenciosamente la manera en que lo comprendemos. Cortázar señalaba que lo fantástico no implica necesariamente la aparición de seres extraordinarios ni el ingreso a mundos paralelos. Puede manifestarse cuando un pequeño acontecimiento introduce una duda en el orden habitual de la realidad y nos obliga a reconocer que nuestras explicaciones ya no alcanzan del todo para comprender lo que ocurre.

En esos momentos la realidad adquiere espesor. Los detalles comienzan a llamar nuestra atención, las preguntas se multiplican, y aquello que parecía completamente conocido vuelve a presentarse como un misterio. La experiencia cotidiana deja de ser transparente y recupera una profundidad que la costumbre había vuelto invisible. Algo de eso parecía estar ocurriendo en Terranova. Las huellas, las estatuas, los libros encontrados en la Isla de la Fantasía y la desaparición de los personajes habían introducido una pequeña fisura en la trama de sentido que hasta entonces organizaba la experiencia de las exploradoras y los exploradores. El territorio seguía siendo el mismo, pero comenzaba a ser habitado de otra manera.

Antes de producir respuestas la experiencia de extrañamiento genera atención, despierta preguntas y convoca una forma particular de sensibilidad capaz de percibir que el mundo podría ser más amplio, más complejo y más misterioso de lo que imaginábamos. En Terranova lo extraño no provenía de haber ingresado a un territorio desconocido; las exploradoras y los exploradores conocían bien aquellos senderos, habían construido sus refugios, explorado los alrededores y tejido innumerables historias en ese

mismo lugar. Lo que comenzaba a resultar extraño era aquello que hasta entonces había parecido familiar y ahora se convertían en hechos sorprendentes. Si bien Terranova seguía siendo Terranova y los refugios continuaban en su lugar, algo había alterado las coordenadas desde las cuales la comunidad comprendía lo que estaba ocurriendo. Hasta entonces existía una cierta estabilidad narrativa que ofrecía verosimilitud a lo que vivíamos en Terranova; como ocurre en toda comunidad humana, las niñas y los niños habían construido una versión compartida del mundo que les permitía orientarse y anticipar lo que podía suceder. Sin embargo, la desaparición de los personajes interrumpió esa continuidad. De pronto las explicaciones disponibles dejaron de ser suficientes, provocando una extraordinaria actividad investigativa.

Las exploradoras y los exploradores observaban los rostros, las expresiones y los detalles de las estatuas que comenzaban a circular entre los refugios. Intentaban descubrir quiénes eran, de dónde provenían y qué relación podían guardar con los acontecimientos recientes. Algo semejante ocurrió con los libros: sus páginas comenzaron a ser recorridas con una atención distinta a la de una lectura habitual. Ese interés los llevó a querer conquistar con prontitud el dominio de esas letras, para ser ellas y ellos mismos quienes las leyeran. Buscaban pistas, personajes, acontecimientos o fragmentos que pudieran relacionarse con lo que estaba sucediendo en Terranova. Las historias dejaban de ser únicamente historias para convertirse en posibles mapas que les orientaran dentro de un territorio que se había vuelto incierto.

Las huellas grises también fueron observadas con insistencia. Las seguían con la mirada, las contaban, comparaban y medían, discutían su procedencia, trazaban recorridos e intentaban comprender qué o quién podía haberlas dejado allí. Los distintos acontecimientos empezaban a conectarse entre sí; lo que había ocurrido en la Isla de la Fantasía parecía guardar alguna relación con los libros, las estatuas y las marcas que ahora aparecían en los refugios, pero todavía nadie sabía cuál era esa relación y cada vez resultaba más difícil pensar que se trataba de hechos aislados.

HABITAR EL MISTERIO

Sin embargo, antes de convertirse en objetos de análisis aquellas huellas ya estaban produciendo algo importante en la experiencia de las exploradoras y los exploradores. Su presencia alteraba la atmósfera del territorio, las conversaciones regresaban sobre los mismos acontecimientos; la atención parecía reorganizarse alrededor de detalles que días atrás habrían pasado inadvertidos. Algo de lo que estaba ocurriendo reclamaba ser mirado con detenimiento y la comunidad comenzaba a responder a ese llamado.

Katya Mandoki (2006) propone que existe una dimensión estética de la experiencia, una apertura sensible mediante la cual somos afectados por aquello que acontece. Nuestra relación con el mundo no se construye únicamente a través de conceptos o interpretaciones; antes de comprender, sentimos. Algo nos inquieta, nos conmueve o despierta nuestra curiosidad. El cuerpo registra una intensidad y, sólo después, comenzamos a buscar palabras, explicaciones o hipótesis capaces de darle sentido.

Las exploradoras y los exploradores parecían habitar precisamente esa disposición dado que la desaparición de los personajes producía preocupación. Las huellas despertaban curiosidad y, en ocasiones, algo cercano al temor. El hallazgo de las estatuas generaba asombro, y de ese modo permitía que cada nueva pista alimentara la expectativa y elevara el deseo de comprender qué estaba ocurriendo en Terranova. Las emociones y las preguntas comenzaban a entrelazarse en un mismo movimiento. La inquietud llevaba a observar con mayor atención, el asombro impulsaba nuevas búsquedas, la curiosidad sostenía la investigación, y cada hallazgo producía a su vez nuevas emociones que reabrían el ciclo.

Considero que una parte fundamental del aprendizaje ocurre allí. Cuando el mundo deja de coincidir plenamente con nuestras explicaciones, recupera su capacidad de afectarnos. Aquello que la costumbre ha vuelto transparente vuelve a adquirir densidad. Los detalles llaman nuestra atención, las preguntas regresan y la realidad comienza a mostrarse nuevamente como un territorio por explorar, es como si aprendiéramos a mirar otra vez.

Las exploradoras y los exploradores todavía no sabían qué significaban las huellas ni qué había ocurrido con los habitantes de la Isla de la Fantasía. Sin embargo, algo ya se encontraba en movimiento. El misterio había transformado la manera de percibir el territorio y había despertado una necesidad genuina de comprender. Antes de que aparecieran las primeras grandes hipótesis, antes incluso de que los indicios comenzaran a organizarse en explicaciones más complejas, una forma particular de relación con el conocimiento ya estaba emergiendo: aquella en la que emoción y pensamiento se alimentan mutuamente y donde toda búsqueda comienza porque algo nos ha afectado lo suficiente como para sostener las preguntas.

Pensar con indicios

Cuando el mundo dejó de ser evidente, Terranova comenzó a pedir otra forma de atención. Lo que antes podía pasar inadvertido comenzó a sentirse importante. Una marca en un tronco, un objeto tirado en el camino, una huella cerca del lugar donde se resguardaba una estatua o una escena encontrada en un libro podían convertirse en señales de una historia mayor, ese fue el paso decisivo. La sorpresa había abierto la experiencia. La inquietud, la curiosidad y el temor habían sostenido la búsqueda. Ahora las exploradoras y los exploradores comenzaban a hacer algo más complejo: intentaban relacionar los indicios entre sí. Ya no se trataba sólo de preguntarse dónde estaban los personajes o quién había dejado las huellas: el desafío era comprender cómo cada acontecimiento podía estar vinculado con los demás.

Poco a poco comenzó a instalarse la sospecha de que todos aquellos acontecimientos formaban parte de un mismo misterio; nadie lograba explicarlo todavía, pero cada nueva pista parecía señalar en esa dirección. Esos acontecimientos no quedaron como datos aislados; se volvieron el punto de partida de una investigación. Uno de los exploradores lo nombraba con una claridad preciosa: "Están pasando cosas que nunca habían sucedido en la Isla de la Fantasía". Otra niña, por su parte, intentaba comprender si el tesoro había sido escondido por los mismos personajes. Allí comenzaba ya

una forma de pensamiento que no esperaba tener toda la información para ponerse en marcha; las exploradoras y los exploradores trabajaban con fragmentos.

Los espacios destruidos de la isla, los objetos de los personajes dispersos por el territorio y las huellas grises que comenzaron a aparecer cerca de los lugares donde se resguardaban los tesoros fueron reuniéndose poco a poco en una misma explicación. Las exploradoras y los exploradores empezaron a sospechar que alguien había atacado la Isla de la Fantasía y que ese alguien podía estar relacionado con los Hombres Grises, personajes que ya habían conocido en Momo y cuya historia comenzaron a leer con una especie de devoración. Cada capítulo parecía ofrecer nuevas claves para comprender lo que estaba ocurriendo en Terranova y, a medida que avanzaban en la lectura los acontecimientos del territorio empezaban a iluminarse mutuamente.

Las estatuas introdujeron nuevas preguntas, aunque ya las niñas y los niños reconocían que se trataba de figuras indígenas por las investigaciones que trajeron desde sus casas. Algunas exploradoras y exploradores imaginaban que podían pertenecer a cuentos que todavía no conocían, o a una historia más antigua que permanecía oculta. En lugar de apresurarse a resolver la contradicción incorporaron esa tensión a la investigación; las distintas posibilidades permanecieron abiertas, coexistiendo unas junto a otras mientras aparecían nuevos elementos para pensar.

Aquello resulta especialmente significativo porque muestra una característica fundamental de la lógica abductiva. Los indicios no hablan por sí mismos; una huella aislada, una estatua encontrada en un árbol o un objeto abandonado en la isla dicen muy poco cuando se observan de manera independiente. Su potencia emerge cuando comienzan a relacionarse entre sí y pasan a formar parte de una trama más amplia. Los exploradores y exploradoras parecían comprender esto de manera intuitiva, no buscaban el significado de cada pista por separado; intentaban descubrir la historia capaz de reunirlos; cada nuevo acontecimiento reorganizaba el sentido de los anteriores y cada nueva hipótesis permitía establecer conexiones que antes

permanecían invisibles. El pensamiento avanzaba entonces como una labor paciente de tejido, donde comprender significaba, ante todo, aprender a relacionar.

Cada elemento necesitaba ser leído, comparado, discutido, puesto en relación con otros acontecimientos, y esa lectura no era solitaria, ocurría en conversación, en asamblea, en los refugios, en el ir y venir de una hipótesis que pasaba de una voz a otra hasta transformarse. Umberto Eco (1983) señala que los indicios poseen la condición singular de que nunca entregan una historia completa, aparecen como fragmentos, rastros o señales cuya importancia sólo puede comprenderse cuando alguien logra relacionarlos dentro de una explicación posible. Interpretar un indicio implica imaginar una conexión entre acontecimientos que todavía no muestran con claridad su vínculo. En Terranova, las niñas y los niños hacían eso mismo; las huellas, los libros, las estatuas y la desaparición de los personajes dejaron de ser acontecimientos aislados para convertirse en piezas de una trama que intentaban reconstruir colectivamente.

Charles Sanders Peirce, filósofo y lógico norteamericano de finales del siglo XIX y comienzos del XX, llamó abducción a esta forma de pensamiento que surge cuando intentamos explicar un hecho inesperado a partir de los indicios disponibles (Peirce, 1903/2003). Ante algo que desconcierta, imaginamos una explicación capaz de volverlo comprensible; esa explicación todavía no es una certeza, es una conjetura razonable que permite seguir buscando. La lógica abductiva aparece precisamente cuando los niños y las niñas empiezan a resolver los misterios relacionando huellas, libros, estatuas, personajes y Hombres Grises en una red cada vez más compleja. Lo más bello es que aquellas conjeturas no eran simples ocurrencias sino construcciones simbólicas.

Las conjeturas crecían, se transformaban y encontraban nuevos apoyos a medida que aparecían más señales. Lo importante no consistía en alcanzar rápidamente una respuesta correcta, sino en sostener una relación activa con aquello que todavía permanecía oculto. Pensar significaba seguir las huellas

de una pregunta y permitir que cada nuevo hallazgo reorganizara el sentido de la historia que estaban intentando comprender. Así, pensar con indicios no consistía únicamente en adivinar qué había pasado, era aprender a habitar una realidad incompleta sin clausurarla demasiado rápido, reconocer que los fragmentos podían guardar una relación secreta, atreverse a imaginar una explicación, revisarla, ampliarla o abandonarla cuando nuevos acontecimientos lo exigían; en ese movimiento, la imaginación hacía posible el conocimiento; las exploradoras y los exploradores pensaban creando y creaban pensando. La sorpresa inicial había abierto una grieta en el mundo conocido, pero la lógica abductiva permitió comenzar a tender puentes sobre esa grieta. Cada conjetura era una forma de atravesar lo desconocido sin destruir su misterio, cada indicio leído colectivamente convertía la incertidumbre en búsqueda.

Umberto Eco (1983) encuentra en Sherlock Holmes una de las imágenes más potentes para comprender este tipo de razonamiento. El detective no accede directamente a la verdad de los acontecimientos; trabaja con rastros, detalles aparentemente insignificantes, huellas, objetos fuera de lugar y pequeñas anomalías que otras personas suelen pasar por alto. Su capacidad no reside en poseer información privilegiada, sino en establecer relaciones entre signos dispersos hasta construir una explicación capaz de volver inteligible aquello que parecía misterioso.

Lo mismo puede decirse de Terranova: las exploradoras y los exploradores no contaban con una visión completa de lo que estaba sucediendo. Disponían de fragmentos y a partir de esos rastros comenzaron a construir conjeturas, revisarlas, transformarlas y complejizarlas. Como los detectives de las historias que tanto fascinan a niñas y niños, aprendían que comprender no consiste en encontrar respuestas ya dadas, sino en desarrollar la sensibilidad necesaria para leer los signos que el mundo deja a nuestro paso. Mientras intentaban resolver el misterio de Terranova aprendían que el conocimiento no siempre nace de las certezas, sino de la capacidad de permanecer junto a una pregunta el tiempo suficiente para que los indicios comiencen

lentamente a revelar una historia posible. Donde otros veían únicamente huellas, libros o estatuas, ellas y ellos comenzaban a percibir relaciones; y en esos modos —tan cercanos al detective, al científico y al narrador— el pensamiento se convertía en una forma de exploración del mundo.

El conocimiento como aventura

Las exploradoras y los exploradores aprendieron muchas cosas durante el recorrido: investigaron sobre las estatuas, se aproximaron a relatos literarios que antes desconocían y bajo este pretexto empezaron a dominar el código convencional de la escritura, formularon hipótesis, observaron con atención, construyeron explicaciones colectivas y desarrollaron formas cada vez más complejas de argumentar sus ideas. Sin embargo, ninguna de estas adquisiciones logra capturar por completo lo que considero el aprendizaje más profundo de la experiencia: lo que estaba en juego era una determinada relación con el conocimiento.

Durante buena parte de la escolaridad el conocimiento suele presentarse como un territorio previamente cartografiado; las respuestas parecen existir antes que las preguntas, los caminos ya han sido trazados y la tarea consiste en recorrerlos correctamente. En ese escenario, aprender puede llegar a confundirse con encontrar aquello que otras personas ya saben, pero Terranova proponía una experiencia diferente. Las exploradoras y los exploradores no sabían qué estaba ocurriendo, nadie podía ofrecerles una explicación acabada sobre las huellas, la desaparición de los personajes o el origen de las estatuas. Lo que existía era un conjunto de indicios dispersos, una serie de acontecimientos sorprendentes y una pregunta que permanecía abierta. La experiencia no invitaba a repetir una respuesta conocida, sino a participar activamente en la construcción de sentido.

Sin embargo, la incertidumbre no pertenecía únicamente a las niñas y los niños. El equipo de profesionales que acompañaba la travesía también habitaba una zona de búsqueda. Habíamos construido un marco narrativo, diseñado algunas provocaciones iniciales y creado ciertas condiciones para

que la historia pudiera desplegarse, pero desconocíamos muchas de las formas concretas que asumiría el recorrido. Cada nueva conjetura formulada por las exploradoras y los exploradores nos obligaba a pensar; cada interpretación abría posibilidades que no habíamos previsto; cada indicio reorganizaba, en alguna medida, las rutas posibles de la experiencia.

Con frecuencia nos encontrábamos analizando conversaciones, observaciones y producciones de las niñas y los niños para intentar comprender hacia dónde se estaba desplazando el misterio y qué nuevas provocaciones podían sostener la búsqueda. No se trataba de improvisar, pero tampoco de ejecutar un plan cerrado. Existía una pregunta inicial - ¿qué pasó en la Isla de la Fantasía?-, algunos gestos inaugurales y una disposición permanente a escuchar aquello que la propia experiencia iba produciendo. La historia crecía en ese intercambio continuo entre las hipótesis de las exploradoras y los exploradores y las nuevas situaciones que intentábamos ofrecer para alimentar la investigación. Las preguntas infantiles se convertían en parte de la fuerza creadora que la transformaba. Por eso Terranova se parecía mucho más a una expedición que a una lección, nadie disponía de un mapa completo. Todas y todos avanzábamos leyendo señales, interpretando rastros y tratando de descubrir qué historia comenzaba a revelarse a través de las huellas que iban apareciendo en el camino.

Quien emprende una expedición sabe que existe algo por descubrir, pero desconoce la forma exacta que tendrá aquello que encontrará. Avanza leyendo señales, observando el entorno, interpretando rastros y modificando el rumbo cuando aparecen nuevos elementos; ninguna exploración auténtica transcurre siguiendo un mapa completo, por lo general se construye mientras se camina.

Las exploradoras y los exploradores aprendieron precisamente que el mundo puede ser leído, que los acontecimientos guardan relaciones que no siempre resultan visibles a primera vista, que las preguntas poseen una extraordinaria capacidad para organizar la atención y sostener la búsqueda. Además,

aprendieron que las hipótesis no son errores a corregir sino herramientas para pensar, que las explicaciones se transforman cuando aparecen nuevos indicios y lo que más nos interesaba como equipo propiciar: que aprendieran que el conocimiento es una construcción colectiva.

Ninguna de las grandes hipótesis que circularon en Terranova nació de una única persona; las explicaciones se tejían en conversación. Una observación realizada durante una expedición encontraba continuidad en una idea propuesta por otra exploradora días después. Una pregunta formulada en un refugio regresaba transformada tras pasar por múltiples voces. Los indicios circulaban, las hipótesis se modificaban y las comprensiones se ampliaban a través del encuentro. Pensar se parecía menos a una actividad individual que a una obra colectiva de creación.

Mientras escribo estas páginas me acompaña una autora a quien conocí recientemente, pero cuyas reflexiones parecen dialogar profundamente con lo que ocurrió en Terranova. Ella es bell hooks (2021), quien sostiene que la educación cobra profundidad cuando las personas pueden implicarse plenamente en aquello que estudian. Aprender supone participar, arriesgar preguntas, construir relaciones y dejarse transformar por el encuentro con algo que todavía no comprendemos del todo. Al leerla, no puedo evitar regresar a las exploradoras y los exploradores siguiendo las huellas del misterio. Vuelvo a verlos observando atentamente una marca en el suelo, discutiendo durante días una misma hipótesis, regresando a los libros para buscar nuevas pistas o intentando comprender qué había sucedido con los habitantes de la Isla de la Fantasía. Nadie investigaba porque debía hacerlo, nadie formulaba hipótesis para responder una evaluación o para satisfacer una expectativa adulta. Las exploradoras y los exploradores investigaban porque el misterio se había vuelto significativo para sus vidas; las preguntas les importaban, los acontecimientos los afectaban. Las respuestas que buscaban no eran exteriores a su experiencia, sino parte de una historia que sentían propia, las conversaciones continuaban mucho después de terminadas las actividades y las hipótesis reaparecían en los lugares más

HABITAR EL MISTERIO

inesperados. El conocimiento había dejado de ser algo que se recibe para convertirse en algo que se busca, se comparte y se construye en común.

Aprendemos con mayor profundidad aquello que logra convocarnos y que despierta nuestra curiosidad, nuestra inquietud o nuestro deseo de comprender, porque toda comprensión significativa requiere una forma de encuentro. Conocer supone dejarse afectar por una pregunta y permanecer junto a ella el tiempo suficiente para que algo nuevo pueda revelarse, lo cual es propio de una actitud simbólica. El conocimiento con frecuencia aparece como una invitación a recorrer senderos inciertos, a sostener preguntas abiertas y a confiar en que los indicios irán revelando poco a poco algo de la historia que todavía permanece oculta; así el conocimiento se constituye también en una forma de viajar.



Capítulo IV

EL SECRETO DE LAS ESTATUAS

“No escogimos el momento para venir al mundo:
Ahora podemos hacer el mundo
en que nacerá y crecerá
la semilla que trajimos con nosotros”

—Gioconda Belli, «Uno no escoge», en Sobre la grama

Las estatuas como tesoro

Las estatuas permanecieron durante varios días en los refugios; habían llegado a Terranova envueltas en misterio, escondidas en la copa de un árbol de la Isla de la Fantasía junto a los libros que las exploradoras y los exploradores encontraron durante aquella expedición. Desde entonces comenzaron a circular de mano en mano, pasando de un refugio a otro mientras la comunidad intentaba comprender quiénes eran, de dónde provenían y por qué habían aparecido precisamente en aquel momento de la historia. Al principio las observaban con la misma fascinación con la que se contempla un objeto antiguo encontrado en un lugar inesperado. Las recorrían con los dedos, examinaban sus rostros, describían sus expresiones y se detenían en detalles que parecían contener alguna clase de mensaje. Cada estatua poseía una presencia singular: parecían guardianas, evocaban personajes desconocidos, transmitían una serenidad difícil de nombrar; poco a poco dejaron de ser simplemente objetos encontrados durante una expedición y se transformaron en tesoros.

HABITAR EL MISTERIO

El valor de estos tesoros provenía de aquello que todavía no se sabía sobre ellos; parecían guardar un secreto. Su presencia reunía preguntas, despertaba conversaciones y alimentaba hipótesis que circulaban por todo el territorio; cada nueva observación abría posibilidades distintas para comprenderlas. Las investigaciones comenzaron a multiplicarse, pero como las estatuas debían permanecer resguardadas en Terranova, las exploradoras y los exploradores encontraron otra manera de llevarlas consigo. Las observaron con paciencia y dibujaron cada una de ellas, intentando registrar sus rasgos, expresiones y particularidades. Aquellos dibujos viajaron después a sus casas convertidos en una especie de cuaderno de campo; gracias a ellos pudieron conversar con sus familias, compartir las preguntas que habían surgido en la expedición y ampliar la investigación más allá de los límites del territorio.

Las preguntas nacidas en Terranova comenzaron entonces a viajar hacia otros lugares. Madres, padres, abuelas, abuelos, hermanos y hermanas se sumaron a la búsqueda. Poco a poco regresaron al territorio con relatos, imágenes, datos y nuevos interrogantes contruidos colectivamente; así el misterio de las estatuas había logrado transformar una investigación escolar en una búsqueda compartida por una comunidad extensa.

Fue así como las exploradoras y los exploradores comenzaron a descubrir que aquellas figuras guardaban relación con las esculturas monumentales de San Agustín, uno de los conjuntos arqueológicos más importantes del país. Aprendieron que habían sido elaboradas por pueblos indígenas muchos siglos atrás y que aún hoy continúan rodeadas de interrogantes. Descubrieron que existen estatuas asociadas a guardianes, seres híbridos, animales y figuras humanas cuya interpretación sigue siendo objeto de estudio. Lejos de aparecer como piezas completamente explicadas por la historia, se presentaban como vestigios de un mundo antiguo que todavía conservaba zonas de misterio.

Estas investigaciones parecían ampliar las preguntas, las niñas y los niños incorporaban los nuevos conocimientos a las hipótesis que ya venían construyendo; las estatuas podían pertenecer a culturas indígenas

ancestrales y, al mismo tiempo, formar parte de una historia que todavía no había sido contada en Terranova. Algunas exploradoras imaginaban que procedían de cuentos desconocidos, otras pensaban que podían ser guardianas de algún secreto importante. Algunas voces sugerían que habían sido escondidas para protegerlas de quienes habían hecho desaparecer a los personajes de la Isla de la Fantasía. El gran misterio continuaba expandiéndose y así las historias de los antiguos habitantes de San Agustín comenzaron a entrelazarse con las historias de los personajes de los cuentos, y aunque nadie lograba explicar de qué manera podían estar relacionadas las preguntas permanecían vivas: ¿Era posible que aquellas estatuas custodiaran una historia mucho más antigua que la de la propia Isla de la Fantasía? ¿Existía algún vínculo secreto entre esos pueblos ancestrales y los acontecimientos que estaban ocurriendo en Terranova? Las respuestas subsistían ocultas, pero las preguntas seguían creciendo; lo que más me interesaba de aquellas interpretaciones era que no parecían experimentar contradicción alguna entre el conocimiento arqueológico y la imaginación; las niñas y los niños no utilizaban la información para cerrar la pregunta, sino para enriquecerla. Cada nuevo dato se convertía en material para seguir pensando; las estatuas eran indígenas, sí, pero también podían ser guardianas, mensajeras o personajes de una historia todavía en desarrollo. El conocimiento y la imaginación trabajaban juntos en la construcción de sentido sin aparecer como fuerzas opuestas.

Pensando en lo anterior, las estatuas eran, en cierto sentido, otra forma de huella. Los restos arqueológicos rara vez nos ofrecen una historia completa: llegan hasta nosotros fragmentados, atravesados por silencios, ausencias y zonas desconocidas. Una estatua, una cerámica, una inscripción o una herramienta conservan algo de quienes las crearon, pero también guardan aquello que el tiempo no logró preservar. Entre lo que permanece y lo que se ha perdido se abre un espacio de incertidumbre, de misterio, que exige ser habitado por la imaginación, precisamente por eso los vestigios del pasado continúan fascinándonos. No sólo porque nos hablan de otros tiempos, sino porque lo hacen de manera incompleta, obligándonos a formular preguntas,

a construir hipótesis e intentar reconstruir historias que nunca podremos observar en su totalidad, es decir, nos invitan a participar activamente en la construcción de sentido.

De cierta manera, las exploradoras y los exploradores estaban realizando un gesto semejante al de las arqueólogas y los arqueólogos; observaban cuidadosamente aquellos objetos, registraban detalles, comparaban hallazgos, reunían información y trataban de comprender qué historia podía explicar su presencia en la Isla de la Fantasía. En esta aventura, sosteníamos la convicción de aprender a permanecer junto a aquello que todavía no entendemos del todo sin tener que apresurar una respuesta correcta.

Vivimos en una época que suele premiar la rapidez de las respuestas, pues con sólo un clic podemos acceder a enormes bases de datos que nos arrojan información sin cansancio. Las exploradoras y los exploradores, en cambio, estaban aprendiendo a demorarse en las preguntas. Las estatuas eran un misterio que merecía ser contemplado, investigado y compartido; no eran un problema que debía resolverse cuanto antes, su valor ya residía en la capacidad de reunir a una comunidad alrededor de una búsqueda común, no expresamente en lo que podían revelar.

Así, las estatuas terminaron convirtiéndose en tesoros mucho antes de que alguien conociera el secreto que guardaban: eran tesoros porque convocaban la imaginación, porque abrían conversaciones entre generaciones, porque conectaban la historia de pueblos antiguos con las preguntas de niñas y niños contemporáneos, y porque recordaban a toda la comunidad que existen conocimientos que sólo pueden construirse cuando aceptamos caminar durante un tiempo junto al misterio. Mientras las huellas seguían apareciendo en Terranova y la desaparición de los personajes permanecía sin explicación, las estatuas custodiaban silenciosamente una enseñanza que veníamos empezando a vislumbrar: que algunas preguntas necesitan ser habitadas antes de poder responderse. Nadie sospechaba todavía que, en su interior, aquellas figuras guardaban algo más que una historia: una invitación, y muy pronto la comunidad tendría que decidir si estaba dispuesta a aceptarla.

Custodiar lo cerrado

A medida que las investigaciones avanzaban, las estatuas adquirían un valor cada vez mayor para la comunidad, las hipótesis construidas por las exploradoras y los exploradores comenzaban a señalar que los Hombres Grises podían estar relacionados con la desaparición de los personajes de la Isla de la Fantasía, y poco a poco también surgió la sospecha de que las estatuas formaban parte de aquello que estaban buscando. Nadie sabía exactamente por qué eran importantes ni qué secreto guardaban, pero precisamente por eso se volvieron valiosas.

Las estatuas comenzaron entonces a ser protegidas con una dedicación extraordinaria. Cada día aparecían en un lugar diferente; las exploradoras y los exploradores construían escondites, levantaban pequeños refugios para ocultarlas y compartían estrategias para evitar que fueran encontradas. Algunas permanecían resguardadas bajo hojas y ramas, otras eran trasladadas discretamente de un refugio a otro. Cada nueva aparición de las huellas grises reforzaba la sensación de que aquello que custodiaban debía permanecer a salvo.

Lo que más me conmovía era que las niñas y los niños cuidaban algo cuyo valor todavía desconocían. No protegían las estatuas porque supieran exactamente qué contenían o cuál era su función dentro de la historia: las protegían porque intuían que eran importantes. Una forma de confianza difícil de explicar y, al mismo tiempo, profundamente humana. Muchas veces cuidamos aquello que todavía no comprendemos del todo; lo hacemos con ciertas preguntas, con algunos sueños, con los vínculos que empiezan a construirse, o con las intuiciones que todavía no encuentran palabras para nombrarse.

Donald Winnicott, en *Realidad y juego* (1971) plantea que ciertas experiencias humanas necesitan encontrar un espacio protegido para poder desplegarse. Antes de ser interpretado, el juego necesita ser jugado; antes de convertirse en conocimiento, algo necesita ser vivido. Las estatuas parecían

HABITAR EL MISTERIO

haber creado precisamente ese espacio dado que alrededor de ellas se organizaban conversaciones, acuerdos, investigaciones y formas de cuidado que permitían que el misterio continuara desplegándose sin ser clausurado demasiado pronto. Con el paso de los días también comencé a sentipensar que las exploradoras y los exploradores estaban aprendiendo algo que rara vez encuentra lugar en los tiempos acelerados de nuestra cultura: aprendían a esperar. Las estatuas permanecían cerradas y las respuestas no llegaban inmediatamente. Sin embargo, la búsqueda continuaba, había una disposición a convivir con aquello que todavía no podía explicarse.

Tiempo después, al haber habitado esta experiencia tanto afuera como muy adentro de mí, encontré una resonancia de esta experiencia en las reflexiones de Suely Rolnik (2019), cuando describe la importante necesidad de acompañar los procesos que están emergiendo sin forzarlos prematuramente a adquirir una forma definitiva. Algunas comprensiones requieren tiempo, algunas preguntas necesitan madurar antes de revelar aquello que contienen.

Buena parte de la potencia pedagógica de Terranova habitaba allí porque las exploradoras y los exploradores estaban aprendiendo a sostener una relación con lo desconocido. Aprendían que no toda pregunta exige una respuesta inmediata y que existen momentos en los que comprender implica permanecer junto al misterio en lugar de apresurarse a resolverlo.

Carl Gustav Jung, en *El hombre y sus símbolos* (1964), señala que un símbolo permanece vivo mientras contiene más significado del que somos capaces de comprender plenamente. Cuando una imagen puede agotarse en una única explicación deja de ser símbolo y se convierte en signo. Las estatuas parecían conservar esa vitalidad, eran vestigios arqueológicos y tesoros, figuras indígenas y posibles guardianas, objetos encontrados en una expedición y personajes de una historia que todavía se estaba escribiendo. Ninguna de estas interpretaciones anulaba a las demás, todas convivían alrededor de un núcleo de misterio que permanecía abierto.

HABITAR EL MISTERIO

Ante la pregunta que nos hicimos en el equipo —¿qué convierte algo en un tesoro?—, fuimos caminando de la mano de las niñas y los niños sentipensando que, así como estaba pasando con las estatuas, los tesoros despiertan una forma particular de cuidado y custodia. Mientras observábamos a las niñas y los niños construir escondites, trasladar las estatuas y discutir nuevas estrategias para protegerlas, recordábamos que Winnicott (1971) situaba el origen de la experiencia cultural en una zona intermedia donde imaginación y realidad participan de un mismo movimiento creador. Los tesoros parecían habitar un territorio semejante, eran objetos concretos que podían tocarse y observarse, pero también actuaban como recipientes de significados que todavía estaban naciendo. Algo importante crecía alrededor de ellos y encontraba en la comunidad las condiciones necesarias para desplegarse.

Las estatuas de Terranova reunían esa condición simbólica que Jung (1964) describe como una realidad viva, siempre en exceso de significado. Su valor excedía cualquier explicación disponible porque aquello que las volvía preciosas permanecía en proceso de revelación, así como cuando las semillas permanecen bajo la tierra. Su presencia modifica silenciosamente el paisaje mucho antes de que aparezcan los primeros brotes; la vida ya está allí, trabajando en profundidad, reuniendo la fuerza necesaria para manifestarse. Durante aquellos días las estatuas permanecían cerradas y el secreto continuaba protegido en su interior, mientras la comunidad seguía reorganizando movimientos intersubjetivos que se entretrejían con la sensación de que la vida suele anunciarse mucho antes de revelar su forma definitiva y el cuidado consiste, muchas veces, en ofrecer el tiempo, la atención y la confianza que necesita para llegar a mostrarse.

La espera también hizo que comenzara a desplegarse una intensa tensión. Hasta entonces, cuidar las estatuas había significado esconderlas, protegerlas y conservarlas, las exploradoras y los exploradores dedicaban buena parte de sus esfuerzos a mantenerlas a salvo porque intuían que resguardaban algo valioso. Cada nuevo escondite, cada refugio construido

para ocultarlas y cada estrategia diseñada para despistar a los Hombres Grises expresaban el compromiso que la comunidad había asumido con aquellos tesoros. Al mismo tiempo, la propia historia parecía orientarse hacia otro horizonte porque las preguntas crecían alrededor de las estatuas con una fuerza cada vez mayor y el misterio adquiría una densidad que convocaba nuevas búsquedas. Algo importante habitaba en su interior y su presencia silenciosa irradiaba una promesa de sentido que todavía permanecía envuelta en sombras.

Terranova se acercaba poco a poco a una enseñanza presente en muchos procesos de creación y transformación. Las formas resguardan aquello que contienen y lo mantienen a salvo durante el tiempo necesario para su gestación; gracias a ellas algo puede crecer, consolidarse y encontrar protección. Sin embargo, llega un momento en que la vida contenida busca expandirse más allá de los límites que la albergaron, entonces la transformación se convierte en una expresión del cuidado y la forma participa de un nuevo movimiento al permitir que aquello que resguarda encuentre caminos para manifestarse.

Las exploradoras y los exploradores caminaban junto a esa pregunta mientras las estatuas continuaban ocupando un lugar central en la historia. Cada conversación, cada conjetura y cada nueva aparición de las huellas parecía acercar a la comunidad a un umbral que todavía no alcanzábamos a distinguir con claridad. Las estatuas permanecían cerradas, las preguntas seguían multiplicándose y Terranova comenzaba a prepararse para descubrir que algunos tesoros entregan su secreto cuando la vida que custodian encuentra la fuerza suficiente para atravesar la forma que la contiene.

El coraje de fracturar la forma

Otra carta llegó a través del Árbol de la Sabiduría cuando las estatuas ya ocupaban un lugar central en la vida de Terranova. Durante semanas las exploradoras y los exploradores las habían protegido de los Hombres Grises,

HABITAR EL MISTERIO

habían investigado su origen, dibujado sus rostros, conversado sobre ellas con sus familias y tejido innumerables hipótesis alrededor del secreto que parecían custodiar; por este motivo el nuevo mensaje produjo una profunda conmoción: el Ser Misterioso afirmaba que había llegado el momento de abrirlas.

Aquella indicación introducía una tensión inesperada en la historia. Las mismas estatuas que habían sido cuidadas con tanta dedicación aparecían ahora asociadas a una tarea completamente diferente, algo importante habitaba en su interior y la comunidad debía encontrar la manera de revelarlo. Las conversaciones de nuevo comenzaron a multiplicarse; algunas exploradoras querían descubrir inmediatamente aquello que guardaban, otros observaban las figuras con cautela, como si intentaran comprender qué significaba realmente aquel pedido. Durante varios días la pregunta circuló por los refugios, las asambleas y los senderos de Terranova.

Durante semanas las niñas y los niños habían aprendido que cuidar significaba proteger, esconder y conservar. Ahora la historia los invitaba a ampliar esa comprensión y el cuidado comenzaba a adquirir un significado más complejo. La travesía les enseñaba que existen momentos en los que preservar una forma constituye el mejor modo de proteger la vida y momentos en los que esa misma vida necesita atravesar la forma que la contiene para continuar desplegándose.

Winnicott (1971) observó que el desarrollo humano requiere una delicada articulación entre seguridad y exploración. El crecimiento necesita formas que ofrezcan sostén, pero también experiencias que permitan aventurarse más allá de lo conocido. Cuando una figura confiable autoriza un movimiento de transformación, el mundo puede ampliarse sin perder su carácter habitable. Pienso que el Árbol de la Sabiduría y el Ser Misterioso cumplían una función semejante dentro de Terranova. La carta creaba las condiciones simbólicas para que la comunidad pudiera realizar un gesto que hasta entonces permanecía fuera de su horizonte de posibilidades sin entregarnos una respuesta acabada sobre el misterio.

Jerome Bruner (1997) señala que las culturas proporcionan relatos que permiten a las personas imaginar acciones que antes parecían imposibles. Las historias amplían los márgenes de lo pensable y eso estaba ocurriendo allí; hasta ese momento la trama había enseñado que las estatuas debían ser protegidas de quienes buscaban apropiarse de ellas, pero la carta introducía una nueva posibilidad narrativa. Las estatuas podían seguir siendo cuidadas y, al mismo tiempo, transformarse; el cuidado dejaba de estar asociado únicamente a la conservación y comenzaba a vincularse con la capacidad de acompañar aquello que buscaba revelarse.

Muchas experiencias fundamentales de la vida comparten esta estructura. Una semilla permanece protegida por una envoltura que resguarda su crecimiento, un capullo acompaña el desarrollo de aquello que más tarde desplegará sus alas. Una pregunta necesita tiempo para madurar antes de ofrecer nuevas comprensiones. La forma protege la vida que contiene y participa de su proceso de gestación; sin embargo, llega un momento en que el propio movimiento de la vida reclama otra cosa, entonces la transformación se convierte en una expresión del cuidado.

Las exploradoras y los exploradores se acercaron a las estatuas desde un lugar distinto al que habían habitado durante semanas. Sus manos ya no buscaban únicamente preservar aquellos objetos; intentaban aproximarse a aquello que permanecía resguardado en su interior. La curiosidad convivía con la cautela. Examinaban cada figura, buscaron botones ocultos, ranuras que indicaran algún mecanismo secreto, pequeñas aberturas por donde introducir sus uñas como diminutos fórceps capaces de ayudar al nacimiento de aquello que aguardaba dentro. Recorrieron una y otra vez las superficies con paciencia, giraron las figuras, observaron cada detalle. Las estatuas, sin embargo, permanecían cerradas.

Fue entonces cuando comenzaron a comprender que el gesto solicitado por el Ser Misterioso exigía algo diferente. Ninguna puerta esperaba ser encontrada, ni una cerradura guardaba la entrada al secreto: el acceso

requería atravesar la propia forma que lo protegía. Aquello que durante semanas había sido cuidado como un tesoro reclamaba ahora una transformación y para esto la comunidad se encontraba frente a una experiencia tan antigua como la vida misma.

Terranova se acercaba a uno de esos momentos. Reunidas alrededor de las estatuas las exploradoras y los exploradores comenzaban a descubrir que el cuidado también puede adoptar la forma del coraje. Algo importante aguardaba al otro lado de la piedra y la comunidad se preparaba para acompañar su llegada; lo que estaba a punto de ocurrir transformaría para siempre el sentido de las estatuas, de las huellas, de los Hombres Grises y de la propia travesía. Durante semanas habían custodiado un tesoro, pero muy pronto descubrirían que aquello que protegían era una promesa de vida que esperaba el instante preciso para revelarse.

Lo que las estatuas guardaban

La decisión de abrir las estatuas se convirtió en un acontecimiento para toda la comunidad. Las exploradoras y los exploradores se reunieron en la gran plazoleta de Terranova, el mismo lugar donde tantas veces habían compartido hallazgos, formulado hipótesis y tomado decisiones colectivas. Las figuras permanecían en el centro de la asamblea rodeadas por quienes durante semanas las habían protegido, investigado y trasladado de un escondite a otro. Aquellas estatuas habían atravesado la vida cotidiana del territorio hasta convertirse en parte de una historia común. Por esta razón la apertura no podía pertenecer a una sola persona: requería una decisión construida entre todas y todos.

Cada refugio eligió a quienes asumirían aquella tarea. La elección resultó tan significativa como el acontecimiento mismo; el grupo escogió dos niñas y un niño, quienes según sus compañeras y compañeros, siempre estaban atentos a las necesidades de los demás. Sus nombres aparecieron acompañados de palabras que hablaban de generosidad, disposición para ayudar, capacidad

para escuchar y sensibilidad frente al bienestar colectivo. La comunidad reconocía en ellas y en él una manera particular de habitar Terranova, y por ello delegarles la apertura de las estatuas se transformó en un gesto de confianza y agradecimiento. Quienes habían cuidado de otras personas durante la travesía recibían ahora la responsabilidad de acompañar una transformación decisiva para la historia compartida. Les pedíamos una acción que no era habitual. Que ejercieran la fuerza y habitaran algo de su agresividad evitada.

Con frecuencia la agresividad aparece asociada a imágenes de confrontación, dominio o ruptura. Winnicott dedicó buena parte de su obra a mostrar algo con muchas más capas: en textos como *Realidad y juego* (1971) y en sus trabajos sobre el desarrollo emocional temprano, describe la agresividad como una expresión de la vitalidad misma, una fuerza vinculada al impulso de explorar, transformar y entrar en relación con el mundo. El bebé toca, aprieta, muerde, arroja objetos y altera aquello que encuentra a su alrededor porque la vida se expande activamente hacia lo que la rodea. La agresividad forma parte de la creatividad originaria mediante la cual el sujeto descubre que puede actuar sobre la realidad y participar en su transformación.

Observada desde esta perspectiva, la escena de la plazoleta adquiriría una mayor densidad: las niñas y el niño elegidos no eran quienes acostumbraban ocupar lugares de liderazgo o fuerza dentro del grupo. Precisamente por eso su elección resultaba tan significativa; la comunidad parecía reconocer intuitivamente que la transformación de las estatuas debía permanecer ligada al cuidado. Las mismas manos que habían protegido podían acompañar la apertura; la energía necesaria para fracturar una forma no surgía de la hostilidad sino de la responsabilidad, encontrando en la agresividad una dirección simbólica y creadora.

Como expuse en páginas anteriores, Jerome Bruner (1997) plantea que las culturas ofrecen relatos capaces de ampliar el horizonte de las acciones imaginables permitiéndonos a partir de las narraciones ensayar posibilidades

de existencia que todavía no forman parte de nuestra experiencia directa. Algo semejante estaba ocurriendo en Terranova. Durante semanas la historia había enseñado que las estatuas debían permanecer a salvo de los Hombres Grises, pero la carta enviada a través del Árbol de la Sabiduría introducía una nueva comprensión; el cuidado podía expresarse también como ruptura; la comunidad comenzaba a descubrir que preservar y transformar pertenecen a un mismo movimiento cuando aquello que se protege busca desplegar una vida nueva.

Las exploradoras y los exploradores rodearon las estatuas mientras quienes habían sido elegidos se acercaban a ellas. El ambiente estaba cargado de expectativa. Durante varios días habían buscado mecanismos ocultos, pequeñas aberturas, fisuras o señales que permitieran acceder al contenido sin alterar la forma. Habían recorrido cada superficie con paciencia, escuchado los sonidos que provenían del interior y formulado nuevas hipótesis sobre aquello que podría encontrarse allí. Las estatuas parecían responder con el mismo silencio que habían guardado desde el comienzo de la travesía. Pero poco a poco comenzó a hacerse evidente que el camino señalado por el Ser Misterioso exigía atravesar la forma misma que protegía el secreto; ya la piedra había cumplido su tarea durante todo ese tiempo: había resguardado algo valioso, convocado investigaciones, reunido a una comunidad alrededor de una búsqueda compartida y había permitido que las preguntas maduraran lo suficiente para conducir las hasta ese umbral.

Después de conversar durante largo tiempo, las exploradoras y los exploradores decidieron traer algunas piedras del altar del Jardín de los Seres Alados. La elección tampoco era casual; otras piedras venían ahora al encuentro de aquellas figuras antiguas. Las niñas y el niño elegidos las sostuvieron entre sus manos mientras la asamblea guardaba silencio; cada golpe reunía semanas enteras de preguntas. La piedra comenzaba a ceder lentamente y con cada fragmento que se desprendía crecía la sensación de estar asistiendo a un acontecimiento irrepetible. La asamblea acompañaba cada gesto con una atención difícil de describir, en aquel momento

convergían semanas de preguntas, hipótesis, lecturas, expediciones y conversaciones. Las estatuas comenzaban a fracturarse y, junto con ellas, se transformaba la manera de comprender todo lo que había ocurrido hasta entonces. Entre temor y osadía, entre cuidado y transformación, la piedra comenzó a abrirse, y entonces se asomaron apenas, tímidas, unas pequeñas semillas.

Entre ellas, una semilla dorada, a diferencia de las demás que eran color café, produjo un silencio inmediato en la comunidad. Durante algunos instantes pareció que el tiempo se detenía, y las estatuas encontradas en la Isla de la Fantasía revelaban finalmente aquello que habían custodiado durante toda la travesía.

En ese instante las exploradoras y los exploradores, junto con todo el equipo que acompañaba la travesía, asistimos a una escena que condensaba buena parte de lo que habíamos venido aprendiendo durante aquellos meses: atestiguamos cómo algunas estructuras cumplen su tarea resguardando la vida que contienen, y otras veces permitiendo su emergencia; así como en una gestación la piedra había protegido las semillas y la comunidad había protegido las estatuas, pero ya era el tiempo de una nueva manifestación.

Las semillas y el misterio de lo que todavía no existe

Las semillas aparecieron en medio de la plazoleta, como suelen aparecer algunas imágenes importantes, pequeñas, silenciosas y aparentemente sencillas. Después de semanas de investigaciones, expediciones, huellas, hipótesis y tesoros escondidos, el gran secreto de las estatuas parecía reducirse a unos cuantos granos oscuros y una única semilla dorada. Sin embargo, la intensidad con la que las exploradoras y los exploradores las observaban sugería otra cosa: algo en ellas excedía ampliamente su tamaño.

Pocas imágenes como la semilla han acompañado con tanta persistencia la historia de la humanidad. Distintas culturas la han utilizado para pensar el origen de la vida, los ciclos de transformación, la muerte, el renacimiento y la

posibilidad de futuro. Allí donde una semilla aparece, suele anunciarse la presencia de algo que todavía no existe plenamente pero que ya habita el mundo bajo la forma de una promesa. Mircea Eliade (1963), uno de los principales estudiosos del simbolismo religioso y los relatos míticos del siglo XX, observó que las imágenes vinculadas a la germinación ocupan un lugar central en numerosas narraciones míticas de creación; en este sentido las semillas participan de un misterio particular: permiten contemplar cómo una forma aparentemente pequeña y frágil contiene una realidad mucho mayor que todavía permanece invisible. En su interior habita una posibilidad de vida que requiere tiempo, cuidado y ciertas condiciones para desplegarse, y finalmente lo que vemos nunca coincide completamente con lo que la semilla es capaz de llegar a ser.

Jung (1964) encontró en este tipo de imágenes una expresión privilegiada de los procesos de transformación psíquica. Para la psicología analítica, el símbolo posee precisamente esa capacidad de contener más realidad de la que puede ser comprendida en un primer momento. Una semilla resulta profundamente simbólica porque reúne simultáneamente lo visible y lo invisible, lo presente y lo futuro, aquello que ya existe y aquello que busca nacer; en este sentido, su potencia no reside únicamente en lo que muestra sino también en lo que anuncia. Por su parte, Gaston Bachelard (1994) escribió que la imaginación no reproduce simplemente el mundo; participa activamente en la creación de nuevas posibilidades para habitarlo. Las semillas convocaban nuevamente ese movimiento, cada exploradora y explorador comenzaba a imaginar futuros posibles: ¿Qué crecería a partir de ellas? ¿Por qué una era dorada? ¿Qué relación guardaban con los personajes desaparecidos? ¿Qué papel cumplirían en la historia de Terranova? Las preguntas ya no buscaban únicamente reconstruir acontecimientos anteriores, ahora empezaban a orientar la mirada hacia aquello que todavía podía llegar a existir.

Volviendo la atención hacia lo que implica la constitución subjetiva, considero que ésta guarda una sorprendente semejanza con el trabajo de una semilla.

Cada vida contiene posibilidades que requieren tiempo, vínculos, experiencias y cuidados para desplegarse. Algo crece en el encuentro con otras personas, madura lentamente mientras encuentra las condiciones necesarias para hacerlo y permanece durante largos periodos fuera de la vista hasta que una experiencia, una relación o una pregunta permiten que emerja. En esta vía leo a Suely Rolnik (2019), cuando describe los procesos mediante los cuales nuevas formas de existencia buscan abrirse paso dentro de mundos que todavía no saben cómo recibirlas. La vida siempre contiene dimensiones que están naciendo; toda creación comienza como una sensibilidad apenas perceptible, una inquietud, una imagen o una posibilidad que todavía no encuentra una forma definitiva. Las semillas encontradas en Terranova hablan de esa condición.

Las exploradoras y los exploradores sostenían aquellas pequeñas formas entre sus manos mientras la historia comenzaba a transformarse una vez más. Las estatuas habían protegido las semillas, ahora las semillas custodiaban otra cosa. Guardaban una pregunta sobre el futuro, una pregunta sobre la vida y una pregunta sobre aquello que una comunidad es capaz de hacer cuando decide cuidar una promesa que todavía busca su forma de nacer.

Una comunidad al servicio de la vida

Así como había ocurrido con las estatuas y las huellas grises las semillas permanecieron durante varios días en el centro de las conversaciones de Terranova. Esta vez la semilla dorada ocupaba un lugar especial dentro de aquellas conversaciones; su color la distinguía de las demás y parecía anunciar que guardaba una importancia particular dentro de la historia que comenzaba a desplegarse. Sin embargo, algo había cambiado profundamente en la naturaleza de la investigación. Durante buena parte de la travesía la comunidad había intentado comprender acontecimientos ocurridos en el pasado. Las preguntas se dirigían hacia aquello que ya había sucedido. ¿Quién había dejado las huellas? ¿Qué había ocurrido con los personajes? ¿Quién había escondido las estatuas? El hallazgo de las semillas

desplazó lentamente el centro de gravedad de la búsqueda, el futuro comenzó a reclamar su lugar dentro de la historia.

Las semillas introducían una pregunta distinta, su presencia convocaba menos explicaciones y más responsabilidades. La comunidad ya no se encontraba únicamente frente a un misterio que debía descifrarse, ahora se encontraba frente a una forma de vida que requería cuidado. Aquello que había permanecido protegido en el interior de las estatuas aparecía expuesto a la mirada colectiva y, precisamente por ello solicitaba nuevas formas de atención, compromiso y responsabilidad. La historia habría podido servirse de cofres, cajas o cualquier otro objeto para custodiar aquel tesoro, no obstante fueron figuras asociadas a uno de los conjuntos arqueológicos más importantes del territorio colombiano las encargadas de proteger aquello que la comunidad acababa de encontrar. Podemos conjurar que las semillas que aparecían ante la comunidad llegaban desde el futuro y desde el pasado al mismo tiempo de haber sido custodiadas por figuras asociadas a una memoria ancestral que continuaba hablando a través de la piedra. Como ocurre en numerosos relatos míticos, aquello que permite el nacimiento de algo nuevo suele encontrarse protegido por quienes vinieron antes, el porvenir y la memoria aparecían entonces profundamente entrelazados.

Para amplificar este conjuro de la mano de Mircea Eliade (1963), observamos como él nos enseñó que muchas culturas comprendieron el tiempo como una conversación permanente entre los orígenes y los nuevos comienzos. Ningún nacimiento surge aislado de la historia que lo precede, cada germinación encuentra apoyo en una memoria anterior que la sostiene. Las estatuas de San Agustín parecían encarnar precisamente esa función al custodiar una promesa de vida y recordar simultáneamente que toda creación necesita raíces, que vivimos siempre entre herencia y creación. Las semillas parecían contener esa paradoja: eran legado y posibilidad, memoria y porvenir. Procedían de un pasado que las había protegido y apuntaban hacia un futuro que todavía buscaba desplegarse enseñándonos que cuidar la vida implica también cuidar los puentes que unen aquello que hemos recibido con aquello que todavía estamos llamados a crear.

Las exploradoras y los exploradores aún desconocían el papel que aquellas semillas desempeñarían en la historia de Terranova, tanto como el equipo que acompañaba la travesía. Nos encontrábamos frente a un acontecimiento que transformaba el sentido de todo lo vivido hasta entonces sin alcanzar todavía a revelar el rumbo que tomaría la historia. Las huellas, las estatuas y la desaparición de los personajes habían conducido hasta ese hallazgo, y a partir de ese momento el misterio cambiaba nuevamente de lugar, dejando de habitar únicamente en los indicios dispersos por el territorio para instalarse entre nuestras manos, convocándonos a preparar una tierra donde la vida pudiera comenzar a manifestarse.

Reunida en asamblea la comunidad decidió construir semilleros para acompañar el crecimiento de aquello que pudiera emerger, adoptando ahora la investigación una forma distinta. Las exploradoras y los exploradores comenzaron a aprender sobre semillas, tierra, humedad, luz y tiempos de germinación. La observación atenta, que hasta entonces había seguido huellas y descifrado indicios, empezaba a orientarse hacia los ritmos silenciosos de la vida. La espera adquiría un nuevo significado, ya no consistía en aguardar la aparición de otra pista, sino en ofrecer las condiciones necesarias para que un brote encontrara el momento de abrirse paso hacia la superficie.

La semilla dorada, sin embargo, siguió otro camino. Desde las primeras conversaciones las exploradoras y los exploradores sintieron que no debían compartir el mismo semillero con las demás. Su singularidad reclamaba un cuidado diferente y un territorio propio donde pudiera desplegar la fuerza vital que intuían en su interior. Nadie les indicó esa decisión, surgió de las hipótesis que habían venido construyendo colectivamente y de la relación simbólica que habían tejido con ella a lo largo de la travesía. La semilla dorada ya no era solamente distinta por su color, sino que ocupaba un lugar particular dentro de la cosmología que la comunidad estaba creando. Las exploradoras y los exploradores desplazaban sus agencias interpretativas hacia agencias creadoras: preparar la tierra, sembrar, esperar y cuidar

HABITAR EL MISTERIO

constituían gestos epistemológicos y, al mismo tiempo, éticos. El conocimiento comenzaba también a expresarse como la capacidad de crear las condiciones para que algo nuevo pudiera llegar a existir.



Capítulo V

EL NACIMIENTO DEL PODER DORADO

“El desarrollo psicológico no puede llevarse a cabo únicamente a través de la intención y la voluntad, sino que precisa del símbolo atractivo, cuyo cuanto de valor supera al de la causa. La formación del símbolo tampoco puede tener lugar antes de que el alma no se haya demorado el tiempo suficiente en los hechos elementales, es decir, hasta que la necesidad interna o externa del proceso vital provoque una transformación de la energía”

—Carl Gustav Jung, «Sobre la energética del alma», en La dinámica de lo inconsciente (OC 8, § 47)

Los Trovadores de Terranova

En aquellos días comenzó a consolidarse un espacio que terminaría transformando ampliamente la vida de Terranova.

Como consejera del territorio, reuní a doce niñas y niños provenientes de los tres refugios para encontrarnos periódicamente en una asamblea propia. La convocatoria congregaba a quienes, por distintas razones, venían requiriendo un acompañamiento más cercano desde la psicología debido a sus maneras de relacionarse con otras personas, consigo mismos o con el conocimiento. Cada uno de ellos habitaba Terranova desde una sensibilidad

singular, y esa singularidad pedía un tiempo distinto para desplegarse, una escucha más cuidadosa y una conversación capaz de reconocer la potencia que podía estar escondida detrás de aquello que, en otros escenarios, solía ser nombrado como dificultad.

Con el paso de las semanas comenzamos a llamarlos Los Trovadores de Terranova. El nombre surgió porque, al igual que los antiguos trovadores, recorrían el territorio llevando de un refugio a otro las preguntas que iban naciendo en la travesía. En sus recorridos circulaban indicios, conjeturas, intuiciones y fragmentos de sentido que encontraban nuevas formas cada vez que atravesaban otras voces. Una hipótesis podía nacer en uno de los refugios, enriquecerse durante la asamblea y regresar días después transformada por nuevas observaciones y relaciones inesperadas. El pensamiento adquiría así un carácter colectivo; dejaba de alojarse en una sola mirada para convertirse en una trama viva cuya fuerza provenía precisamente del movimiento entre perspectivas diferentes.

Fue en ese ir y venir donde las palabras de las niñas y los niños comenzaron a adquirir estatuto de pensamiento. Cada conversación ampliaba el mundo común porque permitía que una experiencia individual encontrara resonancia en la experiencia de otras personas. Hannah Arendt (1958) sostiene que el mundo común existe cuando las personas comparecen unas ante otras, ponen en circulación sus perspectivas y participan en la construcción de una realidad compartida. Pienso que eso ocurría en Terranova: las asambleas de Los Trovadores ofrecían un tiempo para que los acontecimientos dejaran de pertenecer a quien los había vivido y pasaran a formar parte de una matriz colectiva capaz de descubrir relaciones que ninguna mirada aislada habría alcanzado a construir.

La potencia de aquel dispositivo residía también en quienes lo sostenían. Las niñas y los niños convocados ocupaban posiciones particulares dentro de la comunidad. Algunas veces sus formas de aprender, vincularse, hablar, moverse o responder a las situaciones cotidianas habían sido leídas desde la falta, la desregulación, la timidez, la impulsividad, la distracción o la dificultad

para participar de los modos esperados. La pregunta dejó de dirigirse hacia aquello que “debían corregir para parecerse al resto” y empezó a orientarse hacia aquello que podían manifestar, gracias a su manera singular de estar en el mundo. Ese desplazamiento es clínicamente decisivo, porque modifica el lugar desde el cual una niña o un niño puede reconocerse y ser reconocido por los demás.

Winnicott (1971) permite comprender la importancia de este cambio al mostrar que el gesto espontáneo necesita un ambiente capaz de recibirlo y sostenerlo, permitiéndole desplegar su vitalidad antes de quedar subordinado a las demandas de adaptación. Cuando el entorno reconoce ese gesto como algo valioso, la subjetividad encuentra condiciones para expresarse de manera más viva y creadora. Algo semejante ocurría con Los Trovadores, sus asociaciones inesperadas, sus preguntas insistentes, sus silencios atentos, sus rodeos y sus maneras particulares de conectar acontecimientos encontraban un lugar donde podían ser escuchados como aportes y no únicamente como señales de una dificultad. El encuadre clínico-pedagógico permitía que aquello que antes podía aparecer como desajuste, se transformara en una forma legítima de participación. En este sentido, Boris Cyrulnik (2003) ha mostrado que una vida puede reorganizarse cuando encuentra relatos diferentes desde los cuales reconocerse. En Terranova, aquellas niñas y aquellos niños comenzaban a habitar otro relato sobre sí mismos. Ya no eran únicamente quienes necesitaban seguimiento, quienes requerían apoyo o quienes demandaban una mirada especial; ahora empezaban a ser quienes podían enlazar indicios, abrir preguntas inesperadas, recordar detalles que otras personas habían olvidado o percibir relaciones que el grupo todavía no alcanzaba a formular. La investigación transformaba el misterio, y al mismo tiempo la posición subjetiva de quienes participaban en ella, dado que la comunidad dejaba de mirarles sólo desde aquello que parecía faltar y empezaba a reconocerles desde aquello que podían aportar.

Leer a bell hooks (2021) me ofreció otra clave para comprender lo que estaba ocurriendo en Terranova. Su propuesta de pensar la educación como una

práctica de libertad, encontraba allí una expresión concreta, pues el conocimiento emergía del encuentro entre múltiples voces que asumían la responsabilidad de comprender el mundo en común. Los Trovadores ocupaban un lugar decisivo dentro de esa trama al ofrecer perspectivas, asociaciones y preguntas que ampliaban la investigación compartida. Cada conversación revelaba que sus maneras singulares de percibir y de pensar enriquecían el horizonte de comprensión de toda la comunidad; la atención comenzó entonces a orientarse hacia las posibilidades que cada niña y cada niño abría con su presencia, hasta que la diferencia adquirió el estatuto de una fuente de conocimiento y la singularidad encontró reconocimiento como una fuerza capaz de ensanchar el mundo común. La subjetividad y el pensamiento crecían en un mismo movimiento, pues cada voz encontraba un lugar desde el cual contribuir a la creación de una realidad compartida.

También Paulo Freire (1970) acompaña esta comprensión al proponer que la educación acontece cuando las personas construyen saberes entre sí, mediadas por el mundo que buscan comprender. Esa intuición encontraba una expresión viva en Los Trovadores: sus encuentros reunían a las niñas y los niños alrededor de los acontecimientos que atravesaban Terranova para leer sus huellas, interpretar sus señales, nombrar las tensiones que emergían en la travesía y elaborar una palabra propia acerca de aquello que les conmovía. Cada asamblea ampliaba la capacidad de la comunidad para pensar su propia experiencia, de manera que el conocimiento nacía del diálogo, de la escucha y de la búsqueda compartida de sentido.

La clínica me había enseñado desde hacía años que todo síntoma, toda dificultad y toda forma singular de relación con el mundo guarda una versión de la verdad que merece ser escuchada. Terranova permitió trasladar esa intuición al territorio pedagógico porque Los Trovadores pensaban desde lugares que muchas veces quedaban en los bordes de la vida cotidiana del grupo, y justamente por eso veían aspectos que el centro pasaba por alto. Las posiciones periféricas suelen producir una mirada distinta; al observar desde otro ángulo perciben fisuras, captan intensidades y advierten relaciones que las posiciones más adaptadas pueden naturalizar. Lo que había sido leído como fragilidad comenzaba a revelar una potencia interpretativa.

HABITAR EL MISTERIO

De esta manera Los Trovadores hicieron visible un principio que atraviesa tanto a la clínica como a la educación: que cada manera singular de habitar el mundo constituye una posibilidad de conocimiento para la comunidad cuando encuentra un espacio de reconocimiento, donde puede desplegarse al expresar una sensibilidad, una forma particular de construir sentido y una posibilidad de creación que merece ser acogida antes de extender todo su potencial. Pienso la clínica como el arte de crear esas condiciones de hospitalidad para la experiencia, un territorio donde cada subjetividad encuentra el lenguaje que le permite desplegar su potencia creadora y ofrecer a la comunidad aquello que sólo ella puede develar.

La comunidad comenzó a reconocer en aquellas niñas y niños una forma singular de ampliar la investigación compartida. Sus maneras de aprender, formular preguntas, establecer relaciones entre imágenes, demorarse en ciertos acontecimientos o advertir detalles que otras miradas dejaban pasar, enriquecían la comprensión del misterio que atravesaba Terranova. Cada sensibilidad aportaba una perspectiva irrepetible y cada perspectiva ensanchaba el horizonte de sentido del territorio. La singularidad adquiría el valor de una contribución para la vida colectiva, mostrando que una comunidad comprende con mayor profundidad cuando ofrece un lugar donde las múltiples formas de percibir, pensar y crear pueden encontrarse y dialogar.

Los encuentros de Los Trovadores fueron convirtiéndose, poco a poco, en uno de los lugares donde Terranova elaboraba las preguntas que todavía no encontraban respuesta. Allí las hipótesis permanecían abiertas el tiempo suficiente para encontrarse unas con otras, las imágenes adquirían nuevos significados al circular entre distintas voces y los acontecimientos dispersos comenzaban a organizarse en una trama cada vez más amplia. El pensamiento colectivo encontraba un ritmo propio, alimentado por la confianza de que el misterio siempre revela nuevos matices cuando muchas miradas aceptan demorarse junto a él. Fue justo en ese espacio donde comenzó a gestarse una de las imágenes más fecundas de toda la travesía.

Entre conversaciones, intuiciones y asociaciones inesperadas, la Semilla Dorada empezó lentamente a transformarse en el símbolo que reorganizaría la vida de Terranova.

La Semilla Dorada

Tres semillas doradas ocupaban el centro de la mesa mientras las niñas y los niños regresaban una y otra vez sobre las mismas preguntas. Cada intervención retomaba algo que otra persona había dicho unos minutos antes y lo llevaba un poco más lejos haciendo que las conjeturas comenzaran a enlazarse unas con otras como si buscaran una figura capaz de reunir las.

Antonio señalaba que los personajes de los cuentos poseían una magia que los Hombres Grises jamás podrían producir por sí mismos. Sofía imaginaba que esa magia podía ser utilizada para controlar el mundo. Natalia insistía en que la Semilla Dorada guardaba un poder diferente porque la oscuridad jamás lograba apropiarse de aquello que nacía de la luz. La conversación dejó de girar alrededor de objetos aislados y las semillas, los personajes, la Fantasía, los Hombres Grises y la desaparición de los habitantes de la isla comenzaban a organizarse dentro de una misma historia.

Entonces Antonio formuló una relación que hasta ese momento nadie había expresado con esas palabras. Dijo que si el poder de los seres de los cuentos llegaba a unirse con el poder de la Semilla Dorada, aparecería una fuerza que los Hombres Grises jamás podrían controlar. Le pregunté cómo se llamaría ese poder y respondió con una seguridad que parecía surgir de la propia conversación más que de una ocurrencia individual.

—¡El Poder Dorado!

Natalia guardó silencio unos segundos antes de añadir suavemente:

—¿De la amistad?

Antonio sonrió y completó la imagen.

—¡Que ahuyenta la oscuridad!

Cada vez que vuelvo a esa escena me impresiona el proceso que hizo posible la expresión Poder Dorado . Ninguna persona había llegado a la reunión con esas palabras preparadas de antemano, ni surgieron como una respuesta ingeniosa pronunciada por una sola voz. La conversación había reunido durante semanas emociones, acontecimientos, lecturas, expediciones, indicios, pérdidas, esperanzas y preguntas hasta que, casi de manera inevitable, apareció una imagen capaz de contenerlas a todas. El símbolo no fue inventado, este fue gestándose lentamente en el espacio compartido que Los Trovadores habían construido para pensar.

Jung (1964) comprende el símbolo como una imagen capaz de reunir significados cuya riqueza continúa desplegándose a medida que la experiencia encuentra nuevas formas de habitarlos. El Poder Dorado comenzaba a ocupar ese lugar en Terranova al congregarse, en una misma imagen, la amistad, la imaginación, el cuidado, la creación, la esperanza y la fuerza que sostenía la vida del territorio .

Eliade (1963) observó, a su vez, que los grandes símbolos condensan la experiencia de una comunidad y ofrecen un horizonte compartido desde el cual una cultura organiza su comprensión del mundo. La Semilla Dorada adquiriría precisamente esa potencia al convertirse en el centro simbólico alrededor del cual las esculturas de San Agustín, la Isla de la Fantasía, los Hombres Grises, los cuentos, las expediciones y las conversaciones de Los Trovadores comenzaban a entrelazarse en una misma trama de sentido. Las niñas y los niños encontraban allí una imagen capaz de albergar las preguntas que habían acompañado toda la travesía y que, desde tiempos remotos, siguen orientando la experiencia humana: ¿Qué sostiene la vida? ¿Qué merece ser cuidado? ¿Qué fuerzas favorecen el florecimiento de un mundo compartido? La Semilla Dorada reunía esas preguntas en un mismo símbolo y ofrecía a la comunidad un lenguaje para continuar habitándolas.

El reconocimiento del Poder Dorado transformó también la manera en que las exploradoras y los exploradores comenzaron a mirar la propia travesía.

HABITAR EL MISTERIO

Las conversaciones dejaron de concentrarse únicamente en el origen de la Semilla Dorada para orientarse hacia otra pregunta que poco a poco adquiría mayor profundidad. Si aquella fuerza era capaz de sostener la Fantasía, ¿dónde habitaba realmente ese poder?

Las respuestas comenzaron a desplazarse lentamente. Al principio parecía encontrarse únicamente en la semilla pero poco después algunas niñas y algunos niños señalaron que los personajes de los cuentos también poseían una magia semejante. Sebastián insistía en que los Hombres Grises perseguían tanto a los personajes como a la Semilla Dorada porque solamente la unión de ambos podía dar origen al Poder Dorado. Sofía imaginaba que esa fuerza creadora era precisamente aquello que los Hombres Grises necesitaban para controlar el mundo. Cada nueva conversación ampliaba el alcance del símbolo y permitía descubrir relaciones que antes permanecían invisibles.

Para entonces, las exploradoras y los exploradores se acercaban al final de la lectura de Momo, de Michael Ende (1973), una travesía que habían recorrido junto a sus guías exploradoras mientras, casi sin advertirlo, la historia de la niña que enfrentaba a los Hombres Grises comenzaba a entrelazarse con la propia historia de Terranova. Los personajes del libro ya no permanecían únicamente en sus páginas; circulaban por las conversaciones, iluminaban nuevas preguntas y ofrecían imágenes para comprender los acontecimientos que la comunidad estaba viviendo. Aquella experiencia permitía reconocer una dimensión formativa de la literatura; cada relato que llega a nuestra vida se encuentra con otros relatos que ya habitan la memoria, la imaginación y la experiencia. Ninguna historia permanece aislada, todas entran en conversación, se modifican mutuamente y participan en la creación de nuevas formas de comprender el mundo. La intertextualidad deja entonces de ser únicamente un fenómeno literario para convertirse en un proceso de constitución subjetiva dado que las historias también se leen entre sí dentro de quienes las habitan.

Eso estaba ocurriendo en Terranova. Momo entraba en conversación con la Isla de la Fantasía; las esculturas de San Agustín encontraban resonancia en

los cuentos de hadas; las semillas resguardadas durante siglos en el interior de las estatuas continuaban su historia al germinar entre las manos de las exploradoras y los exploradores; las preguntas nacidas en la lectura se entrelazaban con las conversaciones de los refugios y con los relatos que cada familia aportaba desde su propia memoria. Poco a poco iba conformándose un tejido simbólico donde las imágenes se enriquecían mutuamente y cada nueva relación ampliaba la comprensión de las demás. La experiencia mostraba que la vida psíquica encuentra uno de sus alimentos más fecundos en la conversación entre relatos, símbolos y memorias, pues cada encuentro abre nuevas posibilidades para comprender el mundo y participar en su creación.

Pienso que ese tejido constituye uno de los alimentos más fecundos de la vida psíquica. La subjetividad crece al entrar en contacto con un repertorio cada vez más amplio de imágenes, relatos, símbolos y metáforas que ofrecen nuevas posibilidades para sentir, nombrar e interpretar la experiencia. Cada historia amplía el horizonte desde el cual comprendemos el amor, la pérdida, la amistad, el miedo, el cuidado, la esperanza y el nacimiento de nuevos mundos posibles. Cuando esos relatos encuentran una comunidad que los conversa, los recrea y los pone en relación con su propia experiencia, la imaginación despliega su potencia creadora y la vida psíquica encuentra nuevos caminos para producir sentido. Las culturas han transmitido de generación en generación sus mitos, sus cuentos, sus obras de arte y sus relatos fundacionales porque reconocen en ellos una fuente inagotable de alimento simbólico. Gracias a esas imágenes cada generación amplía la comprensión de sí misma, del mundo que recibe y de los mundos que puede llegar a crear.

La herencia de la Fantasía

La aparición del Poder Dorado transformó de manera pródiga la relación que las exploradoras y los exploradores mantenían con la Semilla Dorada. Durante meses la habían observado, protegido e interpretado intentando comprender el misterio que guardaba en su interior. Ahora comenzaba a

abrirse una pregunta distinta que desplazaba el centro de la investigación, si aquella pequeña semilla concentraba una fuerza capaz de sostener la Fantasía, la amistad y la creación, su presencia reclamaba una forma de cuidado que estuviera a la altura de aquello que representaba; el símbolo convocaba una responsabilidad y la comunidad comenzó a buscar la manera de responder a ella.

Las conversaciones de Los Trovadores fueron dando espesor a una comprensión compartida, y la Semilla Dorada adquiría cada vez más claramente el carácter de un legado que los personajes de la Isla de la Fantasía habían confiado a Terranova antes de desaparecer. Esa intuición encontraba nuevas resonancias en cada encuentro y reunía a la comunidad alrededor de una misma responsabilidad. Durante semanas las exploradoras y los exploradores habían observado la semilla, la habían protegido y habían intentado descifrar el misterio que custodiaba y poco a poco comprendieron que cuidar aquel tesoro significaba ofrecerle las condiciones para continuar su historia. Si la Semilla Dorada albergaba una fuerza capaz de sostener la Fantasía, la amistad y la creación, su destino invitaba a buscar un territorio fértil donde esa potencia pudiera echar raíces y desplegar una nueva forma de vida.

La comunidad acogió la decisión de sembrar la Semilla Dorada y acordamos realizar la siembra durante la celebración de la Pascua. La elección de esa fecha surgió con una naturalidad que armonizaba con el momento que atravesaba Terranova, pues toda la travesía había ido reuniendo imágenes de transformación, esperanza y renacimiento alrededor de aquella pequeña semilla. Durante los días que precedieron a la siembra, las exploradoras y los exploradores continuaron pasándola de unas manos a otras con especial cuidado. Cada encuentro renovaba el asombro y fortalecía el vínculo con aquel legado que había permanecido resguardado por tanto tiempo en el interior de las estatuas y que ahora aguardaba el instante propicio para comenzar una nueva historia entre ellas y ellos.

Cuando llegó el día señalado, las niñas y los niños prepararon una pequeña porción de tierra mágica para recibirla. Mezclaron el suelo con escarchas

doradas, verdes, azules y violetas porque intuían que una semilla tan extraordinaria merecía un territorio capaz de acoger toda la fuerza que albergaba en su interior. Luego abrieron un pequeño espacio en aquella tierra luminosa y depositaron allí el tesoro que durante casi cinco meses había orientado sus preguntas. Las manos cubrieron lentamente el lugar de la siembra y la plazoleta entera permaneció en un silencio lleno de expectación, contemplando aquel diminuto montículo brillante donde comenzaba a germinar, junto con una planta todavía invisible, la historia que la comunidad había decidido continuar.

Fue entonces cuando Sebastián, uno de los Trovadores dio unos pasos hacia adelante y, con la emoción todavía dibujada en el rostro, dijo:

- ¡Siento el Poder Dorado! ¡Los personajes de la Isla de la Fantasía deben regresar para que se expanda!

Sus palabras encontraron inmediatamente eco en Sofía, quien corrió hacia el rincón donde descansaban las capas, las coronas, las alas, los sombreros y los pequeños objetos que durante tantos meses habían acompañado la travesía. Muy pronto otras niñas y otros niños siguieron el mismo impulso y la invitación al juego comenzó a expandirse por la plazoleta como si hubiese estado esperando ese instante para manifestarse.

Cada exploradora y cada explorador eligió el personaje con el que deseaba encontrarse. Algunas se involucraron en las capas de las heroínas que habían protegido los bosques; otros recuperaron la sabiduría de los viejos magos, la nobleza de los gigantes bondadosos, la astucia de quienes siempre encontraban caminos inesperados o la ternura de aquellos personajes capaces de reconocer la fragilidad de otras personas y ofrecerles refugio. Las elecciones surgían de una afinidad silenciosa entre la historia de cada niña y de cada niño y las cualidades que aquellos personajes habían encarnado durante la travesía.

De nuevo, la plazoleta dejó de estar habitada solamente por exploradoras y exploradores, para darle espacio a los antiguos habitantes de la Isla de la

Fantasía que regresaban a través de nuevos cuerpos, nuevas voces y nuevas maneras de caminar el territorio. La desaparición que había dado origen a toda la aventura encontraba una respuesta intensamente simbólica, los personajes permanecían vivos porque otras niñas y otros niños aceptaban continuar su legado, mientras la Semilla Dorada comenzaba a echar raíces bajo aquella tierra brillante, y también la amistad, la imaginación, el cuidado y la creación encontraban un nuevo lugar donde seguir floreciendo. Las historias dejaban de ser un recuerdo para convertirse nuevamente en presencia. La desaparición de los personajes encontraba así una respuesta inesperada porque la Fantasía continuaba viviendo allí donde alguien aceptaba recibir su legado y prolongarlo con su propia existencia.

Aquel momento revelaba una de las potencias más profundas del juego simbólico: las niñas y los niños no estaban interpretando un papel para representar una historia conocida. Al habitar aquellos personajes, permitían que sus valores, sus gestos y sus formas de cuidar el mundo encontraran continuidad en el presente. Winnicott (1971) señaló que el juego constituye uno de los espacios privilegiados donde las personas crean cultura, porque allí ensayan modos de existencia que poco a poco comienzan a incorporarse a la propia vida. En Terranova esa afirmación adquiría una forma visible porque la amistad, la valentía, la imaginación, la generosidad y el cuidado dejaban de pertenecer exclusivamente a los personajes de los cuentos para convertirse en posibilidades que las niñas y los niños comenzaban a reconocer también en sí mismos.

La siembra de esa mañana se convirtió en una promesa compartida. Por fin la Fantasía encontraba nuevas guardianas y nuevos guardianes, mientras las exploradoras y los exploradores aceptaban la responsabilidad de cuidar un legado que ya no pertenecía únicamente a los cuentos, sino también a la historia que estaban escribiendo juntas y juntos. Eliade (1963) también mostró que los símbolos permanecen vivos cuando una comunidad continúa actualizándolos mediante sus ritos, sus relatos y sus formas de habitar el mundo. Pienso que eso era precisamente lo que estaba ocurriendo en aquella plazoleta: la Semilla Dorada encontraba una nueva tierra donde echar raíces

y, al mismo tiempo, el Poder Dorado comenzaba a germinar en la experiencia de quienes habían decidido continuar la obra de los antiguos habitantes de la Isla de la Fantasía. La imaginación dejaba de ser únicamente una forma de comprender el mundo para convertirse en una manera de cuidarlo, de heredarlo y de recrearlo cada vez que una nueva generación aceptaba hacerlo florecer nuevamente.

Las niñas y los niños al encarnar a los personajes de los cuentos, permitían que las historias continuaran desplegándose en el presente; la imaginación adquiría entonces una densidad ética, pues cada personaje ofrecía una manera particular de responder al mundo, de proteger la vida, de enfrentar el miedo, de acompañar a otros o de sostener la esperanza; la herencia de la Fantasía encontraba nuevas manos capaces de recibirla y nuevas voces dispuestas a prolongarla.

Después de presenciar semejante despliegue de experiencia infantil, el equipo de profesionales decidió continuar la historia siguiendo la dirección que las niñas y los niños habían abierto con su imaginación. La Semilla Dorada dejó de pertenecer únicamente al territorio del juego para convertirse también en una responsabilidad compartida por quienes acompañábamos la travesía. Nos propusimos cuidar su germinación con la misma seriedad con la que las exploradoras y los exploradores habían cuidado las estatuas, las huellas y los personajes de la Isla de la Fantasía. Aquella decisión expresaba una convicción que había ido madurando silenciosamente durante todo el proceso. Educar también consiste en dejarse orientar por las imágenes que la infancia es capaz de crear cuando encuentra un mundo dispuesto a escucharlas.

Los meses siguientes prolongaron aquella obra colectiva: la planta comenzó lentamente a abrirse paso entre la tierra y, conforme crecía, también lo hacía la historia que la comunidad había tejido alrededor de ella.

Un día apareció entre sus ramas el primer objeto perteneciente a los cuentos de hadas: un espejo mágico. Más tarde llegaron otros: varitas, manzanas

hechizadas, botas. Cada nuevo hallazgo parecía confirmar la intuición que las niñas y los niños habían sostenido desde el comienzo: que la planta conservaba la memoria de los antiguos habitantes de la Isla de la Fantasía y ofrecía a Terranova nuevas formas de encontrarse con ellos.

Las conversaciones de Los Trovadores encontraron una comprensión todavía más amplia: lo que iba germinando en la planta custodiaba las historias de los personajes y, junto con ellas, el legado que ahora pertenecía a toda la comunidad. Cuidar la Fantasía significaba preservar aquellas fuerzas que hacían posible la creación, la amistad, el amor, el juego y la capacidad de seguir imaginando mundos donde la vida pudiera continuar floreciendo. La Semilla Dorada había echado raíces en la tierra y, al mismo tiempo, el Poder Dorado comenzaba a echarlas en la experiencia compartida de niñas, niños y adultos que aceptábamos la tarea de mantener viva aquella historia. Esa actualización constante era precisamente lo que la Semilla Dorada estaba viviendo en Terranova: ya no pertenecía únicamente a los personajes de los cuentos ni a las antiguas estatuas de San Agustín; había echado raíces en el territorio y comenzaba también a hacerlo en la experiencia de quienes aceptaban custodiar su legado.

Las semillas contienen una promesa que sólo puede desplegarse cuando encuentran tiempo, cuidado, confianza y una comunidad dispuesta a acompañar su crecimiento. Algo semejante ocurre con la infancia y con la imaginación, ambas necesitan un territorio donde sus posibilidades puedan echar raíces antes de manifestarse plenamente. La Semilla Dorada terminó ocupando un lugar relevante en Terranova porque permitió hacer visible esa profunda afinidad entre los procesos de la naturaleza y los procesos de constitución subjetiva. Alrededor de ella, niñas, niños y adultos aprendimos que cuidar consiste en crear las condiciones para que aquello que alberga una potencia de vida encuentre la oportunidad de desplegarse. La imaginación echó raíces junto a la planta y comenzó a florecer como una forma compartida de comprender el mundo, de sostener la esperanza y de participar activamente en su permanente creación.

La experiencia de Terranova permitió reconocer que la imaginación ocupa un lugar decisivo en la vida psíquica y comunitaria porque abre un horizonte donde la existencia ensaya nuevas formas de habitar el mundo. Gracias a ella una comunidad anticipa posibilidades, reúne imágenes capaces de orientar sus acciones y crea símbolos que sostienen el sentido compartido de su experiencia. Cada generación recibe ese patrimonio simbólico como una herencia viva y participa, a su vez, en la tarea de recrearlo para quienes llegarán después.

Las semillas y los símbolos comparten esa misma condición. Ambos albergan una potencia que madura en el tiempo, encuentra su fuerza en los vínculos y despliega su fecundidad cuando una comunidad decide hacerse responsable de su cuidado. La Semilla Dorada hizo visible esa verdad con una claridad conmovedora; al sembrarla, las exploradoras y los exploradores comprendieron que la imaginación constituye una fuerza creadora de realidad porque permite reconocer aquello que busca una forma para manifestarse, ofrecerle un territorio donde crecer y acompañar su llegada al mundo. Toda comunidad termina pareciéndose a las imágenes que cultiva, porque en ellas deposita la comprensión de la vida que desea preservar y el mundo que decide hacer florecer.

La primavera

Una nueva carta descendió desde el Árbol de la Sabiduría. Esta vez el Ser Misterioso anunciaba que, con la llegada de la primavera, visitaría Terranova. La noticia despertó una alegría que recorrió rápidamente los refugios. Durante meses habíamos conversado con aquella presencia invisible que orientaba nuestras expediciones, alentaba nuestras búsquedas y confiaba en la capacidad de las niñas y los niños para sostener el misterio. Por fin la promesa de un encuentro adquiriría la forma de un rostro. Las exploradoras y los exploradores comenzaron los preparativos con el mismo entusiasmo que había acompañado toda la travesía. Propusieron compartir algunos alimentos, escribieron poemas y prepararon un recibimiento donde las palabras hablaran del florecimiento, del vuelo de las mariposas, del canto de

los pájaros y de la alegría que produce la primavera cuando anuncia nuevos comienzos. Cada gesto expresaba el deseo de agradecer a quien había acompañado el camino con sus cartas y había confiado, desde el primer día, en la fuerza creadora de la comunidad.

Cuando llegó el día esperado el sonido de unos tambores nos guió de nuevo a la plazoleta del preescolar. Allí nos esperaba una anciana rodeada por centenares de margaritas blancas, tan luminosas que parecían recoger toda la claridad de la mañana. Su presencia irradiaba serenidad. Ella observó con atención el territorio, recorrió los refugios, contempló la planta nacida de la Semilla Dorada y saludó con afecto a cada niña, a cada niño y a las personas adultas que compartíamos aquel momento.

Cuando toda la comunidad estuvo reunida tomó la palabra, sonrió con la sencillez de quien llega a un lugar largamente esperado, y dijo que había llegado el momento de dejar atrás el nombre con el que la habíamos conocido durante toda la travesía.

—Mi nombre es Ayerlén.

La emoción recorrió Terranova. Por fin el Ser Misterioso adquiriría un nombre, un rostro y una voz. Las cartas revelaban a su remitente y la historia encontraba una nueva capa de sentido. Durante todos aquellos meses habíamos dialogado con alguien que eligió permanecer en el misterio para que la comunidad encontrara, en sus propias preguntas, la fuerza necesaria para construir conocimiento, cuidar la vida del territorio y crear los símbolos que orientaron la travesía. Pero ahora, Ayerlén compartió antiguos relatos, conjuros y enseñanzas acerca de los Hombres Grises. Habló de la manera como intentaban apagar la imaginación, volver gris el tiempo y empobrecer la capacidad humana de asombro. Escuchó los hallazgos de los exploradores y las exploradoras y en sintonía con lo que le decían, les confirmó que la Fantasía florece allí donde las personas conservan el deseo de jugar, crear, narrar historias y cuidar unas de otras; los niños y las niñas se abrazaban entre ellas y ellos con rostros llenos de sonrisas y ojos muy abiertos.

HABITAR EL MISTERIO

Después de compartir ese tiempo de jolgorio y celebración, Ayerlén nos confió una nueva misión. Entregó a cada refugio un ramo de las hermosas margaritas blancas que había traído y explicó que aquellas flores esperaban recibir los colores de la primavera. Nos invitó a descubrir la manera de llenar sus pétalos con los tonos de la vida para que cada margarita pudiera convertirse en un recordatorio de la Fantasía y del compromiso que habíamos asumido para seguir cuidándola allí donde encontrara un lugar para florecer.

Como era de esperarse, la propuesta acompañó las conversaciones de los días siguientes. Las exploradoras y los exploradores recuperaron los aprendizajes contruidos en el laboratorio de ciencias, revisaron sus bitácoras, formularon nuevas hipótesis y comenzaron a experimentar con tinturas vegetales y polvos mágicos hasta descubrir cómo los tallos absorbían lentamente el color y lo distribuían por cada uno de los pétalos. El experimento despertó un nuevo asombro porque la primavera dejaba de aparecer solamente como una estación del año para convertirse en una fuerza capaz de transformar aquello que encontraba a su paso.

Ayerlén continuó su camino poco después de aquella visita, dejando tras de sí mucho más que una misión cumplida. Su presencia había reunido las cartas, las semillas, la planta florecida y la comunidad en una misma historia. El Ser Misterioso tenía ahora un nombre, un rostro y una voz, mientras Terranova descubría que la Fantasía encontraba su mayor fuerza cuando cada generación aceptaba la responsabilidad de seguir sembrándola en el mundo. Ella pertenecía a ese linaje de mujeres que han dedicado su vida a custodiar la imaginación, era una de nuestras maestras de juego en contextos de formación en clínica, una mujer que continuaba compartiendo con niñas, niños y personas adultas la fuerza creadora de los relatos, la riqueza de las tradiciones orales, la risa, la celebración y los universos simbólicos que el juego mantiene vivos de generación en generación. Su presencia recordaba que la Fantasía encuentra un lugar donde permanecer cada vez que una comunidad cuenta con personas dispuestas a transmitirla, cuidarla y recrearla

HABITAR EL MISTERIO

junto a otras y otros. Toda comunidad necesita sus propias Ayerlenes, guardianas de las historias, de los rituales y de las imágenes que alimentan la vida colectiva y que permiten que la imaginación continúe encontrando nuevos territorios donde florecer.



Capítulo VI

EL TIEMPO DEL CORAZÓN

“Los logros culturales de la humanidad, a los que pertenece la filosofía, se deben a una atención profunda y contemplativa. La cultura requiere un entorno en el que sea posible una atención profunda. Esta es reemplazada progresivamente por una forma de atención por completo distinta, la hiperatención. Esta atención dispersa se caracteriza por un acelerado cambio de foco entre diferentes tareas, fuentes de información y procesos. Dada, además, su escasa tolerancia al hastío, tampoco admite aquel aburrimiento profundo que sería de cierta importancia para un proceso creativo”

—Byung-Chul Han, «El aburrimiento profundo», en *La sociedad del cansancio*

Una ecología de la imaginación

La vida de Terranova continuó desplegándose alrededor de la planta nacida de la Semilla Dorada. Las exploradoras y los exploradores comprendían que la misión de recuperar la Fantasía apenas comenzaba y que devolver la palabra a los antiguos habitantes de la Isla significaba mantener vivas sus historias. Cada cuento recuperado ampliaba el territorio simbólico de la comunidad y ofrecía nuevas formas de comprender el mundo que seguíamos construyendo juntas y juntos.

HABITAR EL MISTERIO

Las historias comenzaron a circular por múltiples lenguajes. Algunas veces llegaban mediante la lectura compartida; otras aparecían dibujadas, dramatizadas, representadas con títeres o convertidas en poemas y canciones que resonaban por los refugios. Cada forma expresiva abría un camino diferente para encontrarse con los personajes y permitía que cada niña y cada niño encontrarán una manera propia de habitarlos. Íbamos descubriendo que la imaginación también necesita diversidad de lenguajes para desplegar toda su potencia creadora.

Entre las historias que acompañaron aquellos días se encontraba La Cenicienta. Coincidió que una nueva versión cinematográfica acababa de estrenarse en las salas de la ciudad y decidimos compartir también esa experiencia. Después de verla, regresamos a Terranova para jugar a La Cenicienta, junto a la planta nacida de la Semilla Dorada, porque las historias también necesitan ser narradas una y otra vez para continuar respirando entre quienes las reciben.

Pocos días después ocurrió uno de esos acontecimientos que sólo el juego simbólico vuelve plenamente verosímiles. Mientras las niñas y los niños conversaban sobre la historia, Cenicienta apareció recorriendo los senderos de Terranova en busca de su zapatilla de cristal. Agradeció a las exploradoras y los exploradores por haber rescatado su historia del olvido y, antes de partir hacia el baile, les recordó que cada cuento recuperado fortalecía la Fantasía y alejaba un poco más a los Hombres Grises.

Esta aparición fue posible gracias a un grupo de estudiantes de bachillerato del semillero de teatro que, desde la primera visita a la Isla de la Fantasía, se había unido generosamente a la travesía. Prestaban su cuerpo y su voz a los personajes, para que estos encontrarán nuevas formas de regresar al territorio. Las niñas y los niños acogían aquellos encuentros con absoluta naturalidad.

Las historias siguieron llegando a la planta de la Semilla Dorada. Cada relato compartido parecía despertar nuevas memorias y, durante algún tiempo,

continuaron apareciendo entre sus ramas objetos pertenecientes a los antiguos habitantes de la Isla. Sin embargo, otro fenómeno comenzó a llamar la atención de la comunidad. Conforme los cuentos eran leídos, dramatizados, cantados y narrados una y otra vez, aquellos objetos empezaban a desaparecer. La comunidad observó aquel acontecimiento con el mismo cuidado con el que había acompañado cada uno de los misterios anteriores, y después de muchas conversaciones formuló una conjetura que reunió el asombro de todas y todos. Los personajes recuperaban sus pertenencias porque las historias los habían rescatado del olvido, Caperucita volvía a encontrar su capa, Cenicienta su zapatilla, la Bella Durmiente su huso, mientras tanto los antiguos habitantes de la Isla regresaban poco a poco a sus propios mundos.

Aquella comprensión transformó profundamente la misión que la comunidad había asumido desde el comienzo de la travesía. Narrar también constituye una forma de cuidar. Cada historia compartida devuelve presencia a quienes parecían haberse perdido en el olvido y permite que su legado encuentre nuevamente un lugar entre quienes continúan habitando el mundo. Ricoeur (1996) mostró que los relatos configuran la experiencia porque ofrecen una trama desde la cual comprendemos quiénes somos y cómo participamos en la historia que recibimos. En Terranova ese movimiento adquiriría una dimensión todavía más amplia. Los cuentos no sólo configuraban la experiencia de cada niña y cada niño; también mantenían viva la memoria simbólica de toda una comunidad. Eliade (1963) señaló que los grandes relatos permanecen vivos cuando una cultura continúa actualizándolos mediante sus ritos, sus narraciones y sus formas de vida. Cada cuento recuperado devolvía presencia a los personajes y ampliaba, al mismo tiempo, el horizonte desde el cual las exploradoras y los exploradores podían comprender su propia existencia.

Las huellas seguían apareciendo por el territorio, aunque algo en ellas comenzaba a transformarse. El gris cedía lentamente su lugar a otros colores y las niñas y los niños se preguntaban si aquella metamorfosis guardaba

relación con el regreso de los personajes. ¿Los Hombres Grises estaban perdiendo su fuerza? ¿El tiempo del corazón comenzaba a recuperar su lugar? Mientras esas preguntas seguían acompañando las conversaciones, la lectura compartida de Momo continuaba ofreciendo nuevas imágenes para pensar la vida y comprender que el tiempo humano florece allí donde existe espacio para el encuentro, la creación, el juego y el cuidado de los vínculos.

La naturaleza también seguía enseñando, los girasoles nacidos de las semillas oscuras alcanzaban su plena floración y despertaban una nueva curiosidad entre las exploradoras y los exploradores. Sus formas conversaban con los mandalas, con las semillas, con ciertas construcciones humanas e incluso con el propio cuerpo. Poco a poco descubrieron que la geometría sagrada recorría silenciosamente múltiples formas de vida y que la naturaleza, el arte y la cultura participaban de un mismo tejido de relaciones. Terranova continuaba creciendo porque cada descubrimiento alimentaba el siguiente y cada experiencia encontraba sentido al entrar en conversación con las demás.

De esta manera, la imaginación nunca habitó sola aquel territorio, encontraba su fuerza en una trama de relaciones donde los relatos dialogaban con la naturaleza, el juego con el conocimiento, el arte con la experiencia cotidiana y las preguntas con los vínculos que sostenían la vida de la comunidad. Ningún símbolo aparecía de manera aislada; cada imagen encontraba resonancia en otras imágenes, cada descubrimiento abría nuevas conversaciones y cada lenguaje ampliaba las posibilidades de los demás. La vida simbólica crecía gracias a esa red de encuentros que permitía a las niñas y a los niños volver una y otra vez sobre la experiencia para recrearla, enriquecerla y otorgarle nuevos sentidos.

Winnicott (1971) comprende que la creatividad florece cuando una cultura ofrece espacios donde la experiencia puede seguir siendo jugada, transformada y compartida. Bruner (1991) mostró, por su parte, que la mente humana construye significado al organizar la experiencia mediante relatos

que permanecen abiertos a nuevas interpretaciones, Terranova hacía visible ese movimiento, la imaginación encontraba allí un ambiente que la alimentaba continuamente y donde cada historia, cada objeto, cada rito y cada conversación se convertían en condiciones de posibilidad para el nacimiento de otras historias, otros símbolos y otras formas de comprender el mundo.

Pienso esa trama como una verdadera ecología de la imaginación. Así como un bosque encuentra su fuerza en la relación viva entre el agua, la tierra, la luz, las semillas y los innumerables seres que lo habitan, la vida psíquica alcanza su mayor fecundidad cuando crece en una comunidad donde los símbolos, los relatos, el arte, el juego, la memoria y los vínculos participan de un mismo tejido creador. Ninguno de esos elementos sostiene por sí solo la vida del bosque; del mismo modo, ninguna experiencia aislada alcanza a alimentar la imaginación. Es la conversación permanente entre ellas la que hace posible el nacimiento de nuevos sentidos y mantiene abierta la capacidad humana de crear mundo.

Liliana Bodoc (2012) recordaba que la Fantasía nunca ha sido un territorio de evasión, sino una de las formas más profundas de aproximarnos a la realidad. Los relatos fantásticos conservan preguntas que cada generación necesita volver a formular para comprender quién es, qué mundo ha recibido y qué mundo desea dejar. En Terranova esa intuición adquiría una forma visible. La Fantasía dejaba de nombrar un lugar distante donde habitaban personajes extraordinarios para revelarse como una fuerza cultural que mantenía viva la memoria, ampliaba la experiencia y permitía imaginar futuros que todavía buscaban una oportunidad para nacer.

Cada generación recibe esa ecología simbólica como una herencia y participa, al mismo tiempo, en la responsabilidad de enriquecerla para quienes llegarán después. Cuidar la imaginación significa cuidar las historias, los símbolos y los rituales mediante los cuales una comunidad continúa preguntándose por la vida, recreando el mundo que habita y manteniendo abierto el horizonte de aquello que todavía puede llegar a existir.

El tiempo de la cosecha

El año escolar se acercaba lentamente a su cierre y en Terranova ya no aparecían grandes sobresaltos ni nuevos enigmas. Los girasoles se mecían completamente abiertos bajo el sol, las bitácoras reunían meses de dibujos, preguntas y descubrimientos, los refugios conservaban la memoria de innumerables expediciones y la planta nacida de la Semilla Dorada continuaba creciendo entre los relatos que la comunidad seguía confiándole. El territorio parecía invitar a un gesto poco frecuente en la vida escolar: detenerse para reconocer aquello que había encontrado tiempo suficiente para madurar.

Con frecuencia la educación organiza su ritmo alrededor de la novedad, una actividad sucede a la siguiente, un proyecto reemplaza al anterior y los contenidos avanzan siguiendo la lógica del calendario. La infancia, sin embargo, parece conocer otra temporalidad. Las experiencias más significativas necesitan regresar una y otra vez sobre sí mismas; requieren repetición, espera, variaciones y encuentros sucesivos que permitan descubrir sentidos imposibles de advertir en un único instante. La profundidad no depende de la cantidad de acontecimientos que una propuesta logra producir, sino del tiempo que una comunidad permanece junto a ellos.

Terranova fue creciendo alrededor de esa decisión. Durante todo un año las niñas y los niños habitaron un mismo universo narrativo. Regresaron innumerables veces a las mismas preguntas, cuidaron las mismas semillas, recorrieron los mismos senderos, leyeron el mismo libro, volvieron sobre los mismos símbolos y permitieron que cada uno encontrara nuevas resonancias conforme ellas y ellos también iban transformándose. Lo que cambiaba no era la historia, sino quienes la habitaban; cada regreso revelaba un matiz diferente porque la experiencia nunca encontraba a la misma comunidad.

Después de acompañar toda esta travesía se hizo evidente para mí que la constitución subjetiva necesita duración. Ningún símbolo despliega toda su

fuerza en el instante en que aparece, así como ninguna emoción revela inmediatamente aquello que viene a enseñar. La confianza, la amistad, el duelo, el miedo, el asombro y la esperanza requieren un tiempo de elaboración que permita incorporarlos a la propia existencia. Dar tiempo a una experiencia significa ofrecerle la posibilidad de transformarse en mundo. Los griegos distinguían ese tiempo del que miden los relojes: mientras cronos avanza indiferente, en línea recta, acumulando horas iguales entre sí, kairós nombra el instante oportuno, el tiempo cualitativo que se abre cuando algo está finalmente maduro para ocurrir. Terranova enseñó que la subjetividad no se rige por cronos sino por kairós: no basta con que transcurran los minutos de una clase para que una pregunta se transforme en pensamiento, es necesario que la experiencia encuentre su propio momento de maduración, ese instante impredecible en que una semilla decide germinar. Por eso hablábamos del tiempo del corazón: un tiempo que no se mide sino que se cultiva, y que solo una comunidad dispuesta a esperar puede ofrecer.

Por eso el miedo y la tristeza también necesitaron su propio kairós: encontraron un lugar desde el comienzo mismo de la travesía, sin que nadie se apresurara a resolverlos. La desaparición de los habitantes de la Isla de la Fantasía interrumpió la alegría con la que las niñas y los niños habían llegado a Terranova y abrió una experiencia de pérdida que las personas adultas decidimos acompañar con cuidado. Aquella falta produjo inquietud, preguntas y deseo de búsqueda. En lugar de cubrir rápidamente el vacío con una respuesta tranquilizadora, permanecemos junto a la conmoción que había despertado en la comunidad, dándole el tiempo que necesitaba, para permitir que las niñas y los niños elaboraran sus propias formas de comprender lo ocurrido.

Esa decisión fue fundamental. La tristeza permitió reconocer que algo valioso se había perdido, y el miedo mostró que la vida de Terranova estaba comprometida con aquello que debía ser cuidado. Ambas emociones dieron espesor a la experiencia porque situaron a las exploradoras y los exploradores frente a un límite real dentro del mundo simbólico que estaban

habitando. La Fantasía se encontraba amenazada, los personajes habían desaparecido y la comunidad necesitaba responder. A partir de ese vacío comenzaron a surgir conjeturas, expediciones, pactos de cuidado, estrategias colectivas y actos de creación.

Dolto (1984) comprendía que la simbolización encuentra uno de sus puntos de partida cuando el deseo tropieza con un límite y la ausencia convoca la creación de nuevas formas de relación con el mundo. En Terranova, la pérdida dejó de ser únicamente un acontecimiento doloroso para convertirse en una fuerza organizadora de la travesía. Las niñas y los niños comenzaron a transformar la falta en pregunta, la pregunta en búsqueda y la búsqueda en imaginación compartida. Así, el miedo y la tristeza participaron en la constitución de una confianza más profunda, aquella que no nace de evitar la dificultad, sino de descubrir que una comunidad puede sostenerla, pensarla y convertirla en camino.

Ese camino, sin embargo, no podía recorrerse de prisa: el mismo kairós que maduraba las emociones sostenía también la constitución subjetiva. Así como los movimientos emocionales se despliegan en su propio tiempo, la subjetividad encuentra su posibilidad en un ambiente capaz de sostener los ritmos propios del desarrollo. Winnicott (1971) explica que la creatividad necesita continuidad más que aceleración; requiere un mundo que permanezca disponible mientras la experiencia encuentra lentamente la forma de incorporarse a la propia existencia — un mundo, podríamos decir, que sabe esperar el instante oportuno en vez de imponer el suyo. Daniel Stern (2010) permite profundizar esta idea al mostrar que ese tiempo sostenido no se inscribe únicamente como una sucesión de acontecimientos, sino como formas de vitalidad que organizan el sentido de sí. Lo que permanece en la memoria no son solamente los hechos vividos, sino la cadencia con la que fueron experimentados, las intensidades que los acompañaron y los movimientos afectivos que les dieron forma.

Pienso que Terranova intentó ofrecer ese ambiente y esa temporalidad. La comunidad aprendió a confiar en los tiempos de las semillas, de los relatos y

también de las niñas y los niños, comprendiendo que crecer nunca consiste en apresurar un proceso, sino en cuidar las condiciones que permiten su despliegue. Las expediciones, las cartas, el cuidado cotidiano de las plantas, la escritura de las bitácoras, el regreso constante a los mismos símbolos y las conversaciones que volvían una y otra vez sobre las mismas preguntas fueron configurando una cadencia compartida. Más que recordar una secuencia de actividades, las niñas y los niños llegaron a habitar una determinada manera de vivir el tiempo. La imaginación encontraba así el ritmo necesario para sedimentarse en la experiencia y pasar a formar parte de la constitución misma de la subjetividad.

En la misma vía Bachelard (1957) nos recuerda que los espacios llegan a convertirse en moradas cuando la memoria encuentra en ellos un lugar donde permanecer. Los refugios ya no eran solamente salones de clase, cada rincón conservaba el eco de una conversación, una expedición, una risa compartida o una pregunta todavía abierta. La arquitectura física había sido lentamente transformada por la arquitectura invisible de los vínculos, hasta convertir el territorio en una verdadera casa para la imaginación.

Esa experiencia me llevó también a interrogar la temporalidad que suele organizar muchas propuestas dirigidas a la infancia. Vivimos en una época que privilegia la rapidez, la acumulación de estímulos y la permanente sustitución de unas experiencias por otras. La fragmentación termina instalándose como una manera habitual de relacionarnos con el mundo. Paula Sibilia (2009) y Esteban Levin (2006) han advertido cómo esta aceleración empobrece la experiencia sensible y dificulta la construcción de una memoria capaz de otorgar continuidad a la propia historia. Frente a ello, Terranova eligió conservar un hilo narrativo durante todo un año, permitiendo que las experiencias dialogaran entre sí y que cada nuevo acontecimiento encontrara raíces en los anteriores.

Pienso hoy que aquella decisión fue mucho más que una estrategia metodológica: constituyó una manera de comprender la educación.

HABITAR EL MISTERIO

Una pedagogía de la permanencia reconoce que la infancia necesita tiempo para demorarse en las preguntas, volver sobre las emociones, transformar las pérdidas en símbolos y descubrir que una misma historia puede seguir revelando sentidos nuevos a medida que la vida también cambia. Permanecer no significa repetir lo mismo; significa permitir que la experiencia alcance la profundidad necesaria para transformarnos.

Esta es una de las tareas más medulares de quienes acompañamos a la infancia: crear las condiciones para que las semillas encuentren el tiempo de germinar, para que los relatos echen raíces, para que las emociones se conviertan en pensamiento y para que la imaginación alcance a formar parte de la manera como una comunidad comprende y habita el mundo. Las cosechas nunca dependen únicamente de la calidad de las semillas; también de la paciencia con que una comunidad aprende a cuidar el tiempo de su crecimiento.

La comunidad se convierte en narradora

Con el paso de los meses comenzó a producirse una transformación silenciosa que resultó tan importante como cualquiera de los grandes acontecimientos de la travesía. Terranova dejó de sostenerse únicamente gracias a las propuestas que el equipo de personas adultas preparaba para la comunidad. Poco a poco fueron las propias exploradoras y los propios exploradores quienes comenzaron a mantener viva la historia al recordar detalles de las expediciones ocurridas semanas atrás, a relacionar acontecimientos aparentemente distantes, a anticipar posibles desenlaces y proponer nuevas rutas para continuar la búsqueda. La historia había dejado de pertenecer exclusivamente al territorio para comenzar a habitar en ellas y en ellos.

Las conversaciones cotidianas revelaban con claridad ese desplazamiento. Bastaba que alguien encontrara una nueva huella, observara un cambio en la planta o recordara un fragmento de Momo para que inmediatamente

aparecieran relaciones con expediciones anteriores, personajes de los cuentos o acontecimientos vividos meses atrás. La memoria dejaba de organizarse como una sucesión de actividades escolares y comenzaba a adquirir la forma de un relato compartido donde cada episodio encontraba sentido gracias a los demás. La comunidad construía una historia común capaz de ofrecer continuidad a la experiencia.

Las bitácoras participaron en ese movimiento. Al comienzo habían servido para registrar hallazgos, dibujos e hipótesis; ahora comenzaban a convertirse en lugares donde las exploradoras y los exploradores reconstruían el recorrido realizado, reconocían las transformaciones del territorio y descubrían relaciones que durante la experiencia habían permanecido invisibles. Escribir, dibujar y volver sobre las propias páginas significaba también volver sobre sí mismas y sobre sí mismos. Cada registro permitía comprender que la travesía había transformado simultáneamente el mundo que investigaban y la manera como cada integrante de la comunidad comenzaba a habitarlo.

Ricoeur (1996) propone que la identidad tiene un carácter narrativo porque las personas llegamos a comprender quiénes somos al organizar nuestra experiencia en forma de relato. Pienso que Terranova permitió contemplar ese proceso a escala comunitaria, mientras las niñas y los niños narraban una y otra vez la desaparición de los habitantes de la Isla, el hallazgo de las semillas, el nacimiento del Poder Dorado o el regreso de los personajes, también iban tejiendo una comprensión compartida acerca de quiénes eran como comunidad y del lugar que cada una y cada uno ocupaba dentro de esa historia. La narración dejaba de ser un ejercicio de memoria para convertirse en una forma de constituir la experiencia. Jerome Bruner (1991) profundiza esta comprensión al señalar que las culturas se sostienen gracias a los relatos que una comunidad decide conservar, reinterpretar y transmitir. Narrar nunca consiste únicamente en recordar lo sucedido; significa organizar el sentido de la experiencia para hacerla habitable y compartirla con otras personas. Eso era precisamente lo que ocurría en Terranova. Cada recapitulación, cada

dramatización, cada conversación y cada nuevo cuento ampliaban el tejido narrativo que sostenía la vida del territorio; las historias ya no circulaban porque alguien las enseñara, sino porque la comunidad había descubierto el deseo de seguir contándolas.

Una propuesta educativa alcanza uno de sus momentos más fecundos cuando deja de depender de quien la diseñó y comienza a ser recreada por quienes la habitan; ese desplazamiento señala que la experiencia ha echado raíces. Los símbolos ya no necesitan ser explicados porque las niñas y los niños los incorporan a su manera de mirar el mundo; las preguntas encuentran nuevas voces que las continúan; los relatos empiezan a caminar por sí mismos y la imaginación deja de ser un recurso pedagógico para convertirse en una fuerza cultural compartida. Toda comunidad se constituye también por las historias que decide seguir narrando. En ese momento comprendimos que Terranova había dejado de ser únicamente un proyecto pedagógico para convertirse en una tradición naciente; la historia ya no pertenecía a quienes la habíamos imaginado; pertenecía a la comunidad que había decidido hacerla suya, transformarla y confiarla, a su vez, a quienes vendrían después.

La historia sale de Terranova

Toda historia encuentra un momento en que necesita abandonar el lugar donde nació para continuar viviendo en otros corazones. Después de tantos meses compartiendo expediciones, preguntas, cartas, semillas y relatos, comprendimos que había llegado ese instante para Terranova. La travesía había transformado profundamente la vida de la comunidad y ahora buscaba un nuevo territorio donde seguir creciendo: las familias.

La propuesta nació de las propias exploradoras y de los propios exploradores. Durante las últimas conversaciones comenzaron a reconocer que la misión de recuperar la Fantasía no podía detenerse en Terranova. Mientras recordaban las enseñanzas de Momo, una inquietud empezó a recorrer el grupo.

Hablaban de las tardes en las que todo ocurría deprisa, de los padres y las madres que siempre parecían correr de un lugar a otro, de los juegos aplazados porque había demasiado por hacer, y de las historias que muchas veces ya no encontraban un momento para ser contadas. Poco a poco fueron comprendiendo que los Hombres Grises también habían encontrado la manera de instalarse en la vida cotidiana de muchas familias, robándoles justamente aquello que durante todo el año habían aprendido a defender: el tiempo del corazón.

Entonces surgió una propuesta que conmovió a toda la comunidad. Si ellas y ellos habían aprendido a cuidar ese tiempo, también podían ayudar a sus familias a recuperarlo. La cercanía del Día del Padre ofrecía la ocasión perfecta para hacerlo y decidieron invitarlos a pasar una mañana en Terranova, recordar los juegos de su propia infancia y compartir, generación tras generación, el último capítulo de Momo. Más que una celebración, preparaban un acto de restitución. Deseaban regalar a quienes más amaban aquello que durante toda la aventura habían descubierto como el tesoro más valioso: un tiempo capaz de reunir nuevamente los corazones.

Los padres llegaron sin conocer del todo aquello que estaba a punto de ocurrir. El territorio les recibió con juegos sencillos que, poco a poco, fueron desarmando la prisa con la que solemos llegar a los encuentros cotidianos. Padres, hijas e hijos rieron, corrieron, recordaron juegos de su propia infancia y permitieron que el cuerpo encontrara nuevamente esa ligereza que tantas veces permanece escondida bajo las obligaciones de la vida adulta. Bastó un breve tiempo compartido para que las generaciones comenzaran a encontrarse desde otro lugar. Cuando el juego concluyó, invitamos a toda la comunidad a reunirse en la plazoleta para leer el último fragmento de Momo. Allí los esperaba una sorpresa. Sobre unas canastas descansaban decenas de ejemplares del libro, uno para cada niña y para cada niño. Durante un año entero aquella historia había permanecido en el centro de Terranova como un tesoro compartido; ahora encontraba nuevas manos para continuar su viaje.

Resultaba conmovedor contemplar la manera como recibían aquel regalo. Algunas niñas y algunos niños abrazaban el libro contra el pecho; otras personas lo abrían lentamente, pasaban las manos por la portada y respiraban el olor del papel antes de recorrer sus páginas. Sonreían, se mostraban las ilustraciones unas a otras y volvían a cerrarlo con cuidado. A partir de ese día, la historia podía viajar con ellas y con ellos mucho más allá de Terranova. Momo nunca había sido un libro cualquiera, había llegado como una pista escondida entre los misterios de la Isla de la Fantasía, había orientado expediciones, ofrecido respuestas, sembrado nuevas preguntas y acompañado el nacimiento del Poder Dorado; tenerlo ahora entre las manos significaba recibir una parte de la historia que habían construido juntas y juntos.

Les propusimos sentarse junto a su invitado y abrir el libro por su último capítulo. Las niñas y los niños siguieron la lectura con el dedo mientras descansaban sobre las piernas de sus padres. La escena parecía detener el tiempo, los cuerpos encontraban una quietud serena; las voces compartían un mismo ritmo; las páginas pasaban suavemente mientras las palabras de Michael Ende regresaban, una vez más, al corazón de la comunidad.

"Entonces la nube de flores se posó lenta y suavemente, y las flores caían sobre el mundo detenido como copos de nieve. Y, al igual que los copos de nieve, se fundían y se volvían invisibles para regresar allí donde debían estar: en el corazón de los hombres." (Ende, 1973)

Aquellas palabras parecían haber esperado todo un año para ser pronunciadas en ese instante. Recordamos algo muy antiguo en la historia de la humanidad: que el tiempo es vida y que la vida encuentra su morada en el corazón cuando las personas logran detenerse para jugar, escuchar, narrar y permanecer unas junto a otras.

Después de esto, la última misión llegó como una consecuencia natural de todo el camino recorrido. Ayerlén, a través de una de sus habituales cartas,

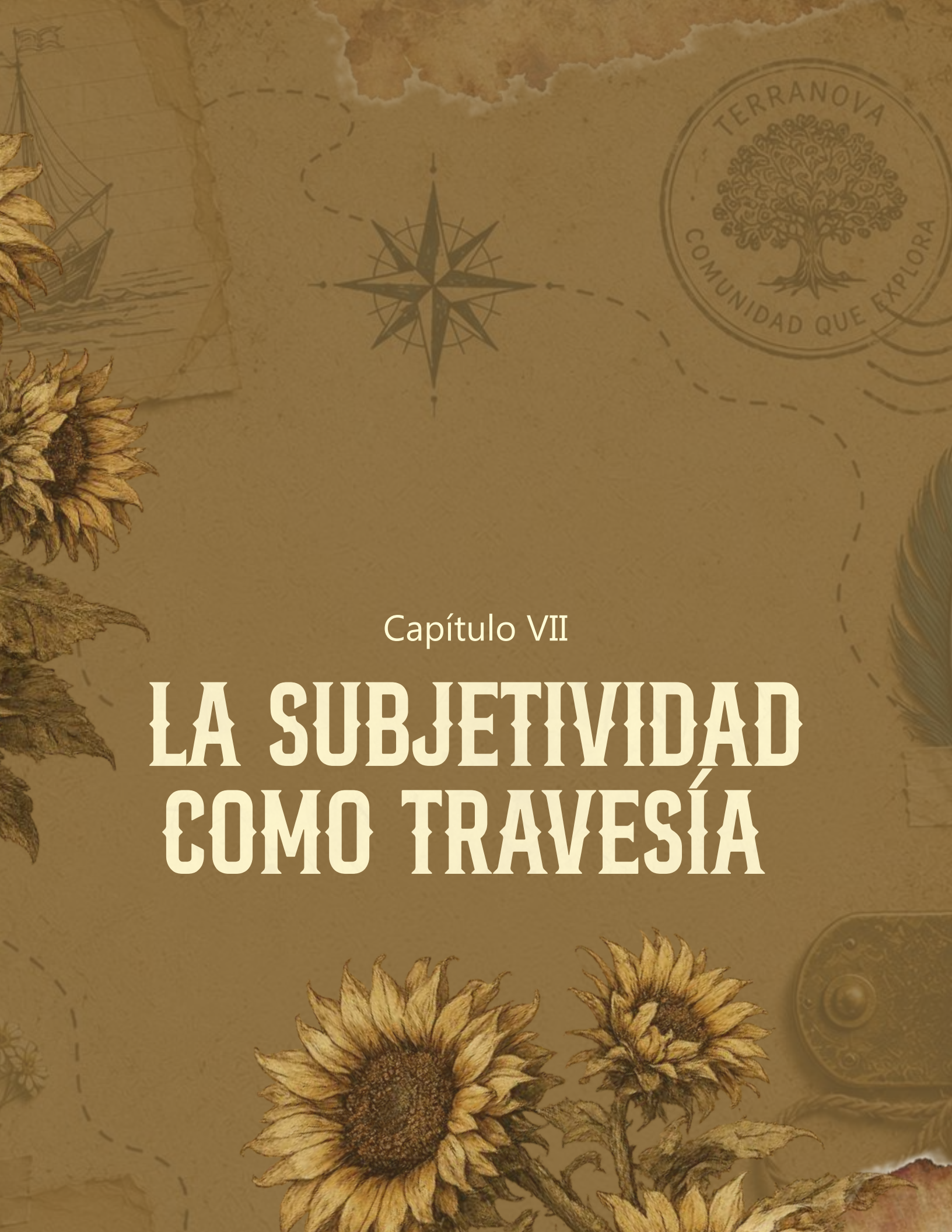
nos había pedido ayudar al último Hombre Gris que todavía permanecía aferrado a la prisa y al olvido. La comunidad aceptó el desafío reuniendo todo aquello que había aprendido durante el año. El día de la clausura de este año escolar, en presencia de todas las familias y el equipo que acompañó la travesía, las niñas y los niños entonaron canciones que comenzaron a llenar el teatro; recitaron poemas que le devolvieron la palabra a los personajes; con títeres y dramatizaciones reconstruyeron el recorrido desde sus primeros pasos, así las niñas y los niños narraban a sus familias la historia que habían tejido juntas y juntos. Entre cada escena, la voz del Hombre Gris resonaba insistiendo en que la vida debía apresurarse, que no había tiempo para los cuentos, para el juego, para las canciones ni para la imaginación.

Sin embargo, cada nueva historia parecía devolverle un color, cada poema abría una pequeña grieta en el gris y cada canción hacía retroceder un poco más el olvido. Hasta que, finalmente, la voz que durante tantos meses había defendido la prisa se quebró con una dulzura que nos sorprendió.

—Me rindo... Quiero las historias. Quiero cantar. Quiero tiempo del corazón. Gracias, exploradoras y exploradores. Gracias. Ahora también soy un Ser Multicolor.

La celebración estalló entre abrazos, risas y canciones. Sin embargo, la transformación más profunda ya había ocurrido mucho antes: el último Hombre Gris había cambiado porque una comunidad entera había aprendido a vivir de otra manera el tiempo.

En ese momento tuve la certeza de que la Isla de la Fantasía nunca había esperado el regreso de sus antiguos habitantes: había esperado el nacimiento de nuevos guardianes. Las niñas y los niños abandonaban Terranova con un libro entre las manos. Pero yo sabía que llevaban algo mucho más antiguo que un cuento, algo que ningún equipaje puede contener. Cada una, cada uno, sin advertirlo, se había convertido en heredera y heredero de la Fantasía, responsable de sembrarla allí donde el mundo, algún día, volviera a necesitar tiempo del corazón.



Capítulo VII

LA SUBJETIVIDAD COMO TRAVESÍA

“El amor que practicamos en comunidad nos acompaña dondequiera que vayamos”.

—bell hooks, Todo sobre el amor

Lo que floreció en las niñas y los niños

Toda travesía transforma el paisaje que recorre y también la vida de quienes la emprenden. Terranova ofreció un territorio donde la subjetividad encontró condiciones para desplegarse mediante la experiencia compartida. Mientras la comunidad seguía las huellas del misterio, cada niña y cada niño iba configurando una manera singular de habitar el mundo.

La subjetividad nombra el trabajo mediante el cual la vida va encontrando una forma singular de existir en relación con otras vidas y con el mundo; es un proceso continuo de configuración de la existencia. No corresponde a un conjunto de rasgos que cada persona posee de una vez y para siempre, sino a una forma de participación en la vida que se teje en el encuentro entre el mundo interior y el mundo compartido. Jung (1964) mostró que la psique encuentra su desarrollo al entrar en relación con los símbolos, aquellas imágenes vivas que amplían la conciencia y permiten establecer vínculos cada vez más profundos con la propia existencia. Suely Rolnik (2019), por su

parte, recuerda que la subjetividad permanece en permanente creación, afectada por las fuerzas que atraviesan la experiencia y por la capacidad de cada persona para acogerlas, elaborarlas y darles una forma singular de expresión. La subjetividad encuentra así su espesor en los vínculos, en el cuerpo, en la imaginación, en las historias, en los símbolos y en las experiencias que una comunidad ofrece para que la vida pueda seguir creándose.

Terranova hizo visible esa condición. La constitución subjetiva compartía el ritmo de las semillas que acompañaron toda la travesía. Su crecimiento encontraba expresión en movimientos discretos que reorganizaban la manera de mirar, sentir, pensar y actuar. Las transformaciones aparecían en la disposición para permanecer junto a una pregunta, en la escucha atenta de otra voz, en la confianza para ofrecer una hipótesis, en la capacidad de enlazar acontecimientos distantes o en el cuidado con que las exploradoras y los exploradores protegían aquello que la comunidad reconocía como valioso. La subjetividad florecía precisamente en esas formas cotidianas de participar en la experiencia.

Nuestra mirada también encontró otra sensibilidad para acompañar esos procesos. La atención comenzó a detenerse en escenas que durante mucho tiempo habían permanecido fuera del campo de observación pedagógica: una conversación que abría nuevas relaciones entre los acontecimientos, un silencio compartido alrededor de una huella, la emoción que acompañaba un hallazgo colectivo, el gesto con que una niña protegía la Semilla Dorada o la confianza con la que un niño sostenía una intuición todavía imposible de demostrar. La experiencia desplazaba el interés desde la acumulación de respuestas hacia la calidad de la relación que cada persona establecía con el mundo, consigo misma y con las demás.

Las preguntas adquirirían entonces otra profundidad: enlazaban personas, relatos, símbolos, experiencias y acontecimientos, y hacían surgir sentidos que configuraban la vida compartida y abrían nuevas posibilidades para comprender, crear y habitar la realidad. La investigación expresaba una forma

de participación en la existencia antes que un procedimiento para alcanzar respuestas.

Esa misma disposición alcanzaba la relación con el misterio. Algunas preguntas desplegaban su mayor fecundidad cuando la comunidad les ofrecía tiempo, conversación, imaginación y cuidado. El misterio emergía en la calidad de esa relación con la experiencia. Cada encuentro hacía visibles nuevas imágenes, nuevas conexiones y nuevas posibilidades de sentido, ampliando la vida simbólica de la comunidad y la manera como cada persona participaba en ella. La travesía revelaba que la constitución subjetiva comparte la naturaleza de todo viaje auténtico. Cada experiencia deja una huella, cada encuentro reorganiza la mirada y abre nuevos sentidos a la experiencia compartida. La subjetividad adquiere la forma de una travesía abierta, donde la vida continúa configurándose cada vez que una persona encuentra vínculos, imágenes y experiencias capaces de ampliar su manera de existir.

La confianza para habitar el mundo

La vida sólo se aventura allí donde encuentra condiciones para confiar. Cada nacimiento, aprendizaje y vínculo suponen un movimiento hacia lo desconocido que únicamente puede sostenerse cuando existe un ambiente capaz de acoger la incertidumbre y ofrecer hospitalidad a la experiencia. La confianza constituye una disposición fundamental para habitar el mundo, gracias a ella resulta posible acercarse a aquello que todavía permanece desconocido y sustentar el deseo de seguir explorándolo.

En Terranova la desaparición de los habitantes de la Isla de la Fantasía, las huellas de los Hombres Grises, el silencio de las estatuas, las cartas del Ser Misterioso y los múltiples enigmas que atravesaban la travesía despertaban sorpresa, temor, tristeza y una profunda curiosidad. Ninguna de esas experiencias reclamaba una resolución inmediata. Cada una abría un espacio para permanecer junto a las preguntas, imaginar caminos posibles y descubrir, en compañía de otras personas, nuevas maneras de responder a lo desconocido.

La confianza fue naciendo en el interior mismo de ese recorrido; la travesía encontraba continuidad en un movimiento donde los hallazgos abrían nuevas búsquedas, los símbolos despertaban imágenes inéditas y las conversaciones iban enlazando relaciones que ampliaban la comprensión compartida del mundo. La experiencia adquiría una coherencia narrativa que permitía a las niñas y los niños reconocer que sus preguntas tenían un lugar, que sus intuiciones encontraban escucha y que sus acciones participaban verdaderamente en la transformación de la historia compartida. El mundo se revelaba como un territorio capaz de responder creativamente a quienes entraban en relación con él; la continuidad de la experiencia mantenía vivo el deseo de seguir explorando.

Dolto (1984) recuerda que el deseo constituye una de las fuerzas organizadoras de la vida psíquica. Allí donde una experiencia logra convocarlo, la infancia encuentra motivos para salir al encuentro del mundo, investirlo afectivamente y crear nuevas formas de relación con él. En Terranova ese deseo encontraba alimento en la propia travesía. La desaparición de los habitantes de la Isla de la Fantasía mantenía abierta una pregunta que seguía convocando a las exploradoras y los exploradores, alentando expediciones, hipótesis, conversaciones, obras de arte, rituales y formas inéditas de cooperación. La búsqueda adquiría un sentido que desbordaba la resolución de un enigma, expresaba el deseo de comprender, de cuidar aquello que amaban y de asumir responsabilidad por el destino de la historia compartida. El deseo dejaba de orientar únicamente la curiosidad; comenzaba también a organizar una forma de compromiso con el mundo.

Todo deseo necesita, sin embargo, un ambiente donde pueda sostenerse sin extinguirse frente a la incertidumbre. Winnicott (1971) señala que la creatividad encuentra sus condiciones de posibilidad en un entorno suficientemente confiable, capaz de acoger el gesto espontáneo y ofrecerle condiciones para desplegar toda su potencia creadora. Terranova procuró ofrecer ese suelo mediante la continuidad narrativa de la experiencia, la permanencia de los símbolos, la estabilidad de los vínculos y el tiempo concedido a cada proceso. Las niñas y los niños encontraban un mundo

disponible mientras sus preguntas maduraban, sus hipótesis se transformaban y sus intuiciones encontraban una forma compartida de expresión. La confianza echaba raíces en la experiencia reiterada de descubrir que sus iniciativas encontraban acogida y que sus acciones podían modificar el rumbo de la travesía.

Cuando el deseo encuentra un ambiente que lo sostiene, la creatividad adquiere continuidad. Sara Barrena (2008), al desarrollar la tradición pragmatista de Charles Sanders Peirce, recuerda que crear exige perseverancia, cooperación y confianza en la capacidad humana para producir conocimiento mediante la experiencia. Crear supone sostener una intuición antes de que alcance la forma de una certeza, aceptar que el pensamiento encuentra su forma entre tanteos y rectificaciones, y reconocer que cada hallazgo abre nuevas preguntas. Esa dinámica recorría la vida cotidiana de Terranova. Las exploradoras y los exploradores avanzaban bajo el impulso del deseo de comprender; cada descubrimiento fortalecía la confianza en la búsqueda compartida y renovaba la disposición para seguir explorando aquello que permanecía abierto. El deseo encontraba así un cauce creador que ampliaba la experiencia y fortalecía la capacidad colectiva de producir sentido.

La confianza adquiriría así una densidad que trascendía el ámbito de las emociones para convertirse en una forma de existencia. La constitución subjetiva encontraba allí uno de sus apoyos más profundos: descubrir que la realidad siempre guarda posibilidades que sólo se revelan a quienes permanecen en relación con ella. Como las semillas que durante meses parecían guardar silencio bajo la tierra, el mundo también conserva formas de vida que esperan una comunidad capaz de confiar en su tiempo de germinación.

La co-creación del mundo

La confianza abrió una posibilidad decisiva para la constitución subjetiva. Al experimentar que el mundo respondía a sus preguntas, a sus decisiones y a

sus acciones, las exploradoras y los exploradores comenzaron a reconocerse como participantes en la creación de la realidad compartida. La travesía dejaba de ser una historia que simplemente acontecía delante de ellas y ellos; encontraba continuidad en las interpretaciones, los símbolos y las decisiones que la comunidad iba creando mientras la habitaba. Las expediciones, las hipótesis que se enlazaban unas con otras, los símbolos nacidos de las conversaciones y las formas de responder a los misterios modificaban continuamente el rumbo de la experiencia. La realidad aparecía como una obra abierta cuya configuración permanecía disponible para quienes aceptaban implicarse en ella.

Una conversación sostenida por Los Trovadores permitió reconocer con claridad ese desplazamiento. Mientras intentaban comprender la desaparición de los habitantes de la Isla de la Fantasía, Sebastián interrumpió el diálogo (Arango, 2015):

- "Mira... lo que estamos haciendo es parte de la historia... Lo que pasó con James es parte de la historia... La Isla de la Fantasía también... Todo esto es una historia."

La conversación continuó hasta que apareció una afirmación que terminó por transformar el lugar desde donde las niñas y los niños comprendían la travesía.

Consejera: "¿Entonces nosotros también somos personajes de esa historia?"

Sebastián: "Sí... la historia que jamás existió... la vamos a hacer."

Sofía: "La estamos inventando."

Las exploradoras y los exploradores dejaban de reconocerse únicamente como habitantes de Terranova para descubrirse como quienes también iban escribiendo su historia. La travesía encontraba continuidad en sus decisiones, en las relaciones que establecían entre los acontecimientos y en los sentidos que iban produciendo colectivamente. La realidad dejaba de presentarse como un escenario previamente dado para revelarse como una obra cuya existencia dependía de la participación de toda la comunidad.

HABITAR EL MISTERIO

Hannah Arendt (1958) sitúa precisamente allí la aparición del mundo común. El mundo adquiere consistencia cuando las personas comparecen unas ante otras, ofrecen su palabra, actúan juntas y asumen responsabilidad por aquello que construyen. La realidad deja de ser únicamente el lugar donde transcurre la vida para convertirse en una obra compartida que permanece abierta a nuevas posibilidades de creación. Terranova ofrecía esa experiencia desde la infancia. Cada expedición, cada símbolo, cada conversación y cada decisión ampliaban el mundo compartido porque hacían aparecer relaciones que todavía permanecían invisibles y abrían formas inéditas de comprender la existencia.

La educación encontraba allí una de sus tareas más fecundas. Paulo Freire (1970) comprendió que conocer significa leer el mundo para participar en su transformación junto a otras personas. Las exploradoras y los exploradores construían las preguntas que orientaban la investigación, elaboraban hipótesis, ensayaban interpretaciones y proponían acciones que modificaban el rumbo de la travesía. El conocimiento adquiría una condición profundamente vital. Nacía del deseo de comprender aquello que afectaba a la comunidad y encontraba sentido al producir respuestas a los desafíos que la propia experiencia iba planteando.

Ese proceso también permite comprender cómo se constituye el pensamiento. Lev Vygotsky (1978) mostró que las funciones psicológicas superiores encuentran primero una existencia compartida antes de organizarse como experiencia singular. Terranova hacía visible esa condición relacional del conocimiento. Las ideas circulaban entre los refugios, crecían durante las asambleas de Los Trovadores, encontraban nuevas relaciones en las conversaciones cotidianas y regresaban enriquecidas por las múltiples voces que participaban en su elaboración. Pensar adquiría la forma de una construcción compartida donde cada perspectiva ampliaba las posibilidades de las demás y donde la comprensión encontraba continuamente nuevos caminos para seguir creciendo.

La experiencia tampoco encontraba un único lugar de elaboración. Varias veces por semana el equipo de maestras, maestros y profesionales nos

reuníamos para releer las escenas vividas desde nuestros distintos lenguajes disciplinares. Arte, música, lenguaje, ciencias, psicología y las maestras de refugio aportaban sensibilidades diferentes para comprender aquello que estaba ocurriendo. Las intuiciones formuladas por las niñas y los niños seguían desplegándose en esas conversaciones y regresaban después a la comunidad convertidas en nuevas posibilidades para la travesía. También nuestra comprensión de la infancia iba transformándose en ese ejercicio compartido de interpretación. Terranova adquiría la forma de una comunidad creadora donde ninguna mirada alcanzaba por sí sola a contener la riqueza de aquello que estaba naciendo.

Esteban Levin (2014) invita a quienes trabajamos con la infancia a ofrecer escenarios donde las niñas y los niños puedan producir experiencia y reconocerse como creadoras y creadores de realidad. La experiencia deja de ser una sucesión de acontecimientos para convertirse en una inscripción sensible que continúa organizando la existencia mucho después de que el acontecimiento ha concluido. Mientras la comunidad daba forma a la historia, la historia iba dando forma a la comunidad, dejando en quienes la habitábamos una huella capaz de seguir produciendo nuevas maneras de sentir, pensar y actuar.

La co-creación revelaba una dimensión esencial de la constitución subjetiva. Daniel Stern (1985) desarrolló la idea de que el sentido de sí mismo encuentra uno de sus primeros lugares de organización en la experiencia intersubjetiva, donde los gestos, las voces, las miradas y los ritmos compartidos configuran una manera de existir con otras personas. En diálogo con la comprensión de la subjetividad como producción, desarrollada por Suely Rolnik (2019), esta experiencia permitió reconocer que la subjetividad despliega su potencia creadora precisamente en el encuentro con otras subjetividades. Allí produce sentidos, inaugura mundos simbólicos y ensancha las posibilidades de habitar la realidad. Crear mundo significaba, al mismo tiempo, crear nuevas posibilidades de existencia para quienes participábamos en esa obra común. La constitución subjetiva encontraba así una de sus expresiones más

profundas: la experiencia de que el mundo continúa naciendo allí donde una comunidad acepta crear, interpretar, cuidar y transmitir, juntas y juntos, los sentidos que hacen posible la vida compartida.

Custodiar el mundo

La creación alcanza una de sus expresiones más profundas cuando despierta el deseo de custodiar aquello que ha llegado a existir. A medida que la travesía avanzaba, las decisiones de las exploradoras y los exploradores comenzaron a orientarse hacia esa forma de relación con el mundo. El centro de sus preocupaciones se desplazaba silenciosamente; resolver el misterio de los Hombres Grises seguía siendo importante, pero la atención comenzaba a dirigirse, sobre todo, hacia las condiciones que permitirían preservar, fortalecer y multiplicar la vida que Terranova había hecho florecer.

Las conversaciones de Los Trovadores hicieron visible esa transformación. La Semilla Dorada dejó de ser únicamente un tesoro escondido para convertirse en una responsabilidad compartida. Las propuestas que surgían durante las asambleas ya no buscaban solamente protegerla, imaginaban sembrar girasoles en distintos lugares del bosque para confundir a los Hombres Grises mientras la verdadera semilla encontraba un lugar seguro; proponían cultivarla para multiplicar sus frutos y preparar con ellos una poción capaz de compartir el Poder Dorado con toda la comunidad. Cada idea ampliaba el horizonte de la travesía porque ninguna pensaba la vida como un bien destinado a conservarse para unos pocos. Toda propuesta encontraba sentido al imaginar cómo aquello que había sido recibido podía seguir creciendo al ser compartido.

Algo semejante ocurrió con las cartas que llegaban desde el árbol. Las estatuas de San Agustín, las plumas encontradas junto a los mensajes y las huellas dispersas por Terranova comenzaron a enlazarse hasta dar origen a una nueva interpretación. Los Trovadores imaginaron que el Ser Misterioso era un antiguo sabio indígena, custodio de una memoria mucho más antigua que la propia travesía. Decidieron escribirle para invitarlo a hacerse presente y

compartir con la comunidad aquello que sólo él parecía conocer. La llegada de Ayerlén respondía a esa llamada.

La búsqueda adquiría otra profundidad y el interés ya no se concentraba sólo en descubrir respuestas. Comenzaba a desplegarse el deseo de recibir una herencia, de reconocer a quienes con antelación habían cuidado el territorio, y de dejarse transformar por una memoria que pertenecía a muchas generaciones.

La experiencia iba revelando, de este modo, una comprensión distinta de la existencia. La vida aparecía como una corriente que circula entre quienes aceptan recibirla, sostenerla y entregarla nuevamente enriquecida. Las semillas encontraban sentido al multiplicarse, los relatos permanecían vivos al volver a ser narrados, los conocimientos crecían al atravesar nuevas voces y nuevas generaciones. Incluso el misterio ampliaba su fecundidad cada vez que una comunidad encontraba tiempo para permanecer junto a él; custodiar comenzaba a significar participar activamente en esa continuidad creadora.

Una escena permitió reconocer con especial claridad ese desplazamiento. Después de varias semanas reconstruyendo las historias de la Isla de la Fantasía, Sofía dijo:

- "Debemos guardar en nuestra memoria cada cosa que les pasa a los personajes. Las historias deben quedar para siempre en nuestra cabeza. Así, si los Hombres Grises quisieran quemar todos los libros de cuentos, nosotros los podríamos volver a escribir."

Aquellas palabras desplazaban profundamente el sentido de la memoria.

Recordar dejaba de ser un ejercicio dirigido al pasado para convertirse en un acto de futuro. Las historias encontraban continuidad porque alguien aceptaba llevarlas consigo y volver a ofrecerlas al mundo. La transmisión aparecía como una forma de creación. Cada narración acogía la herencia recibida, la enriquecía con nuevas experiencias y la preparaba para quienes todavía no habían llegado. Así, la cultura encontraba su vitalidad

precisamente en esa capacidad de transformarse sin romper el hilo que la unía con quienes la habían tejido antes.

La travesía permitía reconocer que el cuidado nace mucho antes que cualquier principio moral; surge allí donde el vínculo con la vida alcanza tal intensidad que despierta el deseo de proteger aquello que ha revelado su valor. Esa disposición aparecía cuando las niñas esperaban el crecimiento de la Semilla Dorada, cuando los niños permanecían atentos a una planta recién nacida, la comunidad escuchaba una hipótesis hasta el final antes de reemplazarla por otra, las historias encontraban nuevos narradores, o cuando el Poder Dorado dejaba de pensarse como un tesoro para convertirse en un bien destinado a circular entre todas y todos: el cuidado encontraba su origen en el amor por el mundo compartido.

La reflexión de Emmanuel Levinas (1974) permite poner palabras a esa experiencia: la subjetividad alcanza una de sus expresiones más hondas cuando la existencia se descubre convocada por la vulnerabilidad del otro. Antes de convertirse en una norma, la responsabilidad aparece como una forma de respuesta frente a aquello cuya fragilidad reclama nuestra presencia. Leonardo Boff (1999) prolonga esa intuición al comprender el cuidado como la actitud fundamental que sostiene la continuidad de la vida. Cuidar significa participar en la conservación de las condiciones que permiten que la existencia siga desplegándose. En Terranova nadie enseñó a las exploradoras y los exploradores una ética del cuidado, sin embargo la experiencia misma fue haciendo nacer esa disposición mientras el vínculo con la comunidad, las historias, las semillas y el misterio se volvía cada vez más profundo.

La constitución subjetiva revelaba aquí otra dimensión: la imaginación había abierto la posibilidad de crear mundo y la creación despertaba el deseo de custodiarlo. Ambas experiencias pertenecían al mismo proceso vital; quien participa en el nacimiento de algo descubre también la responsabilidad de acompañar su crecimiento. La subjetividad encontraba así una nueva

profundidad al experimentar que el mundo compartido permanecía vivo gracias a los vínculos que una comunidad decidía sostener. Las historias seguían respirando porque alguien volvía a narrarlas, las semillas continuaban floreciendo porque unas manos permanecían atentas a su crecimiento, la esperanza encontraba continuidad porque una generación aceptaba recibirla y entregarla nuevamente enriquecida a la siguiente.

La experiencia dejaba ver, finalmente, que el mundo nunca pertenece por completo a quienes lo reciben. Cada generación llega a una obra iniciada mucho antes de su nacimiento y llamada a continuar mucho después de su partida. Custodiar el mundo significa aceptar esa pertenencia recíproca entre la vida que recibimos y la vida que estamos llamadas y llamados a prolongar. La constitución subjetiva encuentra allí una de sus expresiones más maduras: experimentar que aquello que amamos también depende de nuestras manos y que toda creación encuentra su plenitud cuando alguien decide cuidarla para que otras vidas puedan seguir habitándola.

Lo que permanece

Las travesías nunca concluyen el día en que termina el viaje. Permanecen respirando en la manera en que una comunidad vuelve sobre una historia, en la pregunta que reaparece mucho tiempo después o en el gesto con que alguien cuida aquello que un día aprendió a amar.

Terranova fue un bosque, una isla, un mapa, un árbol que traía cartas y una comunidad reunida alrededor de un misterio. También fue el tiempo compartido entre niñas, niños y personas adultas que aceptaron demorarse junto a una pregunta, sostener el asombro y confiar en que la vida encuentra su propio ritmo para desplegarse. Ninguna de esas imágenes concluye cuando el año escolar llega a su fin. Continúan viajando de unas vidas a otras porque encontraron un lugar desde donde seguir transformando la experiencia.

HABITAR EL MISTERIO

La escuela constituye uno de los pocos lugares donde una comunidad puede conceder tiempo suficiente para que la vida alcance profundidad. Allí una historia encuentra raíces, una amistad madura, una pregunta permanece abierta el tiempo necesario para transformarse en pensamiento y una semilla encuentra las condiciones para completar su recorrido; donde el asombro encuentra hospitalidad, la imaginación continúa produciendo mundo.

Las experiencias que alcanzan a tocar la vida permanecen creciendo en silencio. Regresan bajo la forma de una imagen que adquiere un significado inesperado, de una conversación que vuelve a abrir un camino o de un símbolo que encuentra una nueva voz para seguir diciendo aquello que todavía no termina de revelarse. Así viajan también las historias, la cultura y la esperanza: de unas generaciones a otras, renovándose cada vez que una comunidad decide recibirlas, recrearlas y transmitir las.

Permanece una comunidad reunida alrededor de una historia.

Permanece el árbol que guardó la memoria de las cartas.

Permanece la Semilla Dorada creciendo bajo la tierra.

Permanece la pregunta que un día nos convocó.

Permanece el asombro que nos movilizó.

En esa constelación de imágenes continúa latiendo el corazón de Terranova. Una comunidad que concede tiempo al misterio, acompaña el crecimiento de la vida y descubre que el mundo continúa naciendo allí donde una historia encuentra quien la escuche y una semilla encuentra quien la cuide.

Allí la vida conserva intacta su capacidad de volver a nacer.

HABITAR EL MISTERIO













AGRADECIMIENTOS

Antes de llegar a tus manos, las experiencias reunidas en esta bitácora fueron sostenidas por muchas otras manos y acogidas en muchos corazones.

Mi gratitud pertenece, antes que nada, a **las niñas y los niños** que aceptaron internarse en Terranova y me enseñaron que el juego, la imaginación, el asombro y el misterio constituyen formas profundas de conocer y de habitar el mundo. Cada pregunta, cada dibujo, cada conversación, cada hipótesis y cada silencio siguen creciendo entre estas páginas.

A **las maestras, maestros y demás integrantes de las comunidades** de La Marina y Terranova, mi preescolar amado. Durante años compartimos la decisión de conceder tiempo a la imaginación, al juego y a las historias. Este libro nació de esa confianza compartida y del compromiso cotidiano de construir una escuela donde la infancia pudiera desplegar toda su potencia creadora.

A **las familias**, por confiar en una propuesta que invitó a sus hijas e hijos a recorrer territorios donde el misterio encontraba un lugar para seguir produciendo preguntas y sentidos.

A **María Eugenia Villalobos, Miralba Correa y Carmenza Mejía**, almirantes en la travesía con las infancias. Gracias por enseñarnos que acompañar una comunidad también consiste en cuidar el rumbo mientras cada generación descubre sus propios mares.

A **Liliana Bodoc**, que aun desde el otro lado del velo me acompaña con sus palabras y con aquel abrazo que sigue hospedándome y reconfortándome más allá del tiempo. Agradezco la hondura de su obra, la generosidad de sus orientaciones y el impulso que me dieron para internarme, con confianza, en los territorios de la fantasía, la magia y el misterio. También le agradezco haber sido madrina de mi justa rabia: esa fuerza que aprendí a escuchar, a cuidar y a volver palabra. Su voz sigue habitando estas páginas y recordándome que la imaginación puede abrir refugios, sostener la esperanza y mantenernos a flote.

A mis estudiantes del programa de **Primera Infancia de la Universidad del Valle** y de la **Maestría en Clínica de las Infancias y las Juventudes de la Universidad de San Buenaventura**. Cada clase, cada supervisión, cada conversación y cada pregunta siguieron ampliando Terranova y permitieron que esta experiencia encontrara nuevas formas de seguir diciendo.

A la **Editorial REDIPE**, por hospedar mis búsquedas con generosidad y confianza, y por ofrecer a mis palabras una casa donde encontrarse con otras personas.

A **Andy Bravo**, por su lectura atenta, rigurosa y profundamente generosa de este manuscrito. Sus observaciones enriquecieron estas páginas y ayudaron a que la travesía encontrara una voz más clara.

A **Marco Rojas**, por el cuidado, la sensibilidad y la belleza con que dio forma al diseño y la diagramación de esta bitácora.

HABITAR EL MISTERIO

A mi sobrina **Juana Munay**, por abrirme las puertas de sus mundos de fantasía y de misterio. Gracias por recordarme, una y otra vez, que la imaginación continúa siendo una manera luminosa de habitar la vida y que las mejores historias siempre esperan a quien se atreve a jugar.

A mi esposo, **Fabián**, compañero de camino, de montañas, de conversaciones interminables y de silencios compartidos. Gracias por hacer del juego, la imaginación y el misterio parte de nuestra vida cotidiana. Este libro también pertenece a ese territorio que hemos aprendido a cuidar juntos. Y gracias a todas las personas que, de una u otra manera, caminaron por Terranova antes de que estas páginas existieran. Cada encuentro dejó una huella en esta travesía.

Si Terranova continúa apareciendo en la vida de quienes recorran estas páginas, la travesía seguirá creciendo. Algunas historias viajan de unas manos a otras, de unas generaciones a las siguientes, encontrando en cada comunidad nuevas formas de florecer.

VOCES QUE ACOMPAÑAN

Arango Cardona, S. L., & Villalobos, M. E. (2011). ¿Hacia una infancia virtual? Desafíos del preescolar frente a los niños de hoy. En Tomo I. Colección de la Pedagogía Colombiana Editorial REDIPE.

Arango Cardona, S. L. (2015). Elementos que favorecen la apertura sensible —estesis— en los niños en el marco de la propuesta pedagógica de un preescolar de la ciudad de Cali [Tesis de maestría, Universidad del Valle].

Arango Cardona, S. L. (2019). La experiencia de extrañamiento en las propuestas por la infancia. Revista Boletín REDIPE, 8(2), 17–28.

<https://doi.org/10.36260/rbr.v8i2.684>

Arango Cardona, S. L. (2025). Tejer la subjetividad: Cuerpo, alteridad y clínica en tiempos de reinención. En J. C. Arboleda (Ed.), Educar para ser. Editorial REDIPE.

Arendt, H. (1958). La condición humana. Paidós.

Bachelard, G. (1957). La poética del espacio. Fondo de Cultura Económica.

Barrena, S. (2008). Charles S. Peirce: Razón creativa y educación. Utopía y Praxis Latinoamericana, 13(40), 11–37.

Belli, G. (2023). Sobre la grama. Averso Poesía.

Boff, L. (1999). Saber cuidar: Ética do humano – compaixão pela terra. Vozes.

Bodoc, L. (2012). Mentir para decir la verdad [Charla TEDx]. TEDxRíodelaPlata.

Bodoc, L. (2024). La literatura en los tiempos del oprobio. Letra Sudaca Ediciones; Jitanjáfora.

Bruner, J. (1991). Actos de significado. Alianza Editorial.

Bruner, J. (1997). La educación, puerta de la cultura. Visor.

Cortázar, J. (1982). El sentimiento de lo fantástico [Conferencia pronunciada en la Universidad Católica Andrés Bello].

Cyrulnik, B. (2003). El murmullo de los fantasmas. Gedisa.

Conan Doyle, A. (2012). Estudio en escarlata (Á. Delgado Gal, Trad.; 3.^a ed.). Alianza Editorial.

Dolto, F. (1984). La imagen inconsciente del cuerpo. Éditions du Seuil.

Eco, U., & Sebeok, T. A. (Eds.). (1983). El signo de los tres: Dupin, Holmes, Peirce. Lumen.

Eliade, M. (1963). Mito y realidad. Harper & Row.

Ende, M. (1973). Momo. Alfaguara.

Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.

Han, B.-C. (2012). La sociedad del cansancio. Herder.

hooks, b. (2021). Enseñar a transgredir: La educación como práctica de la libertad. Capitán Swing.

hooks, b. (2021). Todo sobre el amor: Nuevas perspectivas. Paidós.

Jung, C. G. (1964). El hombre y sus símbolos. Paidós.

Jung, C. G. (1973). Carta a Fanny Bowditch, 22 de octubre de 1916. En G. Adler & A. Jaffé (Eds.), C. G. Jung: Letters (Vol. 1: 1906–1950, Bollingen Series XCV). Princeton University Press.

- Jung, C. G. (2008). La vida simbólica (Obra completa, Vol. 18/1). Trotta.
- Jung, C. G. (2012). Símbolos de transformación (Obra completa, Vol. 5). Trotta.
- Le Guin, U. K. (2018). Contar es escuchar: Sobre la escritura, la lectura, la imaginación. Círculo de Tiza.
- Levin, E. (2006). ¿Hacia una infancia virtual? La imagen corporal sin cuerpo. Nueva Visión.
- Levin, E. (2014). La experiencia de ser niño. Plasticidad simbólica. Nueva Visión.
- Levinas, E. (1974/ 2011). De otro modo que ser o más allá de la esencia. Ediciones Sígueme.
- Mandoki, K. (2006). Estética cotidiana y juegos de la cultura: Prosaica I. Siglo XXI Editores.
- Peirce, C. S. (2003). Cómo teorizar (sobre la selección de hipótesis) (Lowell Lectures VIII, MS 475, CP 5.590–5.604) (S. Barrena, Trad.). Grupo de Estudios Peirceanos, Universidad de Navarra. <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>
- Ricoeur, P. (1996). Sí mismo como otro. Siglo XXI Editores.
- Rolnik, S. (2019). Esferas de la insurrección: Apuntes para descolonizar el inconsciente. Tinta Limón.
- Sibilia, P. (2009). La intimidad como espectáculo. Fondo de Cultura Económica.
- Stern, D. N. (1985). El mundo interpersonal del infante. Paidós.

Stern, D. N. (2010). Formas de vitalidad: Explorando la dinámica de la experiencia en psicología, las artes, la psicoterapia y el desarrollo. Paidós.

Vygotsky, L. S. (1978). El desarrollo de los procesos psicológicos superiores. Crítica.

Winnicott, D. W. (1971). Realidad y juego. Gedisa.

HABITAR EL MISTERIO

HABITAR EL MISTERIO

Infancias, imaginación y subjetividad.

Un día los personajes de los cuentos desaparecieron. Las estatuas guardaron silencio. Unas huellas grises comenzaron a aparecer entre los refugios de un preescolar de la ciudad de Cali. Nadie sabía todavía que aquel misterio transformaría para siempre la manera de comprender la infancia.

Habitar el misterio nace de esa experiencia y explora una pregunta que atraviesa todas sus páginas: **¿Qué puede florecer allí donde una comunidad decide ofrecer tiempo, imaginación y cuidado a aquello que todavía no comprende?**

Entre escenas vividas en Terranova y un diálogo constante con pensadoras y pensadores como Liliana Bodoc, Katya Mandoki, Suely Rolnik, bell hooks, Donald Winnicott, Carl Gustav Jung, Gaston Bachelard, Emmanuel Levinas, Daniel Stern, Jerome Bruner, Paul Ricoeur y Esteban Levin, este libro entreteje psicología clínica, pedagogía, filosofía y literatura para proponer otra manera de comprender la constitución subjetiva durante la infancia.

Estas páginas invitan a recuperar algo que la escolarización suele dejar atrapado por la prisa: el tiempo necesario para que una pregunta madure, un símbolo revele lentamente su sentido y una comunidad aprenda, junto a sus niñas y niños, a permanecer cerca del misterio. **Algunas formas de conocimiento sólo encuentran su lugar cuando la imaginación recibe hospitalidad, el asombro permanece vivo y el deseo de comprender puede crecer sin apresurarse hacia una respuesta.**

Sandra Lorena Arango Cardona es psicóloga, docente universitaria y candidata a analista junguiana. Desde hace más de dos décadas acompaña procesos clínicos, pedagógicos y de formación con niñas, niños, familias y profesionales de la infancia. Su escritura nace del encuentro entre la psicología analítica, la primera infancia, el arte, el cuerpo y la imaginación. Habitar el misterio prolonga una investigación iniciada en su maestría en Psicología Clínica y reúne las voces que han acompañado su búsqueda durante los últimos años.